

prácticas c onstituyentes



MARXISMO NEGRO

LA FORMACIÓN DE LA TRADICIÓN
RADICAL NEGRA

Cedric J. Robinson

traficantes de sueños

X C. L. R. JAMES Y LA TRADICIÓN RADICAL NEGRA

La mano de obra negra y las clases medias negras en Trinidad

En el cálido Mar Caribe, donde las colonias de mano de obra negra estaban concentradas en las Antillas —el archipiélago que serpentea desde las abiertas mandíbulas de las penínsulas de Yucatán y Florida hasta la costa norte de Colombia y Venezuela en Sudamérica—, la misma antilógica negra se prolongó hasta el siglo XX. En el anterior se había destruido la economía de plantaciones de la que dependía el auge de la esclavitud africana.¹ Pero la africanización de las islas —su transformación de trabajo forzado en economías campesinas cuya vida cotidiana estaba mediada por los sincretismos culturales de la diáspora— había sido incompleta. El poder político se había transferido del orden venal de las plantocracias a un difícil acomodo entre la burocracia imperial de las metrópolis y las capas más altas de las atrincheradas minorías blancas. Hasta en Haití, para emplear de nuevo el lenguaje de Rainboro, se estaba produciendo la destrucción de la democracia por el miedo a la pobreza.² En las posesiones británicas, la

¹ Hollis Lynch, mientras escribía con un juicio histórico que parecía coincidir demasiado con el de su tema, inició su estudio de Edward Blyden con la siguiente declaración: «El siglo XIX fue probablemente el siglo más humillante en la historia de la raza negra». Hollis Lynch, *Edward Wilmot Blyden: Pan-Negro Patriot, 1832-1912*, Oxford, Oxford University Press, 1970, p. 1. La justificación de Lynch se basaba en la persistencia de la trata de esclavos africana «a pesar de los esfuerzos bien intencionados de los británicos para detenerla y las prohibiciones legales impuestas por las naciones europeas y americanas» (ibídem); y en la negrofobia: «Quizá la mayor ofensa infligida a la raza negra en el siglo XIX fue la construcción del mito de que el negro era intrínsecamente inferior a otras razas» (ibídem, pp. 2-3). Pero más debilitante aún para la comprensión de Lynch del periodo fue su constante menosprecio de la resistencia negra. Tanto la Revolución haitiana como la resistencia a la Confederación por parte de los afroamericanos quedaron sumergidas en su mente por ubicaciones y desarrollos fortuitos. Sobre la primera, se limitó a escribir: «Los negros de las Indias Occidentales tuvieron la suerte de ser los primeros en el Nuevo Mundo en obtener su emancipación» (ibídem, p. 2). Y de la segunda, afirmó: «La esclavitud estaba tan arraigada en el sur de Estados Unidos que fue necesaria la Guerra Civil (1861-1865) para provocar su abolición» (ibídem, p. 1). De hecho, la descripción de Lynch del «mundo negro en el siglo XIX y la creación de un campeón racial» completamente desprovisto de cualquier referencia al radicalismo colectivo negro, gira en torno al dilema de la pequeña burguesía negra (el «negro libre») durante las épocas de la esclavitud y la posemancipación. Para los negros, sin duda, fue un periodo desagradable.

² Fueron [...] la ausencia de una infraestructura manufacturera después de la Independencia, el desarrollo de relaciones esencialmente feudales en la agricultura, las luchas de los campesinos por seguir

arrogancia racial asumió la ficción del fideicomiso sobre las poblaciones negras de las islas y determinó que su estructura debía ajustarse al sistema de las colonias de la Corona.

La Oficina Colonial pronto percibió [...] que las Indias Occidentales eran muy inadecuadas para el autogobierno. ¿Cómo podía otorgarse responsabilidad a asambleas tan poco representativas de la mayoría de la población, se preguntaba el alto funcionario Sir Henry Taylor? A medida que las islas se iban convirtiendo rápidamente en cargas financieras, las antiguas constituciones se convirtieron en un obstáculo para el buen gobierno. Las nuevas poblaciones libres nunca podrían ser «representadas» en las condiciones existentes. Así arraigó la idea de que las Indias Occidentales debían ser persuadidas para reconsiderar sus constituciones y convertirse en colonias de la Corona.

En 1875, todas las colonias del Caribe, excepto Barbados (a la que se podrían agregar las Bahamas y Bermudas) acordaron renunciar a sus antiguas constituciones y convertirse en colonias de la Corona. En 1868 el secretario colonial había anunciado que todos los nuevos consejos legislativos tendrían una característica básica: «Que el poder de la Corona en la asamblea legislativa, si se veía presionado hasta el límite, recurrirá a todos los medios a su alcance para vencer todas las resistencias que se le opongan». Con otras palabras, el gobierno británico intervendría en las Indias Occidentales para proteger a la población frente al poder de la antigua clase esclavista.³

La alternativa, como demostró la rebelión negra en Jamaica en 1865, consistía en sufrir la incitación involuntaria, si bien constante, a la militancia negra violenta por parte de la oligarquía colonial.⁴ Esto, cabe suponer, era un riesgo político inaceptable para los arquitectos y guardianes del Imperio, cuya carga demasiado amplia ya había tenido que absorber la desastrosa rebelión del ejército cipayo indio en 1857 (y la posterior ocupación de la India por las tropas británicas),⁵ y que también participaba de forma muy destacada en la «rebatía» europea por África y Asia. No se podía esperar que los propios ingleses ni las masas de sus súbditos imperiales asumieran perpetuamente el mito imperial de la tarea civilizatoria frente a las preocupaciones abiertamente egoístas y catastróficas de los colonos blancos.

siendo propietarios de sus parcelas y autosuficientes, el crecimiento de una clase media rural terrateniente, la creación de una burocracia estatal prebendaria, la incapacidad de cualquiera de las facciones beligerantes de la clase dominante para lograr una hegemonía política y económica decisiva y duradera, y la penetración y dominio del capital extranjero, los factores que bloquearían seriamente todos los intentos de transformación y desarrollo capitalista de Haití durante el siglo XIX». Alex Dupuy, «Class Formation and Underdevelopment in Nineteenth Century Haiti», 1981 (artículo no publicado).

³ W. David McIntyre, *Colonies into Commonwealth*, Londres, Blandford Press, 1974, pp. 152-153.

⁴ Sobre el levantamiento de la Bahía de Morant en Jamaica en 1865, véanse Bernard Semmel, *Jamaican Blood and Victoria Conscience*, Cambridge, Houghton Mifflin, 1963; y Peter Abrahams, *Jamaica*, Londres, Her Majesty's Stationery Office, 1957, pp 74-127.

⁵ McIntyre, *op. cit.*, pp. 169-172; y Christopher Hibbert, *The Great Mutiny*, Nueva York, Viking Press, 1978.

En cambio, para los campesinos y trabajadores negros en las Indias Occidentales Británicas, el «nuevo imperialismo» que desplazó a la oligarquía caribeña era, con mucho, el más formidable enemigo. Mientras que el poder del gobierno en las islas británicas oscilaba entre los partidos liberal y conservador, como lo había hecho después de las Leyes de Reforma de 1867 y 1884, y la política estatal vacilaba entre «el libre comercio, la libre producción y la libertad de nacionalidades» (es decir, gobierno local para los irlandeses y galeses) y el anti-imperialismo,⁶ por un lado, y la alternativa del imperialismo agresivo y jingoísta, por otro, el apoyo popular a una presencia británica global era notablemente inconstante. Hasta un comité selecto de la Cámara de los Comunes había recomendado, ya en 1865, «la renuncia cuanto antes a la mayoría de las colonias británicas, tan pronto como estén preparadas para la independencia».⁷ Una Gran Bretaña industrializada era prácticamente invulnerable frente a sus rivales europeos y su economía interna reflejaba su dominio internacional del comercio. Pero durante las últimas décadas del siglo XIX, «Gran Bretaña estaba y se sabía amenazada por otros “imperios”».⁸ Rodeada por los impulsos diplomáticos y mercantiles de Alemania, Francia, Rusia y Estados Unidos, agobiada por los escándalos financieros y la mala gestión, la debilitada economía británica y una opinión pública inquieta alentaron y propulsaron a la facción imperialista, que hasta entonces había visto frenadas sus aspiraciones. Hasta el último gobierno liberal del siglo XIX (1892-1895) tuvo que ceder frente a la presión imperialista.⁹ Con la fatídica victoria conservadora en 1895, el imperialismo se ganó a la opinión pública. Con su oferta de nuevos mercados para un comercio disminuido, de nuevas tierras para el asentamiento británico, con su nueva prensa nacionalista de «medio penique» y sus literatos e intelectuales imperialistas,¹⁰ el

⁶ El Partido Liberal, mientras estuvo en el poder, «había evacuado Afganistán y el Transvaal, y había abandonado al general Gordon en Jartum a una muerte que se negó a vengar. Habían ido más lejos e intentaron reformar el Imperio, tratando de consolidar sus restos mediante la concesión de un gobierno autónomo [Home Rule] a Irlanda». Elie Halevy *Imperialism and the Rise of Labour, A History of the English People in the Nineteenth Century*, Londres, Ernest Benn, 1961 [orig. 1926], vol. 5, p. 10; véase también McIntyre, *op. cit.*, pp. 124-128.

⁷ Immanuel Geiss, *The Pan-African Movement*, Londres, Methuen, 1974, p. 66.

⁸ Halevy, *op. cit.*, p. 11.

⁹ «Buena parte de los líderes liberales, los seguidores de Lord Rosebery, eran imperialistas, y durante los tres años de gobierno liberal, el Ministerio de Asuntos Exteriores había seguido una política imperialista». Halevy, *ibidem*, p. 8.

¹⁰ «Para los habitantes de estas islas a principios de siglo, el Imperio británico era para bien o para mal lo que Lord Curzon describió como “un gran hecho histórico, político y sociológico que es uno de los factores que guían la historia de la humanidad”». La mayoría de ellos (al menos fuera de Irlanda) parece haber pensado que su suerte mejoraría [...] Habían sido criados en la guardería con los versos patrióticos de Robert Southey y Thomas Campbell; en la escuela, sus mentes habían sido moldeadas por el patriotismo robusto y simple de Charles Kingsley y de William Johnson Cory, aquel vehemente entusiasta que tuteló en Eton a tantos futuros miembros de la clase dominante, entre ellos Lord Rosebery y Lord Esher. Esa generación entró en contacto en las universidades con profesores como John Ruskin, quien explicó a la audiencia en su Conferencia inaugural en Oxford en 1870 como Profesor Slade de Bellas

imperialismo del Parlamento proempresarial, enmascarado como interés y destino nacional, parecía cumplir la fantasía más salvaje:

[En 1891] la población de Gran Bretaña apenas excedía los 38 millones de habitantes, pero había casi 2 millones de súbditos británicos en la colonia de El Cabo y Natal, más de 600.000 en Nueva Zelanda, más de 3 millones en Australia y 5 millones en Canadá. Añádanse a esas cifras los súbditos indios de Gran Bretaña, casi 300 millones, y otros 46 millones en los restantes territorios bajo alguna forma de dominio o influencia británica y el total ascendía a 394.600.000. ¿Qué otro Estado podía soñar con rivalizar con esa cifra? [...] El área del Imperio también iba en aumento: en septiembre de 1896, un estadista calculó que en doce años se le habían añadido 5.180.000 kilómetros cuadrados, es decir, veinticuatro veces el área de Gran Bretaña. En 1895 el total era de 28.490.000 kilómetros cuadrados. Algunas anexionaciones más y llegaría a cubrir una cuarta parte de la superficie terrestre del mundo.

Ese era el objetivo que los imperialistas acérrimos perseguían deliberadamente.¹¹

Durante otras dos generaciones, las vidas de la población de las Antillas y las de otros súbditos coloniales se iban a ver directamente afectadas por las decisiones de los representantes de una clase dominante empapada en su gloria manufacturada y cuyo monumental engrimiento le ocultaba el origen y la escala de los horrores con los que estaba asociada. Como para satisfacer el desprecio de Marx y añadirse a la humillación de clase de Engels, la burguesía inglesa y sus confederados europeos se hundieron en el histórico pantano de un imperialismo pretencioso y de nacionalismos engraidos que llevaron a la carnicería de la guerra global. Provocaciones imprudentes, inanición diplomática (seguida de aquella de género militar) y la borrachera imperialista llevaron inexorablemente a las clases dominantes de Europa a aquella destrucción de sus medios de producción y sus fuerzas laborales que bautizaron con el nombre de «Guerra Mundial».

En Trinidad, durante las más de siete décadas transcurridas entre la abolición formal de la esclavitud en las posesiones británicas y la matanza de una generación a principios del siglo XX, la retirada masiva

Artes, que la tarea de los ingleses “todavía no degenerados en su raza, mezclada con la mejor sangre del norte”, era “fundar colonias tan pronto y tan lejos como fuera posible, con sus hombres más enérgicos y valiosos; apoderándose de cada terreno fecundo que pudieran pisar, y allí enseñarían a sus colonos que su principal virtud es ser fiel a su país, y que su primer objetivo es afianzar por tierra y mar el poder de Inglaterra”. Si eran historiadores, aprenderían en las obras de Carlyle y Froude, que difundían el mismo mensaje”. Michael Howard, «Empire, Race and War», *History Today*, núm. 31, diciembre de 1981, p. 5. Véanse también Brian Street, *The Savage in Literature*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1975; Jonah Raskin, *The Mythology of Imperialism*, Nueva York, Delta, 1971; V. G. Kiernan, *The Lords of Humankind*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969; y Halevy, *op. cit.*, pp. 18-22.

¹¹ Halevy, *op. cit.*, pp. 11-12.

de mano de obra africana y criolla de las plantaciones¹² había provocado iniciativas dramáticas y opuestas por parte de las empresas azucareras y los plantadores.¹³ Mientras todavía resonaban en el discurso público las pretensiones morales de los abolicionistas, los antiguos propietarios de esclavos negros recurrieron a una pseudoretórica calvinista para obtener el apoyo del Parlamento para su siguiente arremetida de explotación laboral. Su principal portavoz, William Burnley, lamentaba:

La parquedad de la población trabajadora, que impide la competencia entre ellos; y se les permite ganar más dinero de lo que es bueno y ventajoso para ellos, lo que considero la gran causa por la que, en lugar de avanzar en la mejora moral, están más bien retrocediendo en el periodo actual; porque sostengo que es imposible que se dé una mejora moral en una comunidad donde la falta de buen carácter y de buena reputación no ponen ningún obstáculo serio para que un hombre disfrute de un empleo lucrativo.¹⁴

Todos estaban de acuerdo en que se necesitaban nuevos inmigrantes. La competencia de los trabajadores inmigrados disciplinaría a los negros de Trinidad, haciéndoles aceptar salarios razonables y más horas de trabajo. Esto, a su vez, haría posible que los productores de azúcar británicos hicieran frente con ventaja a sus competidores extranjeros en el mercado europeo. «El libre comercio, después de todo, significaba la libre circulación de personas así como de bienes».¹⁵

¹² «Los peones [hombres de los bosques de ascendencia mixta hispano-amerindia-africana de Venezuela], los inmigrantes africanos y los exsoldados negros y sus descendientes, eran grupos importantes en el campesinado de la isla en el siglo XIX. Pero en Trinidad el campesinado se originó con la retirada de los exesclavos de las plantaciones de azúcar después de 1838. Alrededor quizá de 7.000 exesclavos abandonaron las fincas para convertirse en vendedores directos, de los que aproximadamente cinco sextos se convirtieron en propietarios de entre media y cuatro hectáreas de tierra, cultivando principalmente provisiones y cacao, y a menudo sirviendo como mano de obra informal en las haciendas durante la cosecha». Bridget Brereton, *Race Relations in Colonial Trinidad 1870-1900*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, p. 138. El estudio de Brereton ha sido frecuentemente usado en las posteriores descripciones de Trinidad durante el siglo XIX. Véase también Donald Wood, *Trinidad in Transition: The Years after Slavery*, Londres, Oxford University Press (Institute of Race Relations), 1968, pp. 49 y ss.

¹³ La disminución de la producción de azúcar en Trinidad durante las décadas de 1840 y 1850 también se puede atribuir al abandono del sistema de carreteras que conectaban las plantaciones y los puertos en el oeste de la isla. Esa negligencia estaba relacionada con el movimiento de exesclavos, un intento de los plantadores de mantener asegurado su trabajo. Treinta años después de la emancipación, el nuevo gobernador A. H. Gordon (designado en 1866) y su topógrafo general se enfrentaron con los resultados: «Durante sus primeras excursiones, Gordon vio con sus propios ojos el estado de las carreteras, constatando el abandono en todas partes. Mientras viajaba por la carretera principal a San Fernando, un puente podrido se derrumbó bajo sus vehículos». «La respuesta de Gordon fue rápida [...] El topógrafo general planeó un ambicioso programa de nuevas carreteras, no sin la oposición de algunos plantadores que temían que una mejora en las comunicaciones pudiera drenar a los trabajadores de las haciendas». Wood, *op. cit.*, pp. 268, 269.

¹⁴ *Ibidem*, p. 63.

¹⁵ Brereton informa: «Los victorianos estaban preocupados por la necesidad de una “industria estable” y de “mano de obra fiable” de las razas no blancas del Imperio, generalmente para un patrón europeo.

Había tres posibles fuentes de mano de obra inmigrante inmediatamente accesibles: las demás islas de las Indias Occidentales, los negros libres de Estados Unidos y los africanos liberados por la Royal Navy de los barcos de esclavos «ilegales» a lo largo de la costa occidental africana. Ninguna de esas fuentes, sin embargo, era suficiente. Aunque se estimaba que entre 1839 y 1849 emigraron a Trinidad 10.278 antillanos (en el mismo periodo, otros 7.582 emigraron a la Guayana Británica), y que entre 1841 y 1861 llegaron 3.581 africanos liberados de Sierra Leona y Santa Elena, y un número aún más pequeño llegó desde Delaware, Maryland, Nueva Jersey, Pensilvania y Nueva York, el atractivo de los campos azucareros de Trinidad fue breve, y las fuentes de inmigración demasiado irregulares.¹⁶ Algo tardíamente, de hecho, obedeciendo las indicaciones del Parlamento, la East India Company y los plantadores de la Guayana Británica, la clase dominante de Trinidad y sus socios de la metrópoli dirigieron su atención a la India.¹⁷ Durante los siguientes setenta años, de 1845 a 1917, la mano de obra india con contrato de servidumbre se convirtió en la base para las plantaciones de azúcar del oeste de Trinidad.¹⁸ «Hacia 1860 los indios, tanto con contrato de servidumbre como libres, se habían convertido en la columna vertebral de la fuerza de trabajo en las plantaciones de Trinidad».¹⁹

Hasta 1917 llegaron a Trinidad alrededor de 143.000 indios. La migración comenzó en 1845; hubo un descanso en 1848-1851; y luego, desde 1851 hasta 1917, llegaron indios constantemente cada año. Entre 1845 y 1892 llegaron 93.569 trabajadores, principalmente desde dos puertos indios, Calcuta en el norte y Madrás en el sur. La gran mayoría, sin duda, llegó desde Calcuta, y a partir de 1872 ya no hubo más llegadas desde Madrás.²⁰

Eran, en su mayor parte, campesinos del nordeste de la India, las Provincias Unidas (ahora Uttar Pradesh) y Bihar, y solo representaban una pequeña fracción de los cientos de miles de indios que abandonaron la región durante las últimas décadas del siglo XIX en dirección a las Indias Occidentales, Fiyi, Natal y Nepal.

Como decía el *Spectator* de Londres, la industria estable era “en opinión de los ingleses, la única virtud, aparte de la reverencia hacia los rostros blancos, que se exige a los hombres negros”. El mito del “negro perezoso” desempeñaba un papel útil: justificaba la explotación de los trabajadores negros por parte de los plantadores y la negligencia del gobierno hacia los agricultores independientes». Brereton, *op. cit.*, p. 148.

¹⁶ Para un tratamiento más completo del intento de reclutar mano de obra inmigrante de las Antillas, África, Estados Unidos y China, véase Wood, *op. cit.*, caps. 4 y 8. Sobre los africanos manumitidos, J. J. (Jacob) Thomas (sobre el que hablaremos en el texto) «enumeró los principales grupos tribales enviados a Trinidad: Mandingos, Foulahs, Houssas, Calvers, Gallahs, Karamentios, Yorubas, Aradas, Cangas, Kroos, Timnehs, Veis, Eboes, Mokoehs, Bibis, Congos». Brereton, *op. cit.*, p. 134.

¹⁷ Véase Wood, *op. cit.*, pp. 107-110.

¹⁸ *Ibidem*, p. 158.

¹⁹ Brereton, «The Experience of Indentureship: 1845-1917» en John La Guerre (ed.), *Calcutta to Caroni: The East Indians of Trinidad*, Trinidad, Longman Caribbean, 1974, p. 32.

²⁰ *Ibidem*, p. 26.

Ese área, sede de antiguas culturas, estaba superpoblada y económicamente deprimida en la última parte del siglo XIX. El calor extremo en verano, las inundaciones en el monzón que provocan la destrucción de cultivos a gran escala y las hambrunas recurrentes hacían la vida difícil bajo el dominio británico. El endeudamiento rural era espantoso y la agricultura «no era en absoluto un negocio fácil con el que ganarse la vida». Además, la rebelión de 1857 tuvo un efecto socioeconómico desastroso en esa región.²¹

Propulsados por esas circunstancias hacia los límites del sistema colonial británico, llevaron consigo su cultura: sus lenguas, sus castas, su música y sus religiones.²² Y hasta la Primera Guerra Mundial, se aceptó que servían en Trinidad como «contrapeso sustancial frente a los problemas con los negros y viceversa».²³ El trabajo de los «coolies» había supuesto, sin duda, un alivio momentáneo para la producción de azúcar y la economía de Trinidad, diversificada por la producción de cacao —y en las últimas décadas del siglo XIX, por los sectores del petróleo y el asfalto²⁴— pudo eludir la depresión que golpeó a otros monocultivos de las Indias Occidentales durante las últimas décadas de ese siglo. Bajo la aparente antipatía entre «coolies» y criollos, se estaba dando sin embargo un proceso social más profundo. Allí donde convivían, la dureza existencial del trabajo estaba llevando a los indios orientales y occidentales a ciertas aproximaciones culturales:

En 1865 estalló un feroz tumulto por la supremacía entre los indios de Woodford Lodge y la Hacienda Endeavour en Chaguanas. Criollos y chinos acudieron en ayuda de sus compañeros de trabajo; las lealtades a la propia hacienda trascendieron a las de la raza en la contienda [...]

Algunos alborotadores criollos se unieron a las celebraciones de Hosein en la década de 1850. Para ellos era como la Feria de Donnybrook, adonde la gente acudía buscando grezca. Pero también

²¹ J. C. Jha, «Indian Heritage in Trinidad, West Indies», *Caribbean Quarterly*, vol. 19, núm. 2, junio de 1973, p. 30. «Condiciones como estas eran habituales, pero la Rebelión las empeoró aún más. Muchos de los cipayos de Bengala eran brahmanes y rajputs de Oudh y las provincias del noroeste; la campaña se desbordó y alcanzó a sus pueblos de origen, librándose batallas en distritos que eran centros de emigración colonial. Se produjeron graves enfrentamientos, por ejemplo, en Jaunpur, Mirzapur, Arrah y Allahabad; la 17^a de Infantería Nativa se había alzado en Azamgarh en los primeros meses, y Cawnpore y Lucknow fueron duramente asediados. Pero para el campesinado peores que las batallas campales y los asedios de las ciudades fueron aún las incursiones y las escaramuzas en las aldeas; se parecía más a un episodio de la Guerra de los Treinta Años que a una campaña disciplinada del siglo XIX». Wood, *op. cit.*, p. 148. Véase también Hibbert, *op. cit.*, para otros detalles de las atrocidades cometidas por los británicos y los cipayos rebeldes.

²² See Jha, *op. cit.*, *passim*. Los hindúes superaban a los musulmanes casi en la proporción 9:1.

²³ Extraído de una petición colonial de agosto de 1919, solicitando el estacionamiento permanente de una guarnición blanca en Trinidad, y citado por Brinsley Samaroo, «The Trinidad Workingmen's Association and the Origins of Popular Protest in a Crown Colony», *Social and Economic Studies*, vol. 21, núm. 2, junio de 1972, p. 213.

²⁴ *Ibidem*, p. 206.

los negros comenzaron a representar una parte más numerosa en la procesión como percusionistas, trabajo por el que se les pagaba en ron o en efectivo y, como en Mauricio en la década de 1850, los cantos y la música de las *taziyas* solían quedar a cargo de negros.²⁵

La importancia de esos acontecimientos debería haber sido clara, pero los blancos se engañaban con su discurso de dominación.²⁶ Aquel error cobró proporciones estratégicas en un sociedad que durante las primeras décadas del siglo XX era un 4 % blanca, un 15 % mulata, un 1 % china y un 80 % de origen o ascendencia africana e india.²⁷

La «tiempo muerto» de la resistencia colectiva en Trinidad, hasta los primeros años del siglo XX, era en parte real y en parte imaginaria. Como «casi toda la población criolla se había retirado de las haciendas»,²⁸ hasta que esta no se vio arrastrada a trabajar en los muelles, los ferrocarriles y las obras públicas, los campos petrolíferos y el asfalto, no contó con una causa efectiva y unas circunstancias objetivas que la llevaran a desafiar abiertamente a la corona y a la minoría blanca. Hasta entonces reclamaba su liberación de otras formas:

Los trabajadores negros de Trinidad, durante aquel periodo, reaccionaron a la sociedad opresiva en la que vivían intentando reducir su dependencia de la plantación, tratando de crear un área de libertad para sí

²⁵ Wood, *op. cit.*, pp. 152-153. «La procesión *Tazia* (Husain o Hose) era el mayor festival en el que también participaban los hindúes. De hecho, a partir de la década de 1850, ese festival se convirtió en la manifestación anual del sentimiento nacional indio que culminó con los Hose Riots de San Fernando en 1884. Se levanta una gran bandera al comienzo de la ceremonia y las *tazias* (réplicas de las tumbas de Hasan y Husain, nietos del profeta Mahoma) son guiados por bailarines lunares especialmente entrenados, acompañados por tambores y peleas de *gatka* (garrotes). En el pasado también se bailaba la barra de fuego, haciendo girar un poste de doce pies con trapos encendidos atados a cada extremo. Incluso los no indios participaban en la procesión». Jha, *op. cit.*, p. 31. Sobre las actitudes mutuas de los afrocriollos y los indios, véase Brereton, *Race Relations, op. cit.*, pp. 188-190.

²⁶ Un destacado miembro de la clase media de color, el Dr. Stephen Moister Laurence, escribió en sus memorias sobre el lenguaje de los colonos británicos: «Sin embargo, cuando analizamos el término “nativo” en relación con el origen racial y el lugar de nacimiento, descubrimos la verdadera explicación de muchos errores cometidos por los británicos en general y por la Oficina Colonial en particular. Esa división de clase especial debió de comenzar hace mucho tiempo cuando el Este, es decir, la India, era *la* posesión colonial. Naturalmente, entonces había pocos ingleses, que en su mayoría iban y venían constantemente, por lo que se referían a todo el pueblo indio como nativos. Esto era totalmente correcto, porque eran de pura raza india y nacidos en la India. Ese uso justificado del término “nativo” se extendería luego a todo el Oriente, y también a África». «Pero en lo que respecta a las Indias Occidentales, toda la cuestión adquiere un matiz muy diferente y exige entenderla desde un ángulo muy diferente». «Si, en lugar de suponer que esos factores tenían en las Indias Occidentales el mismo significado o insignificancia que en Oriente, las autoridades británicas se hubieran familiarizado con la diferencia, entonces al menos Downing Street [el secretario de Estado para las Colonias también vivía allí junto al primer ministro] —por no mencionar las autoridades religiosas—, habría cometido menos errores y probablemente habría obtenido más éxitos que los que la historia registra». «The Trinidad Water Riot of 1903: Reflections of an Eyewitness», ed. por L. O. Laurence, *Caribbean Quarterly*, vol. 15, núm. 4, diciembre de 1969, pp. 13-14.

²⁷ Véase Samaroo, *op. cit.*, p. 206.

²⁸ Wood, *op. cit.*, p. 127.

mismos, por limitada que fuera. Trataron de convertirse en campesinos o artesanos; si fracasaban, se dirigían a las ciudades. En los pueblos, los constantes disturbios urbanos reflejaban una conciencia de la opresión. Las bandas peleaban entre sí porque no podían atacar las fuentes reales de su miseria o impotencia, no porque no las conocieran.²⁹

Así, los factores ideológicos y fáticos de la tradición radical de los esclavos eran preservados en su cultura por los criollos africanos (a los que se añadían los africanos liberados): su lengua, el *patois* «que no entendían la mayoría de los policías, magistrados, y funcionarios»;³⁰ sus festivales profanos como Canboulay y el Carnaval *jamet* donde abundaba el desprecio apenas velado por la moralidad anglicana y católica; sus sectas religiosas sincretistas y sus velatorios ruidosos; su música y su baile.³¹ Esto despertaba hostilidad y asco entre las clases anglizadas, conmocionaba a los blancos de la clase más alta e incomodaba a la Trinidad oficial. En 1868 se ilegalizó la *obeah*; en 1883 se prohibieron por «inmorales» los bailes al ritmo de tambores (calenda, belaire, bongó); en 1884 y 1895 fueron suprimidos los festivales o algunos de sus aspectos (combates con garrotes, el uso de máscaras). Con el tiempo, se creía y se esperaba, la educación primaria pública erradicaría al «criollo». Pero los versos de Calypso sugieren que el espíritu de liberación y el sentido de la dignidad eran inextinguibles. En ellos se capta una expresión silenciosa pero acerada de la indignación:

No puedes vencerme tambor
 En mi tierra natal.
 No podemos tener carnaval
 En mi tierra natal.
 No podemos tener bacanal
 En mi tierra natal.
 En mi propia tierra natal.
 En mi propia tierra natal,
 Moen pasca dancer, common moen viel.³²

Los trabajadores contratados indios, que ahora habían asumido el papel económico de los esclavos (y a ojos de muchos, blancos y criollos, también su estatus),³³ se distanciaban comprensiblemente de la resistencia colectiva. Veinte años después de la llegada de los primeros 225 indios en

²⁹ Brereton, *Race Relations*, *op. cit.*, p. 148.

³⁰ *Ibidem*, p. 164.

³¹ *Ibidem*, cap. 8; véanse también D. V. Trotman, «The Yoruba and Orisha Worship in Trinidad and British Guiana 1838-1870», *African Studies Review*, vol. 19, núm. 2, septiembre de 1976, pp. 1-17; y J. D. Elder, «The Yoruba Ancestor Cult in Gasparillo», *Caribbean Quarterly*, vol. 16, núm. 3, agosto de 1970 (cit. por Brereton).

³² Brereton, *ibidem*, p. 162.

³³ Wood, *op. cit.*, p. 136.

el *Fattel Rozack* en 1845, según Donald Wood, sus comunidades y pueblos semisegregados habían comenzado con bastante éxito la reproducción de gran parte de la estratificación social del subcontinente: se habían abierto grandes abismos entre los más prósperos que obtuvieron tierras o tiendas o lograron convertirse en prestamistas, y las masas de «coolies». ³⁴ Al cabo de otros veinte años, en cientos de aldeas creadas en torno al azúcar y sus propios cultivos de arroz húmedo, maíz y guisantes, ³⁵ el manto de su sociedad transferida amortiguó su respuesta a las estafas, abusos, extorsiones y explotación de blancos y criollos por igual. Periódicamente había huelgas en las haciendas (varias en la década de 1880), pero la expresión inicial de la conciencia india era más liberal que resistente. ³⁶ Los trabajadores chinos, cuya importación se había reducido a menos de 2.500 en total, se fundieron racialmente con una u otra de las poblaciones negras o adquirieron su independencia mediante la artesanía, el cultivo y comercialización de hortalizas de jardín, o nuevas migraciones. ³⁷

Para los blancos, en particular los «criollos franceses», más numerosos y culturalmente dominantes, ³⁸ la corona, su gobernador, su administración colonial y su Consejo Legislativo eran una molestia. La representación electiva habría sido preferible, pero el suministro de una abundante oferta de mano de obra barata basada en la inmigración india había calmado en gran medida sus preocupaciones sobre el sistema colonial de la corona. Aun así, las «aves de paso», es decir, los funcionarios coloniales y sus familias, gozaban de un estatus preferente entre las clases superiores en deferencia a sus posiciones. En su mayor parte, ni su cultura en el sentido nacional y de su magnitud, ni su educación o su origen los disponía a aceptar algo distinto.

El poder gobernante era, por supuesto, «noroeste»; y la superestructura de gobierno, derecho y educación provenía de Gran Bretaña. Pero había un importante grupo de élite que apreciaba las ideas y los valores

³⁴ *Ibidem*, pp. 157-159. «A finales de la década de 1870, los indios de Trinidad tenían algunos buenos caballos que ganaban premios en carreras, así como las vacas mejor cuidadas, y entre 1885 y 1909 adquirieron 69.087 acres de tierra». Jha, *op. cit.*, p. 30; véase también Winston Dookeran, «East Indians and the Economy of Trinidad and Tobago», en John La Guerre, *op. cit.*, pp. 69-83 sobre la persistencia de la pobreza entre los indios llegados de Oriente.

³⁵ Wood, *op. cit.*, p. 276. Estos cultivos fueron desarrollados desde el principio por empresarios orientales para sustituir las importaciones de los alimentos propios de la dieta india.

³⁶ Véase Brereton, *Race Relations*, *op. cit.*, pp. 191-192.

³⁷ La inmigración china quedó interrumpida en 1866 por la Convención Kung. Véase Wood, *op. cit.*, pp. 160-167 sobre detalles relacionados con Trinidad.

³⁸ «Los criollos franceses dominaban la élite blanca criolla. Eran principalmente blancos de ascendencia francesa, pero se entendía que el término generalmente incluía a personas de ascendencia inglesa, irlandesa, española, corsa e incluso alemana, nacidos en la isla, y casi invariablemente católicos romanos. Las personas nacidas en Europa, pero residentes en Trinidad durante muchos años, y vinculadas por matrimonio a este grupo, también eran consideradas por cortesía criollos franceses». Brereton, *Race Relations*, *op. cit.*, p. 35. Trinidad había servido como destino para los aristócratas franceses huidos de Haití y otras posesiones francesas a raíz de las revoluciones francesa y haitiana.

latinos y franceses más que los anglosajones. Los criollos blancos de ascendencia francesa y española superaban en número a los criollos ingleses y residentes británicos, y casi seguramente eran más influyentes en cuanto a marcar el tono de la sociedad.³⁹

Y hasta que los aristocráticos criollos franceses no fueron completamente anglizados y sustancialmente desplazados por el capital británico y las familias británicas de clase alta a finales del siglo XIX, no hubo ninguna posibilidad de una recepción sincera en ese terreno. La facción británica (principalmente inglesa y escocesa), que durante el declive de las fortunas azucareras criollas francesas a mediados de siglo había tratado durante un tiempo de anglizar y subordinar a la fuerza a los criollos «extranjeros», había sido sometida por el régimen del gobernador Gordon a finales de la década de 1860.⁴⁰ Esta se contentó con dejar al tiempo su lugar en la jerarquía blanca.⁴¹ Pero a pesar de sus diferencias, la élite blanca mantuvo sus posiciones en dos asuntos. El primero se refería al gobierno representativo. La élite planteó esa cuestión cuando sus ambiciones más agresivas se vieron frustradas por el ejecutivo de la corona o por el Parlamento británico. Los disturbios del agua de 1903 y los problemas aparecidos con ocasión de la Primera Guerra Mundial fueron dos de esas ocasiones.⁴² El segundo tenía que ver con la clase media negra y de color, cuya presencia era cada vez más difícil de ignorar. «Representaba una amenaza mayor [que las masas negras e indias] para el control continuo de la sociedad por parte de los blancos, aunque su número fuera relativamente reducido; tenían la llave del futuro político y social de Trinidad, y algunos de sus ciudadanos con visión de futuro se apercebieron de ello».⁴³

Solo las clases medias negras y de color, cuyo desarrollo se había visto en cierto modo interrumpido hasta recuperar su *crescendo* en el último cuarto del siglo XIX, estaban intranquilas como clase por la prosperidad de Trinidad e incómodas en la catacumba de las relaciones raciales y de clase de la isla.

La clase media de color y negra consistía en dos grupos distintos. Había un pequeño grupo de familias de ascendencia mixta africana y europea que descendían de los franceses libertos establecidos en Trinidad desde la década de 1780. En segundo lugar estaban las personas, tanto negras como de color, de las que se puede decir que habían «salido adelante por sí mismas». Eran los descendientes de los exesclavos de Trinidad, o de inmigrantes africanos «liberados» o de inmigrantes del

³⁹ *Ibidem*, p. 204.

⁴⁰ Véase Wood, *op. cit.*, cap. 14.

⁴¹ Ese proceso aparece descrito en Brereton, *Race Relations, op. cit.*, p. 47.

⁴² See Laurence, *op. cit.*; y Samaroo, *op. cit.*

⁴³ Brereton, *Race Relations, op. cit.*, p. 63.

Caribe oriental; y habían adquirido su estatus de clase media gracias principalmente a su dominio de la cultura británica y sus empleos de cuello blanco.⁴⁴

A la segunda clase de color, que surgió mientras Trinidad estaba bajo el orden colonial británico, nunca se le permitió obtener la relevancia de los Romain, Philips, Angernon, Montrichard, Maresse y Beaubrun de la primera (aunque P. G. L. Borde, el historiador criollo francés, explicaba que habían «formado una segunda sociedad paralela a la primera, y no menos distinguida que ella».⁴⁵ En la Trinidad británica, las clases medias negras y de color habían caído de sus alturas anteriores, sin poder reclamar una participación en las clases altas de la isla:

Probablemente la mayoría de los hombres negros y de color educados durante ese periodo eran funcionarios. Con el comercio prácticamente cerrado para ellos, la enseñanza, las profesiones y el funcionariado ofrecían las únicas alternativas viables, excepto por el número relativamente pequeño de plantadores de color. Solo una pequeña minoría podía esperar obtener la educación universitaria esencial para practicar el derecho o la medicina. Esto dejaba el empleo en el funcionariado, incluyendo la enseñanza en las escuelas gubernamentales, como la única vía accesible a un empleo de cuello blanco.⁴⁶

La distribución de privilegios y ventajas en una sociedad racialmente determinada frustraba su visión más ambiciosa: el logro de la igualdad con la oligarquía blanca, la adquisición de poder. Al igual que a sus homólogos de la pequeña burguesía negra de otros lugares, les ofendía la subordinación a la que les condenaba la creencia en la inferioridad negra.

Un corresponsal del *Telegraph* escribió que por más riqueza o educación que poseyera, nadie en Trinidad podía disfrutar de prestigio social si carecía del «tinte correcto». Plantadores ricos, con mérito y carácter, sufrían un «tabú» al carecer de un «pasaporte colonial» [...] más potente que la educación, los hábitos, los principios, el comportamiento, la riqueza, el talento, o incluso el propio genio. Fuera de las Indias Occidentales nadie podía hacerse una idea de la posición real de un hombre educado con un «tinte incorrecto». Era especialmente irritante que hombres de color de «buena» familia se vieran sometidos a esa discriminación.⁴⁷

Y así, aunque no había sido necesario responder a Anthony Trollope cuando en 1859 publicó su tomo antinegro, *The West Indies and the*

⁴⁴ *Ibidem*, p. 86.

⁴⁵ *Ibidem*, traducción mía, C. J. Robinson.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 99.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 97.

Spanish Main [Las Indias Occidentales y la Tierra Firme española] con el de Froude en 1888, *The English in the West Indies* [Los ingleses en las Indias Occidentales], el desafío de los elementos más recientes de la clase media resultó imperioso.⁴⁸ Es interesante que este proviniera de un representante negro y no de color, y que fuera fundamentalmente radical. Jacob Thomas, en su *Froudacity: West Indian Fables Explained* [La froudacidad: las fábulas de las Indias Occidentales explicadas],⁴⁹ presentó a sus lectores un lienzo más amplio que los «insultos infantiles de los negros» con los que Forude se contentaba intelectualmente:

El negro intrafricano es claramente incapaz de luchar con éxito contra la esclavitud personal, la anexión o la protección voluntaria de su territorio. Lo que nos preguntamos es si durante las próximas décadas seguirán siendo la opinión y las actitudes de los extra-africanos —diez millones en el hemisferio occidental, tan dispersos por toda la superficie del globo—, aptos aprendices en todas las variedades imaginables de la cultura civilizada. ¿Permanecerán para siempre demasiado pobres, demasiado aislados entre sí para una gran combinación racial, o por fin la cuna naturalmente opulenta de su pueblo, que durante demasiado tiempo ha sido un lugar de violencia y avaricia impía, se convertirá en la consigna sagrada de una generación dispuesta y capaz de conquistar o perecer bajo su inspiración?⁵⁰

Thomas, cuyos padres habían sido esclavos pocos años antes de su nacimiento, que había crecido y se había educado en las pequeñas escuelas rurales, patéticamente inadecuadas, que el gobierno había creado para las masas negras del campo, y cuyo dominio del *patois* le había permitido escribir su *Creole Grammar* [Gramática criolla] en 1869, no hablaba en nombre de la clase media. Rechazó su ambición y el modelo del que se había copiado. Aun así, las clases medias no pudieron rechazarlo. Fue el intelectual negro más importante de Trinidad durante toda su vida. Sus «esfuerzos fueron importantes para la clase media de color y negra, ya que parecían mostrar que ese grupo era más culto que el de los blancos dominantes, despreciados por su grosero materialismo. Las actividades literarias de Thomas indicaban que los no blancos iban culturalmente por delante».⁵¹ Y aunque a la mayoría de las clases medias negras y de color les costaba elevar su vida, sus familias y su reputación, alejándose de las masas negras, algunos negros ilustrados, como Samuel Carter y Joseph Lewis (editores de *New Era*), William Herbert (editor de *Trinidad Press*,

⁴⁸ Wood, *op. cit.*, p. 249.

⁴⁹ Sobre la formación de Thomas, véase Brereton, *Race Relations*, *op. cit.*, pp. 91-96.

⁵⁰ Citado en C. L. R. James, «Discovering Literature in Trinidad: The 1930s» en *Sphere of Existence*, Londres, Allison and Busby, 1980, pp. 241-242.

⁵¹ Brereton, *Race Relations*, *op. cit.*, pp. 94-95.

y luego de *Trinidad Colonist*), H. A. Nurse (padre de George Padmore) y el abogado Henry Sylvester Williams, lograron, cada uno en su campo, nuevas aproximaciones a la obra de Thomas.⁵² Williams, impulsor principal de la Conferencia Panafricana que se reunió en Londres en julio de 1900, fue por supuesto el más cercano.⁵³ Se propuso hacer realidad el ideal de Thomas; junto con otras figuras explícitamente políticas de las clases medias negras y de color (Henry Alcazar, Edgar Maresse-Smith y C. Prudhomme David), activas en los asuntos oficiales de Trinidad, comenzaron a radicalizar tentativamente el discurso público de la isla. Fue, no obstante, un segundo impulso de las clases medias lo que marcó la pauta y dio a ese discurso un carácter particular.

La sociedad de Trinidad, vertebrada por esas generaciones de clase media negra y de color, era un *chiaroscuro* de las clases altas blancas. Sus prioridades tenían poco que ver con los elementos de la tradición radical evocados en la *Froudacity* de Thomas.⁵⁴ En su sociedad, los matices de privilegio y estatus, aceptabilidad y tolerancia, la etiqueta de pardo sobre negro, era un arte social tan sutil como el que se podía diseñar con los materiales culturales, históricos, políticos, educativos, familiares y financieros de que disponían. Casi había que ser de allí, con una intuición especial para ello, para saber qué se requería y se esperaba, cuáles eran las posibilidades para cualquiera de sus jóvenes que se lanzara a la órbita de la relación adulta. Mientras que la élite blanca parecía poseer el privilegio de las distinciones nominales audaces, los terrenos o la fortuna fácilmente medidos y la propiedad de nombres reconocibles en las tradiciones históricas elaboradas en la literatura y el periodismo trinitense, las desviaciones habituales entre las clases medias negras y de color eran muchas veces de una gradación tan paulatina que se requería como condición *sine qua non* una sutileza social instintiva. Ciertamente existían grandes disparidades, pero eran demasiado infrecuentes como para servir de guías infalibles en la costumbre o el hábito. En cualquier caso, el lugar tan estimado de la élite de tez clara se lograba fácilmente al cabo de una o dos generaciones. Aunque su valor no se atenuó de forma apreciable por los matrimonios «mixtos»,

⁵² *Ibidem*, pp. 92-97.

⁵³ *Geiss, op. cit.*, pp. 176 nota. El panafricanismo de Williams también se anticipó en la experiencia de Thomas: «J. J. Thomas escribió en 1889 que estaba “familiarizado desde la primera infancia con miembros de casi todas las tribus” de africanos [...] traídos a las Indias Occidentales». Brereton, *Race Relations, op. cit.*, p. 134. Para su enumeración, véase la nota 16.

⁵⁴ «J. J. Thomas fue uno de los primeros en expresar un fuerte orgullo racial. Era demasiado consciente del grado de autodesprecio y odio mutuo entre sus compañeros negros en las Antillas. Vio cómo se habían interiorizado los valores de la superioridad blanca, con resultados desastrosos. En su opinión, un factor de ese proceso fue la educación de jóvenes antillanos por parte de maestros blancos. Pensaba que su influencia era “en gran medida subversiva del sentimiento nacional”, con lo que se refería a la conciencia racial». «Había negros brillantes individualmente. Pero tenía que haber “alguna agencia potencial para reunirlos y adaptarlos al vasto motor esencial para ejecutar los verdaderos propósitos de la raza africana civilizada”». Brereton, *Race Relations, op. cit.*, pp. 104, 106.

el color por sí solo era considerado en el mejor de los casos una medida tosca y burda. Cualquier aspirante negro suficientemente talentoso, ambicioso o patrocinado por su capacitación profesional o riqueza familiar podía asegurar que sus nietos serían fenotípicamente elegibles para el pináculo del reconocimiento intraclasista. Había, empero, un techo más allá del cual el negro no podía elevarse. Anticipándolo, muchos negros, particularmente los intelectuales, trataban de emplear la educación y la literatura como moneda en el intercambio entre clases. Donde Thomas había tenido éxito, otros se esforzaban como es lógico, con la esperanza de obtener la atención legitimante de blancos y personas de color, haciendo a un lado para sí, y con suerte para sus hijos, el estigma de la casta. El mérito más apreciado, como en el caso de la intelectualidad victoriana inglesa, se encontraba la literatura. Era la marca del negro educado:

Probablemente porque la educación era tan importante para el ascenso de estatus, los miembros de ese grupo atribuían gran importancia a la vida cultural e intelectual. Se jactaban de su dominio de la cultura británica, su habilidad para hablar y escribir «buen» inglés, su interés en las cosas de la mente. Lo que importaba era la alfabetización, la familiaridad con los libros, la posesión de «cultura», así como una ocupación que no involucrara trabajo manual. Esas cosas eran criterios más esenciales para la pertenencia a la clase media que la riqueza o la claridad de la piel [...] En cierto sentido formaban una intelectualidad, ya que se enorgullecían de ser el sector más culto de la comunidad, aunque no formaran parte de la clase dominante.

Daban tanta importancia a la cultura porque no tenían otro valor u otra posesión valiosa a la que aferrarse [...]

No sorprende, pues, que los miembros de la clase media negra y de color tomaran a menudo la delantera en las actividades literarias o intelectuales.⁵⁵

En periodismo y crítica literaria llegaron a la cumbre, superando a los blancos en su mensaje y celebración de las ideas sociales, formas literarias y preocupaciones más avanzadas, poniéndolas al alcance del público de habla inglesa. Así, cuando llegó su turno a la hora de articular un desafío al colonialismo y la dominación racial, su educación e intelecto superiores eran tanto su razón de ser como su instrumento.⁵⁶ De hecho, esa fue la base del nacionalismo que C. L. R. James exhibió en su primer trabajo político, *The Case for West-Indian Self Government* [El caso del autogobierno en las Indias Occidentales]:

⁵⁵ *Ibidem*, p. 94.

⁵⁶ Both H. Sylvester Williams y R. E. Phipps plantearon la cuestión del lugar de las clases medias de las Indias Occidentales en el gobierno de sus sociedades en la Conferencia Panafricana de Londres en 1900; Geiss, *op. cit.*, pp. 187, 193,

A su llegada a las Indias Occidentales [el funcionario colonial] experimenta una conmoción. Ahí se topa con una comunidad plenamente civilizada, con la misma ropa que él, que no habla otro idioma que no sea el suyo, con sus mejores hombres tan buenos como él, y con frecuencia, mejores que él mismo. ¿Cuál es el efecto sobre el inglés colonial cuando reconoce, como tiene que reconocer, la calidad de aquellos sobre los que ejerce autoridad? Todos tienen que justificarse, y suelen recurrir a la «habilidad de los anglosajones para gobernar», «la fiabilidad de la madre patria hasta el momento [siempre en un futuro lejano] en que estas colonias pueden valerse por sí mismas», etc., etc.⁵⁷

Para una comunidad como la nuestra, en la que, aunque haya prejuicios raciales, no hay antagonismo racial, donde la gente ha alcanzado su actual nivel de riqueza, educación y cultura general, el sistema de gobierno de las colonias de la Corona está fuera de lugar. Fue útil en su día, pero ese día ya pasó. Es un fraude, porque se basa en supuestos de superioridad que de hecho no tienen fundamento. Por admirables que sean sus dones en esa dirección, la capacidad administrativa no es monopolio de los ingleses; e incluso si lo fuera, la caridad comienza por uno mismo, especialmente en estos tiempos difíciles.⁵⁸

El victoriano negro se convierte en jacobino negro

Cyril Lionel Robert James nació en Trinidad en 1901, «hijo de un trinitense negro maestro de escuela, nieto, poco más de medio siglo después de la abolición de la esclavitud, de un calderero de azúcar y un maquinista ferroviario».⁵⁹ Pasó sus primeros años en Tunapuna, un pueblo de 3.000 habitantes situado a medio camino entre la capital, Puerto España,

⁵⁷ James, *The Case for West-Indian Self Government*, Londres, Hogarth, 1933, pp. 10-11. Los funcionarios coloniales no eran, al parecer, los únicos a quienes podría sorprender el descubrimiento de los antillanos “civilizados”. El Dr. Stephen Laurence observó: «Quizás el mejor currículum y el comentario más apropiado sobre esta pregunta es la respuesta que le dio a su Majestad la Reina Victoria en su Jubileo [en 1897] el fallecido Mr. Lazare [Emmanuel Mzumbo Lazare, abogado y transportista, nacido en Trinidad en 1864], de pura raza africana: “¿Habláis inglés en Trinidad?” preguntó su Majestad. “Señora, en Trinidad todos somos ingleses”». Laurence, *op. cit.*, p. 15.

⁵⁸ James, *ibidem*, p. 31.

⁵⁹ Richard Small, «The Training of an Intellectual, the Making of a Marxist» en Paul Buhle (ed.), *C. L. R. James: His Life and Work*, especial de *Urgent Tasks*, núm. 12, verano de 1981, p. 13. El abuelo paterno de James era encargado de calderas, y su abuelo materno, Josh Rudder, maquinista ferroviario. Véase James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, pp. 17-19, 22-25. Ambos abuelos habían alcanzado posiciones normalmente reservadas para los blancos en el siglo XIX. Rudder, especialmente, logró una experiencia con las locomotoras que aún lo hacían útil ocasionalmente incluso después de estar jubilado. Administró celosamente el conocimiento que había adquirido de los blancos. James describió la reacción del anciano en una ocasión, después de haber realizado uno de sus milagros. «Una multitud entusiasta, encabezada por el gerente, rodeó a Josh, preguntándole cómo lo había hecho. Pero el siempre exuberante Josh guardó silencio por una vez y se negó a decirlo. Nunca se lo contó a nadie, ni siquiera a mí. Pero cuando le pregunté [un] día “¿Cómo lo hiciste?”, me dijo lo que nunca había oído

al oeste, y Arima, al este. A lo largo del camino entre Puerto España y Arima los exesclavos habían fundado muchas de sus nuevas aldeas durante la década de 1840.⁶⁰ En los valles alrededor de Tunapuna, los africanos «liberados» se habían asentado, plantando sus huertos en las laderas. Treinta años después, en la década de 1870, fue uno de los sitios donde proliferaron las bandas de baile y lucha con sus códigos territoriales semi-secretos. Tunapuna tenía «bandas llamadas Sweet Evening Bells, Tjepins, Greyhounds, e Island Builders».⁶¹ De niño, en una Tunapuna un poco más respetable, James recuerda que comenzó bastante pronto a absorber gran parte de la ética de supervivencia que caracterizaba a la clase media negra de la que formaba parte:

Tenía unos seis años cuando conseguí la copia de Shakespeare de mi madre. Había en ella 37 piezas o 36, y una ilustración al comienzo de cada una de ellas, bajo la que se indicaba el Acto y la Escena que ilustraba, y recuerdo la ilustración antes de *Julio César*, en la que Bruto dice: «¡Qué mal arde esta vela!». Entonces no podía leer una obra de Shakespeare, pero recuerdo perfectamente que miraba el Acto y la Escena mencionados al pie de la ilustración y que leía esa escena particular. Estoy bastante seguro de que antes de los siete años las había leído todas.⁶²

Pese a la disponibilidad de libros de aventuras en la biblioteca de su madre, para aquel niño la lectura no era lo que Richard Small llamaría «el interés normal de los jóvenes». James estaba aprendiendo y mostrando los rasgos de su clase. Ese inventario prescrito también contenía la importancia puritana de la propiedad de clase:

Me fascinaban los cantantes de calipso y las canciones a veces chifladas que cantaban en sus carpas durante el carnaval. Pero, como para muchos de clase media negra, para mi madre un calipso era algo para desocupados, y en el mejor de los casos, para la gente corriente. Me hicieron entender que el camino al establecimiento de calipso llevaba al infierno, y siempre había muchos ejemplos de habitantes del infierno a los que ella podía señalar.⁶³

Las costumbres morales y sexuales de las clases bajas negras, con toda su vitalidad y atractivo, equivalían a un rechazo de la sensibilidad burguesa inglesa; ante los nativos eran un afrenta a la moral del modelo colonial.

antes: «Eran hombres blancos con todos sus M.I.C.E. y R.I.C.E. y todos sus grandes títulos, y era asunto de ellos arreglarlo. Yo tenía que arreglarlo para ellos. ¿Por qué debía decirselo?». *Ibidem*, p. 25.

⁶⁰ Brereton, *Race Relations*, *op. cit.*, p. 134.

⁶¹ *Ibidem*, p. 167.

⁶² Small, *op. cit.*, p. 13.

⁶³ James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, pp. 25-26.

Indiscutiblemente, en una familia negra que conocía las reglas, aquella declaración implícitamente política no tenía cabida en el futuro de un joven negro debidamente instruido. La «buena» sociedad, blanca, negra y de color, conspiraba contra lo que interpretaba como humores dionisiacos o satánicos. El cricket, en cambio, era ensalzado en la cultura de clase de James. De hecho, según todas las indicaciones, su presencia impregnaba todos los estratos de la sociedad trinitense. Richard Small informaba:

La pertenencia a los distintos clubes estaba determinada por la ocupación y la clase social, y en aquel momento, aún más radicalmente que ahora, aquella discriminación sería prácticamente idéntica a la diferenciación según el color. Los miembros del Club Queen's Park, que controlaba el cricket en la isla, eran todos ellos blancos y ricos; los del Shamrock, comerciantes criollos franceses y plantadores de cacao, católicos; los del Maple, de clase media y de piel morena; los del Shannon, la versión de clase media negra, oficinistas de cuello blanco y maestros; y los del Stingo, comerciantes, artesanos, trabajadores [...] Añádase a eso que casi todo el mundo jugaba o se interesaba por el cricket y que se jugaba hasta ocho meses del año, y con todo ello se obtendrá cierta estimación de su potencial para la expresión social sublimada.⁶⁴

El críquet era el juego del padre de James, el de su tío Cuffie y su tía Judith, así como el de su primo Cudjoe; ese interés se podía encontrar incluso en su abuelo, el extraordinario Josh Rudder. Era el juego de los escolares ingleses. «Recreo significaba críquet, porque en aquellos días, a excepción de las reuniones deportivas atléticas poco frecuentes, era el único juego posible. Nuestra casa estaba magníficamente situada, exactamente detrás del *wicket*».⁶⁵ Para James, pues, era una obsesión natural, a la que atendía mientras intentaba abrirse camino en el mundo adulto y a la que volvería cuando tratara de hacer entender su vida y el mundo colonial en el que se crió.

Siendo joven James, Trinidad ya mostraba signos de agitación popular. En 1897, siguiendo los modelos de la Asociación de Trabajadores Ingleses de la década de 1830 y la Asociación por la Reforma Parlamentaria de

⁶⁴ Small, *op. cit.*, p. 13. «El juego de críquet, por tanto, reflejaba en un sentido real la vida en general en la sociedad de las Indias Occidentales, donde existía una dicotomía similar. Los blancos estaban representados en los niveles superiores de la sociedad, más allá de toda proporción en relación con su número en la población. Ellos dirigían y se esperaba que los antillanos no blancos obedecieran. Los blancos continuaron tomando las decisiones con respecto de quién debería jugar, en qué terrenos deberían jugarse los partidos de prueba, el precio de las entradas para los partidos y por tanto las ganancias». Maurice St. Pierre, «West Indian Cricket-A Socio-Historical Appraisal, Part I», *Caribbean Quarterly*, vol. 19, núm. 2, junio de 1973, p. 8.

⁶⁵ James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, p. 13. Véase también J. A. Mangan, *Athleticism in the Victorian and Edwardian Public School*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

los Trabajadores de Leeds, organizada en 1861, se fundó la Asociación de Trabajadores de Trinidad. Con 50 trabajadores cualificados y no cualificados como miembros, que incluían carpinteros, albañiles, sastres y al menos un farmacéutico y un químico, era, según Brinsley Samaroo, la primera organización de ese tipo en las Antillas británicas:

La organización de Trinidad surgió para ocuparse de funciones sindicales y como grupo de presión político. Fue fundada justo antes de la visita en 1897 de la Comisión Real, enviada a las Indias Occidentales Británicas para examinar la gravedad de la depresión del azúcar y recomendar medidas para brindar alivio a las colonias. El primer presidente de la asociación, Walter Mills, farmacéutico, ofreció pruebas a la Comisión [...] Mills se quejó de las condiciones insalubres de los pueblos, viviendas y haciendas de la colonia [...] presionó [en favor de] una reducción de impuestos, especialmente sobre los alimentos e instrumentos agrícolas utilizados por los trabajadores [...] mejores transportes, la creación de industrias menores, la introducción de cajas de ahorros y la posterior apertura de Tierras de la Corona. Además, la Asociación se opuso vigorosamente a la inmigración india fomentada por el Estado que, según Mills, aumentaba la competencia por los «salarios de hambre pagados en las fincas azucareras» [...] Por encima de todo, dijo Mills, a la colonia se le debe otorgar un gobierno electivo.⁶⁶

La Asociación pronto entró en crisis pero luego se reactivó, vinculándose en 1906 con el nuevo partido laborista británico.⁶⁷ Ahora con cientos de miembros, comenzó a funcionar como representante de las clases trabajadoras, haciendo campaña por la reforma laboral y agitando por jornadas de trabajo más cortas, bajas por enfermedad y contra la «barrera de color», ampliando su ámbito al atraer al trabajador «tradicionalmente apolítico» de las Indias Orientales. El gobierno colonial la trató con hostilidad, advirtiendo a la Oficina Colonial del carácter poco fiable de la Asociación:

Sus miembros, algunos de los cuales tenían una reputación dudosa, eran en su mayoría no trabajadores que no tenían un lugar de relieve en la colonia. Solo habían adoptado su nombre a fin de asegurarse el reconocimiento del Partido Laborista Inglés y de obtener así una importancia que de otro modo estaría fuera de su alcance.⁶⁸

⁶⁶ Samaroo, *op. cit.*, pp. 206-207.

⁶⁷ Para una descripción de la fundación del Partido Laborista británico durante los tres primeros años del siglo XX, véase Halevy, *op. cit.*, pp. 261-281.

⁶⁸ Samaroo, *op. cit.*, p. 210.

Pero Europa y los gobiernos coloniales de los imperios británico y francés se vieron pronto atrapados en la Primera Guerra Mundial, una conmoción histórica de la que los imperios nunca se recuperarían. La propia guerra, más allá del coste exigido en Europa (pero no totalmente europeo), implicó una contradicción fundamental para la razón de ser del Imperio británico: se suponía que «la defensa de las colonias autónomas frente a ataques externos y el mantenimiento del poder marítimo eran responsabilidades británicas».⁶⁹ Durante la guerra, la India contribuyó con un millón y medio de hombres y mujeres con uniformes británicos de un tipo u otro, lo que suponía más tropas que todos los demás dominios y colonias juntos (entre ellos Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica).⁷⁰ Y lo que la India había hecho por Gran Bretaña, África lo hizo por Francia: «Más de 545.000 soldados nativos africanos —escribió George Padmore—, estuvieron al servicio de Francia, principalmente como tropas de choque frente a la marea del avance alemán durante los periodos más críticos de la guerra».⁷¹ Decenas de miles de africanos sirvieron también con Alemania, Bélgica y las fuerzas británicas en África Oriental, mientras que entre los estadounidenses, de los 342.277 soldados negros incorporados, 200.000 lucharon con el ejército francés, uniformados como soldados franceses.⁷² También se movilizaron tropas antillanas, sirviendo la mayoría de los soldados negros, unos 20.000, en el Regimiento Británico de las Indias Occidentales. Se presentaron, no obstante, algunos problemas. Para algunos, a la lealtad a Gran Bretaña se anteponian ciertas consideraciones:

En Trinidad, la prensa usaba el término «clase mejor [*better*]» para describir a los blancos y los mulatos de tez clara que constituían la clase comerciante y plantadora. El término utilizado en Barbados era «la mejor [*best*] clase». Cuando comenzó el alistamiento de reclutas en 1915, los jóvenes de la «clase mejor» de las Indias Occidentales Británicas se negaron al reclutamiento, a no ser como oficiales, en las mismas unidades que los

⁶⁹ McIntyre, *op. cit.*, p. 132.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 133-134.

⁷¹ George Padmore, *Africa and World Peace*, Londres, Frank Cass, 1972, p. 235. Para detalles de las tropas africanas y negras utilizadas por las potencias coloniales en los siglos XIX y XX (hasta finales de la década de 1920), véase Padmore, *The Life and Struggles of Negro Toilers*, Hollywood, Sun Dance Press, 1971, pp. 111-120. En otro lugar, Padmore había citado al general sudafricano Smuts sobre el uso francés de tales tropas: «Durante el primer año de la guerra, 70.000 soldados negros se reunieron en África occidental francesa. En 1918, el África negra había proporcionado a Francia un total de 680.000 soldados y 238.000 trabajadores. Hemos visto lo que nunca antes habíamos visto, el material enormemente valioso que había en el continente negro». Padmore, *Pan-Africanism or Communism*, Nueva York, Doubleday, 1972, p. 98.

⁷² Véase Padmore, *Negro Toilers*, *op. cit.*, pp. 117-19, en cuanto a las cifras. Harry Haywood era un veterano de las campañas francesas y describe la experiencia de las tropas negras americanas en Francia en Haywood, *Black Bolshevik*, *op. cit.*, pp. 53-78. Véase también la exposición de W. E. B. Du Bois en «The Black Man in the Revolution of 1914-1918», y «An Essay Toward a History of the Black Man in the Great War» en Julius Lester (ed.), *The Seventh Son*, *op. cit.*, pp. 107-115 y 115-157, respectivamente.

soldados negros. Arthur Andrew Cipriani, un criollo corso que dirigía la campaña de reclutamiento, se quejó que «nuestra mejor clase de jóvenes está evitando» unirse las unidades públicas «debido a la lamentable cuestión del color que se encuentra en el fondo de todo en estos lugares» [...] Algunos soldados de la «clase mejor» viajaron a Londres y se unieron a los regimientos británicos, la mayoría se unieron a los soldados de la «clase mejor» de otras colonias para formar el Merchants' and Planters' Contingent [Contingente de comerciantes y plantadores].⁷³

Pero el inicio de la Gran Guerra sacó a relucir un enemigo de mayor consideración y más insostenible para los intereses coloniales:

No todos estaban dispuestos a hacer sacrificios por el bien general. Los comerciantes de la colonia vieron el comienzo de la guerra en Europa como una señal para aumentar inmediatamente sus precios. El mismo día del anuncio por parte del gobierno de que la guerra había comenzado en Europa, la *Port of Spain Gazette* informaba de una gran subida de precios.⁷⁴

En la economía de la isla, la inflación de precios se descargó sobre las espaldas de la clase trabajadora negra, y fue la causa principal de las huelgas que siguieron: los trabajadores petroleros en 1917; los ferroviarios, chatarreros, estibadores, barrenderos, azucareros y trabajadores portuarios en 1919; los trabajadores del asfalto y ferroviarios de nuevo en 1920.⁷⁵ Y la Asociación

⁷³ Samaroo, *op. cit.*, pp. 211-212. James era menor de edad pero intentó presentarse voluntario para ir a la guerra (aunque en el contingente de comerciantes y plantadores): «Un joven tras otro entraba [en la oficina de voluntarios], y obviamente yo no era inferior a ninguno de ellos en nada. El encargado hablaba con cada uno de ellos, le pedía referencias y concertaba un examen más detallado, según el caso. Cuando llegó mi turno, caminé hacia su escritorio. Me miró, vio mi piel oscura y, sacudiendo la cabeza vigorosamente, me alejó violentamente». «Lo que importa es que no me molestaron demasiado». James, *Beyond a Boundary, op. cit.*, p. 40.

⁷⁴ Samaroo, *ibídem*, pp. 210-211. Fitz A. Baptiste proporciona una interpretación más profunda: «La guerra produjo una espiral de precios de los productos básicos; el Caribe británico, el productor por excelencia, trató de sacar provecho de ello lo mejor que pudo. Algunas estadísticas de Jamaica revelan que, a pesar de los efectos del bloqueo británico en 1917-1918 y de la guerra submarina alemana contra el comercio aliado, los valores de la exportación se mantuvieron, pese a que hubo caídas en los volúmenes, debido a la subida general de los precios de los productos básicos, especialmente el cacao y el café». «Aunque un factor fue claramente la codicia explotadora de los comerciantes en la sociedad colonial, una causa más fundamental fue el cambio forzado de la dependencia de las importaciones británicas de Estados Unidos y Canadá cuando el bloqueo y la Batalla del Atlántico comenzaron a dejar sentir sus efectos en el Caribe [...] El porcentaje extraordinariamente alto de las importaciones de bienes estadounidenses [para Jamaica, 67,6 %] reflejaba claramente algunas de las distorsiones debidas a la guerra y que aún se mantenían en los años de posguerra». Baptiste, «The United States and West Indian Unrest: 1918-1939», Working Paper, núm. 18, Jamaica, Institute of Social and Economic Research, University of the West Indies, 1978, pp. 5-6.

⁷⁵ Samaroo, *ibídem*, pp. 211-216. «Hubo disturbios en la Honduras Británica en julio de 1919 y nuevamente en 1920; en Jamaica en dos ocasiones en 1918 y también en 1924; en Trinidad a finales de 1919 y principios de 1920; en Santa Lucía en febrero de 1920; y en las Bahamas en diciembre de 1922. Puede que se demuestre que la lista es más larga». Baptiste, *op. cit.*, p. 7.

de Trabajadores de Trinidad, a la que se unieron después de regresar de la guerra exsoldados enfurecidos por la discriminación racial que habían experimentado en el servicio militar,⁷⁶ estaba en el centro de la agitación. Esa era la base de la fuerza social que el capitán Cipriani, al regresar de la misma guerra, convertiría en el Partido Laborista de Trinidad en 1932:

El contacto con Europa durante la Primera Guerra Mundial dio a los radicales de las Indias Occidentales una oportunidad de primera mano de aprender de Europa, y así el periodo de posguerra fue cada vez más «socialista» en la forma en que los antillanos entendían el término. Cipriani llevaba un botón rojo en su solapa y muchos de sus seguidores llevaban camisas rojas imitando a los «rojos» de la revolución bolchevique de 1917.⁷⁷

En aquellos años, Trinidad se había convertido en parte del movimiento negro de posguerra que al cabo de unos veinte años haría saltar por los aires todos los imperios:

Así como los nacionalistas indios dieron grandes pasos durante la guerra de 1914-18, también se produjeron acontecimientos importantes en otros lugares. En 1915, los disturbios en el centro de Ceilán llevaron a un alarmado gobernador a proclamar la ley marcial y a encarcelar a muchos notables cingaleses. Entre ellos estaba Don Stephen Senanayake (más tarde primer ministro), que nunca perdonó del todo a los británicos. En 1918 se formó el Congreso Nacional de Ceilán tras las huellas del indio. El mismo año de los disturbios de Ceilán, un levantamiento abortado en Nyasalandia, dirigido por el reverendo John Chilembwe, demostró la creciente vigencia del nacionalismo africano [...]

En África occidental, los nacionalistas indios tenían admiradores entusiastas. Cuando la India fue invitada al Gabinete de Guerra en 1917, clamaron: «¿Por qué no también África occidental?». Cuando la India y los Dominios fueron invitados a la Conferencia de Paz en 1919, el Dr. Nanka Bruce de Costa de Oro envió resoluciones a las potencias occidentales para que también se pudiera oír en Versalles «la voz de África occidental». El primer [*sic*] Congreso Panafricano se reunió en París en 1919 [...]

⁷⁶ Véanse Small, *op. cit.*, p. 16, y W. F. Elkins, «A Source of Black Nationalism in the Caribbean: The Revolt of the British West Indies Regiment at Taranto, Italy», *Science and Society*, núm. 34, primavera de 1970, pp. 99-103 (citado por Small).

⁷⁷ Samaroo, *op. cit.*, p. 219; y James, *Los jacobinos negros, op. cit.*, pp. 403-404 [no reimpr. en la edición en castellano]. Una experiencia muy diferente para los negros en los diversos teatros de guerra fue su propia interacción: el descubrimiento de su opresión mutua. Claude McKay recordaba su propia experiencia en Londres durante la guerra: «Había un club para soldados de color, situado en un sótano en Drury Lane. En Londres había una gran cantidad de soldados de color, de las Antillas y de África, así como algunos estadounidenses, indios orientales y egipcios [...] Yo iba a menudo y escuché a los soldados contar historias sobre sus experiencias bélicas en Francia, Egipto y Arabia. Muchos estaban interesados en lo que pensaban y escribían los negros estadounidenses». McKay, *A Long Way From Home, op. cit.*, p. 67.

Al mismo tiempo, en Kenia, los kikuyu comenzaron a organizar asociaciones políticas. Se perdieron vidas en los disturbios de Nairobi en 1922 [...] Asimismo crecían movimientos políticos en las Indias Occidentales, como la «Asociación por un Gobierno Representativo» en Granada, fundada en 1914, y la «Asociación de Trabajadores de Trinidad» del capitán Cipriani, que floreció al final de la guerra. Marcus Garvey fundó en Jamaica la «Asociación Universal para el Mejoramiento de los Negros», que tuvo una breve fama internacional al final de la guerra.⁷⁸

James, en cambio, aunque estaba al tanto de esos eventos, se mantuvo a distancia. «Me interesaba poco la política».⁷⁹ Había terminado la escuela secundaria en 1918 y se contentó con atender a sus dos pasiones, sus dos disciplinas: el críquet y la literatura.

Tenía un círculo de amigos (la mayoría blancos) con los que intercambiaba ideas, libros, grabaciones y manuscritos. Publicábamos revistas locales y dimos conferencias o escribimos artículos sobre Wordsworth, el drama inglés y la poesía como crítica de la vida. Vivíamos de acuerdo con los principios de Matthew Arnold, difundiendo dulzura, luz y lo mejor que se había pensado y dicho en el mundo [...] Sin perder nunca de vista mi plan de viajar al extranjero y escribir, estudié y practiqué asiduamente el arte de la ficción.⁸⁰

Había, sin duda, tomado decisiones políticas, con las que le resultaría cada vez más difícil vivir a medida que las fuerzas del mundo caían sobre él y la tradición radical negra adquiría su forma revolucionaria. Aun así, su primera dirección fue opuesta a la de Malcolm Nurse, su compañero de juegos de la infancia.⁸¹ Nurse, matriculado en el colegio católico romano

⁷⁸ McIntyre, *op. cit.*, pp. 209-210. En sus despachos a Washington, el cónsul interino estadounidense, Henry D. Baker, escribió desde Puerto España en diciembre de 1919, sobre las preocupaciones raciales que compartía con los funcionarios coloniales de Trinidad: «Se mencionó una entrevista entre el gobernador de Trinidad y Tobago y el gerente de la Compañía General de Asfalto [donde se esperaba una huelga y Baker contaba con un “empleado de color de confianza”], en el curso de la cual el gobernador declaró al parecer que el Gobierno Colonial no tenía confianza en la fuerza policial local, que era predominantemente negra, y aconsejó a las compañías de asfalto y petróleo que crearan una milicia blanca. Como para demostrar que hablaba en serio, el gobernador proporcionó 25 rifles y 11 cajas de municiones para su uso por la milicia. Eso era de por sí un índice notable de la reacción racista de las autoridades, respaldada por los intereses de blancos expatriados y locales, a lo que claramente se percibía como un movimiento de “poder negro”». Baptiste, *op. cit.*, p. 12. Baker recomendó a Washington: «Intervención, preferiblemente por invitación de las autoridades británicas, pero “por la amenaza de masacre de personas blancas”, usó sus propias palabras en un mensaje separado, sin mencionarla». *Ibidem*, p. 13.

⁷⁹ James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, p. 71.

⁸⁰ *Ibidem*, pp. 70-71.

⁸¹ De los muchos recuerdos que James publicó sobre su amistad con Padmore, quizás el más conmovedor es este: «Crecimos juntos y nos bañábamos en el río Arima, bajo la fábrica de hielo». James, «Discovering Literature in Trinidad: The 1930s», *op. cit.*, p. 238; véase también James Hooker, *Black Revolutionary*, *op. cit.*, pp. 2-3.

de la Inmaculada Concepción y el instituto privado Pamphylian, también se graduó en 1918. Durante unos años trabajaría, al igual que James, como reportero (para el *Weekly Guardian*). En 1925 emigró a Estados Unidos, y al cabo de dos años se unió al Partido Comunista Estadounidense. Fue entonces cuando Nurse se convirtió en George Padmore. Pero incluso antes de salir de Trinidad, había desarrollado un antagonismo radical al imperialismo. El *Guardian* le había proporcionado un objetivo:

El trabajo le aburría, no había margen para una escritura reflexiva y detestaba a su director, Edward J. Partridge, un inglés que exigía sumisión a su personal negro. Cuando Partridge murió, Nurse escribió que había sido «uno de los agentes del imperialismo británico más arrogantes que haya conocido nunca. Sentía hacia él un desprecio absoluto, y esperaba usar mi pluma para exponer su papel ante los obreros y campesinos coloniales a los que oprimía a través de su sucio perioducicho».⁸²

James y Padmore se encontrarían en Londres en 1932.⁸³ Para entonces James acababa de convertirse en trotskista, y Padmore había abandonado apenas un año antes su participación en el movimiento comunista.⁸⁴ Su colaboración política comenzó en 1935.

Mientras todavía vivía en Trinidad, James había enseñado en la escuela, jugaba al críquet (para Maple) y trabajaba como reportero a tiempo parcial. Como periodista negro en la isla a principios de la década de 1920, fue testigo de la maduración de la política nacionalista bajo Cipriani. Richard Small, sin embargo, sugiere que: «No fue hasta 1924 cuando James comenzó a prestar cierta atención a sus discursos [de Cipriani] y hasta 1931 no se convirtió en uno de sus seguidores».⁸⁵ Fue su conversación en 1923 con Learie Constantine, el jugador de críquet, lo que le había desconcertado, y tal vez lo que comenzó el proceso:

Estaba despotricando contra la baja moral del críquet en las Indias Occidentales cuando Constantine se puso serio, con una expresión casi agresiva en su rostro.

«Estás muy equivocado, y lo sabes», dijo con frialdad.

«¿En qué me equivoco?»

«Estás muy equivocado. Crees todo lo que lees en esos libros. No son mejores que nosotros».

Me tambaleé. No tenía intención de decir que fueran mejores que nosotros. Sin embargo, gran parte de lo que había estado diciendo era algo así.

⁸² Hooker, *op. cit.*, pp. 3-4.

⁸³ *Ibidem*, p. 16.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 31.

⁸⁵ Small, *op. cit.*, p. 17; véase también James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, p. 117.

Constantine volvió a un viejo tema. «Te dije que *ganaríamos* ese partido. Lo *ganamos*».

La conversación terminó, dejándome un poco desconcertado.

«No son mejores que nosotros». Sabía que de uno en uno éramos tan buenos como cualquiera. Lo sabía desde mis días en la escuela. Pero aunque eso fuera verdad, no era toda la verdad.⁸⁶

La política de James, como la de Cipriani, se mantuvo sin embargo, dentro de los parámetros del parlamentarismo. Necesitaría el marxismo, como dijo más tarde, para romper con él.⁸⁷ A finales de los años veinte era nacionalista, pero a pesar de haber leído el libro de Garvey *Negro World* [Mundo negro], de haber entrevistado al propio Garvey cuando este último visitó Trinidad después de su expulsión de Estados Unidos y de estar familiarizado con algunos de los primeros trabajos de Du Bois, la visión de James solo había progresado parcialmente más allá de la tradición ideológica en la que se había criado: «Realmente no tenía entonces la menor idea sobre política negra, ni se hablaba de ninguna revuelta africana o negra».⁸⁸ Su compromiso era con la escritura de ficción, una intención que había dado sus frutos en la publicación de algunas de sus historias cortas, y el desarrollo del manuscrito de lo que se convertiría en *Minty Alley*.⁸⁹ Sin embargo, su aprendizaje político había comenzado y se estaba preparando para escribir una biografía de Cipriani:

Empecé a estudiar la historia de las islas. Recogí *Hansards*, viejos Libros Blancos, informes de las comisiones reales. Había muchos por ahí que nadie quería. Todo era muy simple y directo. Como fondo tenía la interpretación *whig* de la historia y las declaraciones del Partido Laborista británico. En primer plano estaban las masas negras, las clases medias profesionales y oficinistas pardas, los blancos europeos y locales, Stingo y Shannon, Maple y Queen's Park. Mis ideas de libertad, hasta entonces vagas, cristalizaron en torno a una convicción política: debíamos ser libres para gobernarnos a nosotros mismos.⁹⁰

Fue entonces cuando intervino Constantine, la fuerza política más disruptiva en el medio social de James. Constantine quería escribir un libro que, a partir de su experiencia de jugar al criquet en Inglaterra desde 1929,

⁸⁶ James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, p. 116.

⁸⁷ «Los excoloniales británicos tienen que romper con el parlamentarismo. Yo lo hice al convertirme en marxista». Entrevista de Alan J. MacKenzie con James, «Radical Pan-Africanism in the 1930s», *Radical History Review*, núm. 24, otoño de 1980, p. 71.

⁸⁸ *Ibidem*

⁸⁹ Sobre la publicación de las primeras obras importantes de James, incluida la novela *Minty Alley*, véase Robert A. Hill, «In England, 1932-1938», *Urgent Tasks*, núm. 12, verano de 1981, pp. 19-27; y E. Elliot Parris, «*Minty Alley*», *Ibidem*, pp. 97-98.

⁹⁰ James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, pp. 118-119.

pudiera expresar sus ideas sobre el juego y la sociedad inglesa. Invitó a James a Inglaterra para colaborar con él en el proyecto. En marzo de 1932 James viajó a Inglaterra. No volvería a Trinidad en 26 años.⁹¹

Socialismo británico

Las tradiciones socialistas en la metrópoli británica que influían sobre los negros anglófonos de África y el Caribe diferían notablemente de las de sus homólogos francófonos y estadounidenses. Por un lado, la historia del desarrollo de las ideas y los movimientos socialistas en Gran Bretaña habían estado marcados por hechos históricos únicos: la formación de la primera clase obrera industrial significativa; la derrota de los movimientos revolucionarios y luego de la reforma parlamentaria (cartistas) a mediados del siglo XIX; la dominación británica del capital y el comercio internacional durante la mayor parte del siglo; la ambigua presencia de Marx y Engels en Gran Bretaña desde mediados del siglo XIX hasta su muerte en 1883 y 1895, respectivamente; la Fundación de la Primera Internacional en 1864; la aparición del nuevo Imperio británico, y la correspondiente intensificación del anglosajonismo como ideología nacional. Una de las consecuencias históricas de esos diversos eventos fue la persistencia, durante el siglo XX, de un movimiento obrero con fuertes raíces sindicalistas:

En 1895, el número total de miembros de los sindicatos en el Reino Unido, incluyendo los que no estuvieron representados en el Congreso [de los sindicatos británicos aquel año], se estimó en un millón y medio, es decir, aproximadamente una quinta parte del número total de trabajadores varones adultos. No había nada igual en ninguna otra gran nación. Además, una estimación de la fuerza de la clase obrera no limitada a una visión general del conjunto del país, sino distinguiendo entre los diferentes distritos y ramas de la industria nacional, arrojaba resultados aún más sorprendentes [...] En Lancashire, Durham y Northumberland los sindicatos reunían más de una décima parte de toda la población, y la mitad de los trabajadores varones adultos. Se podría decir que para la hiladora o tejedora de algodón de Lancashire, o el minero de Durham o Northumberland, la afiliación a un sindicato era prácticamente obligatoria.

De hecho, el tamaño de aquel ejército de trabajadores era quizás la mejor garantía de que los sindicatos siguieran una política prudente. En un país altamente civilizado no hay un millón o millón y medio de revolucionarios; y de los sindicatos británicos, en el año 1895, los más conservadores y cautelosos eran precisamente los que incluían la mayor proporción de personas empleadas en el comercio.⁹²

⁹¹ Véase Basil Wilson, «The Caribbean Revolution», *Urgent Tasks*, núm. 12, verano de 1981, pp. 47-54.

⁹² Halevy, *op. cit.*, pp. 211-212.

A este impulso se unió la formación de los instrumentos específicamente políticos y electorales del movimiento socialista: el Partido Laborista Independiente (fundado en 1893) y el Partido Laborista (*circa* 1900). Juntos, los sindicatos y los partidos parlamentarios, tuvieron un efecto decisivo en la militancia de los trabajadores:

Si bien hay pruebas que sugieren cierta desconfianza de la clase trabajadora hacia el Estado en sus formas cotidianas, el movimiento obrero británico tendió a insertar sus actividades laborales y políticas dentro de la estructura política nacional existente; en términos gramscianos, carecía de una perspectiva hegemónica suficiente para desafiar las instituciones centrales del poder del Estado.⁹³

Finalmente, el nacionalismo inglés o anglosajonismo, un fenómeno ideológico muy poderoso durante el último cuarto del siglo XIX, preservó hasta cierto punto a los socialistas británicos de una fácil aceptación o sumisión a las corrientes socialistas originadas en el continente.⁹⁴ Los impactos políticos e ideológicos de organizaciones como la Federación Socialdemócrata del marxista Henry Hyndman (1883), que exhibía la hostilidad de su fundador al sindicalismo,⁹⁵ la Liga Socialista «patricia» de William Morris (1885) y el Partido Laborista Socialista [*Socialist Labour Party*] (c. 1900), inspirado por el visionario intelectual estadounidense Daniel DeLeon, tenían escasa importancia.

Antes de 1917 solo había dos organizaciones marxistas de cierta relevancia, el Partido Socialista Británico (BSP) y el Partido Laborista Socialista (SLP). El BSP provenía directamente de la Federación Socialdemócrata

⁹³ Stuart MacIntyre, *A Proletarian Science: Marxism in Britain, 1917-1933*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980, p. 23.

⁹⁴ «Ese credo amargo, importado del extranjero, que se negaba a presentar ante sus partidarios un ideal que apelara al corazón y se contentaba con probar con argumentos científicos, o que pretendían serlo, el enfoque de una transformación completa de la sociedad, al mismo tiempo violenta en sus métodos y beneficiosa en sus efectos, repelía a muchos de los ingleses que durante los últimos veinticinco años o más [antes de 1884] se habían acercado al socialismo por otras vías. De acuerdo con los marxistas en denunciar un orden social basado en la infelicidad de la mayoría y la guerra de todos contra todos, no compartían la interpretación marxista de la historia. No incitaron a las clases trabajadoras a usar la violencia. La fórmula de la guerra de clases estaba ausente de su vocabulario. Ni Ruskin, el hombre cuyo espíritu inspiró el socialismo británico, ni el propio William Morris, aunque profesaba una especie de comunismo anarquista, eran revolucionarios en sentido estricto. Inglaterra había pasado por dos revoluciones: la revolución puritana del siglo XVII y la Revolución industrial del siglo XVIII, y su sombra oscura aún se extendía sobre la tierra. Sin recurrir a la violencia, el socialismo debía enseñar a la nación el arte de ser bueno y feliz, el culto a la belleza». Halevy, *op. cit.*, pp. 221-222. El prejuicio de Halevy puede ser suyo, pero el hecho del limitado impacto del marxismo en Gran Bretaña a finales del siglo XIX y principios del XX está ampliamente establecido. Véase, por ejemplo, David Smith, *Socialist Propaganda in the Twentieth-Century British Novel*, Londres, Macmillan Press, 1978, pp. 4-10.

⁹⁵ Véase Stanley Pierson, *Marxism and the Origins of British Socialism*, Ithaca (CA), Cornell University Press, 1973, pp. 67-68.

(SDF) fundada en 1883 bajo el liderazgo de Hyndman, habiéndose formado en 1911 como coalición de la SDF, secciones del ILP no marxista, el movimiento *Clarion* y varias sociedades socialistas locales. El número de miembros de la SDF durante el siglo XIX nunca excedió los 4.000; el del BSP, con 40.000 afiliados al principio, disminuyó a menos de una tercera parte de ese número por el estallido de la guerra, además el número de miembros activos era considerablemente menor. El SLP se había separado de la SDF hacia el cambio de siglo. Era más puro en doctrina y en consecuencia mucho más pequeño; el número de sus miembros nunca excedió de mil, la mayoría de ellos concentrados en Escocia.⁹⁶

Más conocida (y más rica) era la Sociedad Fabiana (Sidney y Beatrice Webb, George Bernard Shaw, Annie Besant, Graham Wallas, Sydney Olivier, G. D. H. Cole y Margaret Cole) cuyas tendencias eran lo bastante amplias como para abarcar el imperialismo, el socialismo de Estado y la anarquía.⁹⁷ Su marca sería más duradera en el pensamiento británico, sobre todo por su creación de la London School of Economics.⁹⁸ Pero era el «socialismo laborista», antimarxista, reformista, ético, que pretendía un resolución pragmática de la guerra de clases, el que dirigía la política de los sindicatos británicos y el partido laborista, y al que más atendían los trabajadores británicos:

Por su propia naturaleza, los hombres y mujeres que compraban y vendían literatura más que escribirla, y que escuchaban los discursos más que pronunciarlos, producían muy poco material propio. Necesitamos saber más de esos hombres y mujeres anónimos que llenaban las filas de los consejos sindicales, y que votaban a los partidos laboristas por todo el país. Pero los testimonios de que disponemos, complementados por la prensa laborista local y otros registros históricos, confirman la influencia dominante del socialismo laborista. Encontramos repetidamente frases como «una mayor conciencia social», «el organismo social», «la comunidad socialista», «pongamos al descubierto los trapos sucios», «urnas y no balas», etc.⁹⁹

Cuando finalmente, después de la Revolución rusa y la fundación del Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB, por sus siglas en inglés), apareció un partido marxista revolucionario «intransigente», el marxismo seguía teniendo muy poco éxito entre las clases trabajadoras. Como sostiene Neal Wood: «El comunismo británico se configuró en gran medida a la sombra del que se ha convertido en el Partido Socialdemócrata más grande y más poderoso del mundo». Gran parte de la historia del CPGB y sus

⁹⁶ Stuart MacIntyre, *op. cit.*, p. 17.

⁹⁷ Sobre los fabianos, véase Pierson, *op. cit.*, pp. 106-139; y Halevy, *op. cit.*, pp. 105-106 sobre el imperialismo fabiano.

⁹⁸ Pierson, *ibidem*, pp. 137-138.

⁹⁹ Stuart MacIntyre, *op. cit.*, p. 65.

diferencias con los partidos comunistas de otros lugares tal vez puedan explicarse por la gigantesca fuerza y eficacia del Partido Laborista.¹⁰⁰ Ni el declive económico de posguerra durante la década de 1920, ni siquiera la Depresión, inmediatamente después del fiasco del partido en la huelga general de 1926,¹⁰¹ pudieron convertir al CPGB en un partido de masas.¹⁰²

En su mayor parte, así, después de la Depresión, el marxismo inglés se convirtió en una criatura de los hijos e hijas de las clases media y media alta más que de los trabajadores ingleses. El desempleo masivo en sus filas, la aparición de movimientos fascistas en Europa, una década de alarde de corrupción e incompetencia de la «democracia burguesa» y los logros espectaculares de la Revolución rusa, tuvieron sus efectos:

Los cambios en la vida intelectual de una nación a menudo son percibidos en una fecha temprana por los estudiantes universitarios. Antes de los años treinta, los estudiantes británicos nunca habían exhibido el fervor político característico del continente. En consecuencia, Karl Radek pudo anunciar con cierta satisfacción al Congreso de escritores soviéticos de 1934 que «en el corazón de la Inglaterra burguesa, en Oxford, donde los hijos de la burguesía reciben su barniz final, observamos la cristalización de un grupo que solo ve la salvación junto con el proletariado». Los inicios de una fermentación política sin precedentes tuvieron lugar en 1931, cuando estudiantes que regresaban de Alemania crearon embriones de organizaciones comunistas en las Universidades de Londres y Cambridge [...] En la London School of Economics vio la luz una sociedad marxista en 1931, al tiempo que la radical Cosmopolitan Society reemplazó a la antigua International Society. El notorio October Club de Oxford, fundado en enero de 1932, fue prohibido en noviembre del año siguiente, al parecer por sus críticas al Officers' Training Corps.¹⁰³

Sin embargo, la arrogancia de clase, las amargas divisiones entre los trabajadores y los intelectuales,¹⁰⁴ los residuos de xenofobia (tan notoria en el siglo anterior para el papel de los trabajadores irlandeses en el

¹⁰⁰ Neal Wood, *Communism and British Intellectuals*, Londres, Victor Gollancz, 1959, p. 23; y MacIntyre, *op. cit.*, pp. 4-11.

¹⁰¹ Véase L. J. MacFarlane, *The British Communist Party*, Worcester y Londres, MacGibbon and Kee, 1966, cap. 7.

¹⁰² «Desde mediados de 1924 hasta la Huelga General, el número de miembros del partido se duplicó, en buena medida como resultado de su trabajo en los terrenos laboral y sindical. Durante la lucha de los mineros de 1926, el número de miembros pasó a más de 10.000, comenzando a declinar a partir de entonces, de forma más aguda a medida que el partido adoptaba una actitud cada vez más intransigente hacia el Partido Laborista y los sindicatos. A finales de los años veinte, el número de miembros había bajado a 3.200, aproximadamente la misma cifra que en el periodo desde 1922 hasta mediados de 1924. La adopción de la «nueva línea» fue el factor principal que aceleró el declive después de 1928». MacFarlane, *ibidem*, p. 286; véase también Wood, *op. cit.*, p. 23.

¹⁰³ Wood, *op. cit.*, p. 51.

¹⁰⁴ *Ibidem*, pp. 27-28.

movimiento obrero británico y más tarde como apoyo para el imperialismo), coadyuvaron contra la posibilidad de que el movimiento comunista británico se convirtiera en una fuerza hegemónica en el proletariado del país. De hecho, durante la década de 1920 ya se habían desarrollado entre los trabajadores británicos fuerzas contrarias al CPGB y al bolchevismo, con la aparición de «la Liga Plebs, la Liga Nacional de Gremios, secciones del ILP, la Federación Socialista de Trabajadores (WSF) y la Sociedad Socialista de Gales del Sur (SWSS)». ¹⁰⁵ En la década de 1930, el marxismo británico —el residuo intelectual y moral del comunismo británico— había logrado su influencia más duradera entre los intelectuales universitarios, ¹⁰⁶ y el socialismo británico se había transformado en un fenómeno electoral con el Partido Laborista y el ILP como manifestaciones más significativas. ¹⁰⁷

Radicales negros en la metrópoli

Durante aquellos mismos años, los súbditos africanos y caribeños del Imperio británico no solían visitar con frecuencia la metrópoli. En realidad, tenían mucho menos acceso a Gran Bretaña que sus homólogos francófonos al continente europeo. Sin embargo, los comerciantes africanos sí viajaban con frecuencia a Londres, y con el tiempo estudiantes negros de las clases medias emergentes o patrocinados por sociedades misioneras encontraron su camino hacia las Islas Británicas ¹⁰⁸ Aun así, muchas de las figuras que destacarían como importantes ideólogos, teóricos y activistas

¹⁰⁵ Stuart MacIntyre, *op. cit.*, p. 19; véase también Raphael Samuel, «British Marxist Historians I», *New Left Review*, núm. 120, marzo-abril de 1980, pp. 23-24.

¹⁰⁶ «Hasta los años treinta no apareció una intelectualidad radical británica comparable a las continentales, establecidas desde hacía mucho tiempo. Los principales intelectuales británicos siempre habían sido liberales o conservadores, pero entre 1928 y 1933 se produjo un cambio de perspectiva. Justo antes del inicio de la nueva década, G. D. H. Cole percibió “una inseguridad inquietante” entre los jóvenes intelectuales. Su búsqueda del placer dejó de ser satisfactoria; en lugar de la antigua *joie de vivre* surgió una nueva seriedad. Se prestaba mayor atención a la política. Si antes el sexo y la estética eran los principales temas de conversación, ahora todo el mundo comenzó a hablar de política. Con el paso del tiempo, la actitud del intelectual se inclinó hacia el socialismo y el comunismo. Lo que comenzó como un despertar político se convirtió en una gran radicalización». Wood, *op. cit.*, p. 37. Sobre el impacto de ese viraje en la historiografía inglesa, véase Eric Hobsbawm, «The Historians’ Group of the Communist Party» en Maurice Cornforth (ed.), *Rebels and Causes*, Lawrence & Wishart, Londres, 1978, pp. 21-47.

¹⁰⁷ Véanse Stuart MacIntyre, *op. cit.*, pp. 47-65; Alan McKinnon, «Communist Party Election Tactics: A Historical Review», *Marxism Today*, vol. 4, núm. 8, agosto de 1980, pp. 20-26; Henry Pelling, «The Early History of the Communist Party of Great Britain 1920-29», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5ª ed., vol. 8, 1958, pp. 41-57; John Strachey, «Communism in Great Britain», *Current History*, enero de 1939, pp. 29-31; y Hugo Dewar, *Communist Politics in Britain: The CPGB from its Origins to the Second World War*, Londres, Pluto Press, 1976, caps. 7-10.

¹⁰⁸ Véanse Folarin Shyllon, «The Black Presence and Experience in Britain: An Analytical Overview», ponencia presentada a la International Conference on the History of Blacks in Britain, University of London, 30 de septiembre de 1981, p. 7; y Geiss, *op. cit.*, p. 201.

en los movimientos anticolonialistas en las colonias británicas después de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, se vieron obligadas a tomar rutas bastante tortuosas para llegar a Gran Bretaña. Padmore, como Azikiwe de Nigeria, Nkrumah de Costa de Oro [Ghana] y P. K. I. Seme de Sudáfrica, lo hicieron desde Estados Unidos. Con su tradición de colegios y universidades negras, Estados Unidos era mucho más hospitalario; allí se podía acceder más fácilmente a la educación superior, pero la experiencia en la metrópoli seguía siendo importante. T. Ras Makonnen (George T. N. Griffith) llegó a Gran Bretaña a través de Texas y Dinamarca. Algunos otros, como Johnstone (Jomo) Kenyatta de Kenia, pasaron penosos años en la metrópoli y en el continente atrapados entre oficinas coloniales, redes misioneras de recursos limitados y empleos más bien precarios.¹⁰⁹ Los administradores del colonialismo británico, particularmente en las colonias donde se había producido un asentamiento europeo, eran como hemos visto generalmente hostiles a los nativos que adquirirían educación occidental fuera de los auspicios de las escuelas misioneras o más allá de un nivel elemental. Tanto en el siglo XIX como en el XX, algunos negros llegaron a Gran Bretaña para recibir formación avanzada o para seguir adelante con sus carreras profesionales. Normalmente los hijos de las incipientes clases medias coloniales encontradas en todo el Imperio se mantenían dentro de los márgenes de lo que se esperaba de ellos. Entre ellos, sin embargo, había figuras como Henry Sylvester Williams (Trinidad), del que ya hemos hablado, Harold Moody (Jamaica), T. R. Makonnen (Guayana Británica), Mohamed Ali Duse (Egipto) y James, todos los cuales jugarían papeles destacados en la política negra de Gran Bretaña pero que viajaron allí por intereses en principio profesionales. Una vez en Gran Bretaña, experimentaron algunos cambios de opinión, ampliando sus intenciones originales o dedicándose por completo a la liberación negra. Entre sus logros estaría la creación de periódicos como *African Times and Orient Review* de Mohamed Ali Duse (donde Marcus

¹⁰⁹ En los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, los funcionarios estadounidenses y británicos colaboraron estrechamente para organizar el acceso de los coloniales británicos negros a las metrópolis de habla inglesa: «Según los registros de inmigración de Estados Unidos, el Reino Unido utilizó el 43,9 % de su cuota entre 1925 y 1929; 22,6 % entre 1930 y 1934; y solo un 4,4 % en el periodo 1936-1940. Esto dejó espacio, técnicamente, para una emigración considerable a Estados Unidos desde las colonias británicas en el Caribe. Sin embargo, esto nunca ocurrió o, para ser más directo, nunca se permitió que ocurriera. Mediante la emisión de visas y el requisito de bonos sustanciales, Estados Unidos, con la aprobación tácita de las autoridades metropolitanas y coloniales británicas, ejerció un control extremadamente estricto sobre el flujo de antillanos británicos: el resultado fue una fuerte disminución en el número de antillanos británicos que se trasladaron a Estados Unidos después de 1925. En comparación con el promedio de miles de personas por año hasta 1924, el promedio para el resto de la década de 1920 y para la de 1930 descendió a unos pocos cientos al año. En 1932, por ejemplo, solo 113 antillanos británicos se trasladaron a Estados Unidos». Baptiste, *op. cit.*, pp. 19-20. Recuérdese que este fue un periodo de agitado movimiento político negro en Estados Unidos en el que los antillanos desempeñaron un papel destacado: es decir, la UNIA, el CPUSA, los movimientos estudiantiles en los colegios y universidades negras, la ABB, etc.

Garvey comenzó a interesarse por el panafricanismo);¹¹⁰ editoriales como la Pan-African Publishing Company de Makonnen; así como la fundación de una serie de organizaciones sociales y políticas: la Afro-West Indian Literary Society (1900), la Ethiopian Progressive Association (1906), la Union of Students of African Descent (1917), la West African Students Union (1925) y la League of Coloured Peoples (1931).¹¹¹

Durante el periodo de entreguerras, algunos miembros de la intelectualidad negra colonial, que trabajaban en Gran Bretaña, estaban estrechamente asociados con los movimientos marxistas o comunistas. Padmore, destacado en la Tercera Internacional hasta 1933, iba a encabezar el Comité Sindical Internacional de Trabajadores Negros (CSI-NWR) de la Red Internacional de Sindicatos Obreros (RILU o Profintern); Rajani Palme Dutt, un euroasiático nacido en Inglaterra que estudió en Oxford, se convirtió en el principal teórico del CPGB durante 40 años; Peter Blackman, un barbadense que había trabajado en África occidental como misionero, se convertiría en un destacado portavoz y periodista del CPGB (le habían precedido otros dos barbadenses, Chris Jones de la Colonial Seamen's Asociación, y Arnold Ward); Shapurji Saklatvala, un médico nacido en Bombay, fue uno de los dos primeros comunistas que se presentaron para ser elegidos como parlamentarios; representó a North Battersea en 1922; y James sería conocido como escritor y orador del movimiento trotskista.¹¹² Políticos de izquierda como Willie Gallacher, parlamentario comunista, Fenner Brockway y el reverendo Reginald Sorenson del ala izquierda del Partido Laborista (en el caso de Brockway, del Partido Laborista Independiente), así como el independiente Reginald Reynolds, estaban asociados a la facción radical de esa intelectualidad negra en Gran Bretaña.¹¹³ Pero así como algunos acontecimientos, como la depresión mundial de finales de la década de 1920 y principios de la de 1930, impulsaron a algunos miembros de esta intelectualidad hacia la izquierda, otros les hicieron cuestionar seriamente el compromiso de los radicales europeos, y en particular de los comunistas europeos, con su causa. A principios y mediados de la década de 1930, dos

¹¹⁰ Véase Ian Duffield, «The Dilemma of Pan-Africanism for Blacks in Britain, 1760-1950», ponencia presentada a la International Conference on the History of Blacks in Britain, *op. cit.*, pp. 7-8 (la tesis doctoral no publicada de Duffield, «Duse Mohamed Ali and the Development of Pan-Africanism, 1866-1945», Edinburgh University, 1971, se acepta en general como la obra definitiva sobre Mohamed Ali Duse). Véase también Geiss, *op. cit.*, pp. 226-227.

¹¹¹ Las historias de esas organizaciones han sido revisadas en Geiss, *op. cit.*, caps. 14 y 17. Véase también Nigel File y Chris Power, *Black Settlers in Britain, 1555-1958*, Londres, Heinemann Educational Books, 1981, pp. 72-77.

¹¹² Sobre Padmore, Chris Jones y Arnold Ward, véanse Hooker, *op. cit.*, y MacKenzie, *op. cit.*; sobre Dutt y Saklatvala, véase MacFarlane, *op. cit.*; la información sobre Blackman se ha obtenido a partir de entrevistas con él en Londres, diciembre de 1981. Geiss mantiene que ya en 1898 el Liberal Party mantenía discusiones sobre la posibilidad de que un negro representara en el Parlamento «a las colonias y protectorados de la Corona, África Occidental, las Indias Occidentales, etc. etc.». Geiss, *op. cit.*, p. 178.

¹¹³ Véanse Geiss, *op. cit.*, pp. 347-53, y Hooker, *op. cit.*, pp. 48-49.

de esos acontecimientos, la disolución del Comité Sindical Internacional de Trabajadores Negros de la Tercera Internacional en 1933 y la revelación en la prensa del comercio de la Unión Soviética con Italia de material bélico durante la Guerra italo-etíope (contraviniendo las sanciones de la Sociedad de Naciones)¹¹⁴ fueron decisivos. En Gran Bretaña, los activistas negros más radicales por lo general se inclinaron hacia el panafricanismo en su trabajo político, conservando aspectos del marxismo en su crítica del capitalismo y el imperialismo.

En esas primeras décadas del siglo, tal y como había sucedido durante casi todo el siglo anterior, la importancia de la metrópoli para los intelectuales negros de las colonias residía en su interés en prepararse para desempeñar un papel o incluso lograr una participación en el Imperio. Otros —por ejemplo autoridades tribales o misioneros— podían aparecer en Londres buscando apoyo oficial frente a una u otra manifestación de codicia o injusticia por parte de administradores de la colonia o ciertos colonos. Pero para los más ambiciosos, eso significaba un desperdicio de la sede del Imperio. Para ellos,

¹¹⁴ La interpretación más favorable de las decisiones tomadas por Stalin y la Comintern es que el desmantelamiento de gran parte del aparato de propaganda en apoyo de la «revolución mundial» y las luchas de liberación nacional en las colonias era necesario a cambio del comercio, la entrada de la Unión Soviética en la Sociedad de Naciones, y el establecimiento de un laxo frente antifascista de «seguridad colectiva» con los estados imperialistas y capitalistas. La alternativa era la posibilidad de una guerra con Alemania, aprobada tácitamente por las clases dominantes en Inglaterra, Francia y Estados Unidos hacia las que el Sexto Congreso de la Internacional Comunista había expresado una hostilidad decidida. Padmore, que a principios de 1933 había pasado varios meses encarcelado por las autoridades nazis en Hamburgo, tampoco parecía convencido por esa justificación (su incredulidad era razonable; menos de un año después, el 26 de enero de 1934, Stalin desestimó en el XVII Congreso del PCUS, la amenaza del fascismo para la Unión Soviética y le recordó a su partido que «el fascismo en Italia, por ejemplo, no ha impedido a la URSS establecer las mejores relaciones con dicho país»; Fernando Claudin, *La crisis del Movimiento Comunista*, op. cit., p. 84), o ya no se sentía vinculado a un movimiento mundial caracterizado por el mismo Claudin (quien fue expulsado del Partido Comunista español en 1965, después de 32 años de pertenencia activa) como víctima de «impotencia política [que] se explica por el estado a que había llegado su propio organismo —sus facultades teóricas, sus articulaciones organizacionales, su metabolismo político—» (ibídem, p. 78). La declaración posterior de Padmore, de que más tarde rara vez fue capaz de la «objetividad política» con respecto a la Unión Soviética de la que antes se enorgullecía, parecía aludir a una «traición a los intereses fundamentales de mi pueblo» (Hooker, op. cit., p. 31). Franz Borkenau sugirió que un factor que contribuyó al acercamiento de la Unión Soviética a las potencias imperialistas fue el desarrollo de las luchas internas en la administración soviética (Borkenau, *World Communism*, op. cit., pp. 388-393). Geiss sostiene que «la mayoría de los comunistas de color o compañeros de viaje abandonaron el movimiento» en aquel momento, y menciona como ejemplos a Padmore, Kouyaute y Kenyatta (Geiss, op. cit., p. 338). Mi propia investigación sugiere lo contrario. Mis conversaciones con veteranos afroamericanos de la Guerra Civil española indican que ni siquiera los desalentó la revelación de la ayuda soviética a Italia durante la invasión italiana de Etiopía en 1935 (William Nolan cita, en su *Communism Versus the Negro*, op. cit., pp. 135, 245 n. 90, artículos en el *New York Times* del 8 y 10 de septiembre de 1935). James Yates me dijo: «No tuvimos la oportunidad de ir a Etiopía, aunque a muchos de nosotros nos hubiera gustado. Pero cuando Etiopía fue invadida por Italia, esos mismos militantes se fueron a España. Fue un momento y una oportunidad para que los negros, especialmente, se presentaran voluntarios para combatir a los fascistas que habían invadido Etiopía». Entrevista, 26 de abril de 1978, Binghamton. Harry Haywood ha mantenido la misma posición. Entrevista, primavera de 1977, Binghamton; véase también su *Black Bolshevik*, op. cit., pp. 448-449, 459-460, y cap. 18.

como testificaría James tras su propia llegada a Gran Bretaña, a menudo solo se trataba de un «intelectual británico que viajaba a Gran Bretaña».¹¹⁵ Muchos, por descontado, regresaban a sus países de origen —en particular los de África occidental y las islas más pobladas del Caribe—, pero algunos permanecieron en Inglaterra durante el resto de su vida. Y a medida que avanzaba el siglo, su número aumentaba sustancialmente, aunque de forma intermitente, con la llegada de negros de origen campesino y urbano obrero, propulsados hacia la metrópoli por las fuerzas más caóticas que catalizaban o eran el resultado de las crisis del sistema mundial, esto es, de las guerras y la escasez de empleo.¹¹⁶ Finalmente, un pequeño número de aquellos negros, si bien ciertamente los más destacados, llegaba a las metrópolis occidentales con el fin de proseguir su carrera en el deporte o el espectáculo, que se veía sin duda bloqueada, cuando no completamente impedida, en su país de origen.¹¹⁷ En algunos lugares, los miembros de la intelectualidad negra residentes en Gran Bretaña actuaron como mediadores de la mano de obra negra entre la metrópoli y las colonias. Doctores como Peter Milliard (Guayana Británica) atendían a las necesidades de pacientes negros y blancos en los guetos industriales; abogados como H. S. Williams y Learie Constantine defendían a menudo los intereses de clientes coloniales o participaban en actividades por los derechos civiles y el bienestar social.¹¹⁸ Otros, como Makonnen en Manchester y Samuel Opoba («Sam Okoh») y «Joka» en Liverpool, abrieron restaurantes y clubes de baile para estudiantes coloniales, marineros y trabajadores inmigrantes, blancos y negros. Y otros, como Edward G. Sankey, quien más tarde se convertiría en un hombre de negocios nigeriano, actuaban como secretarios y asesores personales.¹¹⁹ Gran Bretaña estaba en «el centro de gravedad».¹²⁰ Era la fuente de autoridad del Imperio, la sede de apelación más alta frente a los estragos a veces arbitrarios

¹¹⁵ James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, p. 114.

¹¹⁶ «Cuando terminó la guerra, la comunidad negra en Gran Bretaña era bastante grande, alcanzando tal vez las 20.000 almas, y con el cierre de las fábricas de guerra acudieron en masa a las áreas portuarias, particularmente Cardiff y Liverpool. Durante la guerra los marineros negros habían ganado buenos sueldos en la marina mercante, pero con la desmovilización de los marineros blancos que habían estado sirviendo en la Royal Navy, los negros sufrieron tiempos difíciles al ser descartados para dar paso a los blancos desmovilizados. Los negros fueron despedidos de los empleos que habían ocupado durante años para hacer lugar a los blancos». «El resentimiento hacia los negros que competían por un empleo con los blancos, y la reacción ante los negros que se casaban con mujeres blancas, estalló finalmente en brotes de violencia racial en 1919. Los disturbios raciales barrieron ciudades y pueblos británicos como Liverpool, Cardiff, Manchester, Londres, Hull, Barry y Newport. Informando sobre los incidentes de Liverpool, el *Times* de 10 de mayo de 1919 señalaba que durante la guerra el número de hombres negros en Liverpool había aumentado hasta unos 5.000». Folarin Shyllon, *op. cit.*, p. 8.

¹¹⁷ En Berlín y París los negros estadounidenses como Ethel Waters y Josephine Baker se unieron a los súbditos coloniales franceses; en Gran Bretaña el campeón de boxeo Jack Johnson y Paul Robeson convivían con Learie Constantine y el actor Robert Adams de Sierra Leona.

¹¹⁸ Véanse Makonnen, *op. cit.*, p. 133; Padmore, *Pan-Africanism or Communism*, *op. cit.*, p. 95; y James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, pp. 128-129.

¹¹⁹ Entrevista con la Sra. Veronica Sankey, 20 de julio de 1980, Brighton; Edward y Veronica Sankey fundaron la Sankey Printing Company en Ikeja, Nigeria.

¹²⁰ Makonnen, *op. cit.*, p. 152.

de la política y la autoridad colonial. Era el lugar persistente e idílicamente presentado en los textos literarios e históricos empleados en la «colonia escolar» que rodeaba el Imperio, y era el lugar donde podían ampliar sus logros intelectuales y profesionales, anticipar que se les permitiera acceder a su patrimonio legítimo. En resumen, Inglaterra era el entorno natural para aquella clase media británica, aunque negra, frustrada en su país al reconocer que había «dos Inglaterras: la Inglaterra de las colonias y la de la metrópoli».¹²¹ La primera ya sabían que quedaba restringida por los límites del orden racista; la segunda, creían, era imparcial y una meritocracia virtual.

Solo unos pocos llegaron a Gran Bretaña con fines explícitamente políticos, como Makonnen y Padmore, pero otros como su predecesor Williams y su contemporáneo James, se adhirieron a esos propósitos mientras vivían en Gran Bretaña. Juntos, contribuyeron a constituir aquella generación de intelectuales negros que, en su coyuntura histórica, pensó o quizás entendió que el proyecto antimperalista tenía que centrarse en la metrópoli. Después de ellos y debido a su obra, la descolonización y la liberación negra volverían a sus tierras nativas.

Makonnen había llegado por primera vez a Gran Bretaña en 1935. Regresó dos años más tarde y residió allí otros veinte años. Era ya panafricanista cuando llegó y así permaneció, mereciendo un puesto de honor junto con Du Bois, Kwame Nkrumah y Padmore en ese movimiento. De hecho, él fue más responsable que nadie de reunir al movimiento en Manchester en 1945 en el Quinto Congreso Panafricano, la última vez que muchos de ellos se iban a encontrar como ideólogos sin poder.¹²² Como editor, Makonnen había sido el primero en publicar la obra de Eric Williams y había publicado también algunos de los textos de Kenyatta y Padmore.¹²³ Para Makonnen, que había vivido durante un tiempo en Estados Unidos, el centro del Imperio británico era la plataforma más importante. Celebró el contraste entre su liberalismo y el de su propia sociedad en la Guayana Británica. No le llevó mucho tiempo convencerse de que los radicales coloniales podían valerse de las tradiciones británicas de libertad de expresión y prensa libre en su ataque al Imperio.

¿Cómo era ser un negro en Gran Bretaña en la década de 1930? Ciertamente no éramos ricos, ni mucho menos; pero en general estábamos contentos con nuestra suerte, solo por saber que estábamos desafiando a uno de los mayores imperios del mundo. Imagínense lo que significaba para nosotros ir a Hyde Park para hablar a una raza de

¹²¹ *Ibidem*, p. xvii.

¹²² Véase Geiss, *op. cit.*, pp. 355, 387-90.

¹²³ «Me convertí en miembro de la asociación de editores y procedí a sacar una serie de artículos que necesitaban publicidad. Había un folleto de Kenyatta [*Kenya: Land of Conflict*], una especie de discusión socrática entre Nancy Cunard y George Padmore sobre la carga del hombre negro [*White Man's Duty*], y un manuscrito de Eric Williams [*The Negro in the Caribbean*]». Makonnen, *op. cit.*, p. 145.

personas que eran consideradas nuestros amos, y decirles directamente lo que sentíamos sobre su imperio y sobre ellos [...] escribir y distribuir lo que nos parecía; pronunciar discursos terribles; ¡todo esto cuando sabías muy bien que allí en las colonias bastaba decir en voz alta «Dios es amor» para que las autoridades te persiguieran!¹²⁴

Makonnen, empecinado anticomunista durante toda su vida, pudo aconsejar a sus hermanos: «Si estás interesado en el comunismo, entonces compra el libro [...] ¡Pero no te unas al club!».¹²⁵ Sin embargo, podía apreciar la «nivelación» en la vida política británica que reducía al mínimo las diferencias nacionales y que negaba «el problema negro» experimentado tan frecuentemente en América.

Los pocos antillanos, africanos occidentales o somalíes que trabajaban en los puertos o en Londres vivían ciertamente en condiciones terribles, pero no eran diferentes de las del minero galés, o de la espantosa área de los barrios bajos de Glasgow [...] Podíamos ver al obrero, la lucha del proletariado, mucho más claramente que al otro lado del Atlántico.¹²⁶

Más importante para él, era ese mismo tipo de solidaridad entre los negros. Porque los negros eran tan pocos en Gran Bretaña, creía, que el parentesco se situaba por encima de la clase. A diferencia de Estados Unidos, donde una pretenciosa clase media negra urbana se había alejado de la mayoría de los negros de clase trabajadora, en Gran Bretaña, antes de la Segunda Guerra Mundial, constituían una fraternidad receptiva. Cuando en Inglaterra algunos de ellos se desorientaron y se volvieron *shenzi*, «en lugar de marginarlos les proporcionamos dinero para pagar su viaje de vuelta [a casa]». ¹²⁷ La Liga de Personas de Color de Harold Moody y algunos miembros de la izquierda radical también formaban parte de esa red de servicios. La característica más notoria de Inglaterra, según Makonnen, parecía ser no obstante un resultado de la inadvertencia imperial. Mientras que en Gran Bretaña las clases dominantes regían la sociedad en virtud de cierta gracia hegemónica, en las colonias persistía la maquinaria más brutal de dominación. Los negros que hicieron el viaje entre estas dos polaridades nunca podrían volver a ser los mismos:

¹²⁴ *Ibidem*, p. 123.

¹²⁵ *Ibidem*, p. 159.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 124.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 126. En África, «los europeos que intentaron vivir al estilo nativo se desmoronaron rápidamente. Algunos misioneros que lo intentaron fracasaron miserablemente. Muchos hombres blancos que abandonaron sus hábitos en la selva cayeron en el alcohol y se desesperaron, y algunos se volvieron locos, buscando refugio de la inmensidad del continente, como animales salvajes, en guaridas bajo rocas o en cuevas; se decía de ellos que «se habían vuelto *shenzi*». Jeremy Murray-Brown, *Kenyatta*, Londres, Fontana/Collins, 1974, p. 47. Murray-Brown sostiene que mientras Kenyatta vivía en Gran Bretaña sufrió tensiones similares, pero las resolvió descubriendo un árbol sagrado en su jardín en Storrington, y «mantuvo la comunión con los espíritus de su pueblo mediante libaciones y oraciones». *Ibidem*, pp. 214-215.

Cuando miras los resultados de esos africanos que habían estado en Inglaterra, no estarías muy equivocado al decir que Inglaterra había sido el verdugo de su propio imperio colonial, en cuanto que había permitido que esos negros apreciaran el contraste entre la libertad en la metrópoli y la esclavitud en las colonias.¹²⁸

Padmore, a pesar de su vigorosa oposición al imperialismo británico, compartía al parecer el entusiasmo de Makonnen por la metrópoli. También estaba impresionado por las tradiciones liberales, de lo que como marxista había aprendido a identificar como «democracia burguesa». El mismo hombre, se dice, que en 1931 detalló la explotación, los «hechos sangrientos» y la «hipocresía» del Imperio en África y en las Indias Occidentales (en *The Life and Struggles of Negro Toilers* [La vida y las luchas de los trabajadores negros]), también fue capaz de emular a Makonnen en su admiración casi temeraria:

Los agentes de seguridad saben que estamos aquí; vienen a nuestras oficinas fingiendo comprar libros o revistas, y a veces, cuando regresamos de un viaje a Rusia, nos detienen después de cruzar el Canal. Pero puedes bromear con ellos y decir: «Acabamos de cruzar para conseguir un poco de oro ruso, y volvemos para enriquecer al viejo país». En lugar de darte con la piana eléctrica como en Estados Unidos, se ríen contigo.¹²⁹

Evidentemente, todo aquello era un engaño. Durante la década de 1930 había poco de pintoresco o liberal en la política británica o de generoso en el Estado británico. Si bien era cierto que en un pequeño nicho de la sociedad británica florecían el Frente Popular y sus aliados de la Tercera Internacional, que autores y artistas radicales podían producir revistas políticas y literarias como *Storm*, *Cambridge Left*, *Left*, la *Left Review*, *New Verse* y otras, que se podían publicar semanarios como *The Tribune* o *The Week* de Claud Cockburn, que se podía organizar el Left Book Club y que podían actuar grupos teatrales como el Unity Theatre y el Group Theatre, que se podían organizar movilizaciones masivas como la Jarrow Crusade de los desempleados (1936) y que se alistaron miles de voluntarios en las Brigadas Internacionales para combatir en la Guerra Civil española (alrededor de 2.762, de los que 1.762 resultaron heridos y 543 muertos),¹³⁰ también lo era que el poder en la sociedad británica estaba siendo empleado en otro sentido. En las calles, decenas de miles de fascistas de la Unión Británica de Sir Oswald Mosley se cobraron un precio físico terrible sobre

¹²⁸ Makonnen, *ibidem*, p. 155.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 124.

¹³⁰ Véanse Julian Symons, *The Thirties: A Dream Revolved*, Londres, Faber and Faber, 1975, caps. 5-10; Douglas Hill (ed.), *Tribune 40*, Londres, Quartet Books, 1977, pp. 1-24; Neal Wood, *op. cit.*, pp. 53-63; y David Smith, *op. cit.*, pp. 48-56.

los antifascistas, al tiempo que destruían tiendas pertenecientes a judíos como las de la Mile End Road de Londres.¹³¹ Julian Symons recordaba: «Las fuerzas policiales, que nunca habían simpatizado con los movimientos de izquierda, parecían asumir siempre muy fácilmente la tarea de proteger a los fascistas frente a la oposición».¹³² Pero los rostros oficiales de la política británica no eran menos aviesos. En 1936, en su Conferencia en Edimburgo, el Partido Laborista había «dado la espalda a las necesidades de los republicanos españoles»,¹³³ e incluso antes el gobierno adoptó una actitud «neutralista» entre los fascistas y sus víctimas.¹³⁴ Pero el Estado británico no pretendía parecer neutral en lo que se refiere a su Imperio. En la década de 1930 los activistas negros en Gran Bretaña sufrían los mismos «duros modales» —como dirían los antillanos— que sus predecesores. Como en la década de 1920, Mohamed Ali Duse había sido «constantemente seguido por agentes del MI5, de Scotland Yard y de la Oficina Colonial».¹³⁵ Y Claude McKay, que figuraba en los archivos del Servicio Secreto Británico, no pudo regresar a Jamaica hasta décadas después de su único año (1919-21) de periodismo radical en Inglaterra.¹³⁶ La inteligencia británica y la Oficina Colonial habían tomado nota de Padmore (ya en 1931) y procedieron a neutralizar su trabajo en África.¹³⁷ En el Caribe, particularmente durante las huelgas obreras de 1937-1938, el activismo negro fue reprimido sin piedad; y cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, muchos de aquellos «subversivos» fueron internados.¹³⁸ Pero el

¹³¹ Symons, *ibídem*, pp. 56-57; y Smith, *ibídem*, pp. 48-49.

¹³² Symons, *ibídem*, p. 56.

¹³³ Douglas Hill, *op. cit.*, p. 3.

¹³⁴ Sobre España, Julian Symons recordaba: «Los rebeldes [bajo el mando de Franco] estaban siendo armados con armas y rifles alemanes e italianos, de modo que la declaración del gobierno británico a favor de una política de no intervención apoyaba la rebelión». «La política de no intervención, dijo Stephen Spender, fue un apoyo más grotesco, obvio y peligroso a la interferencia de las potencias fascistas que el embargo de armas en el conflicto abisinio, un regalo de municiones y la victoria para Italia». Symons, *op. cit.*, pp. 107, 108.

¹³⁵ Véase Folarin Shyllon, *op. cit.*, p. 9. Presumiblemente, Shyllon se apoya en la tesis doctoral no publicada de Ian Duffield; véase la nota 110.

¹³⁶ Wayne Cooper y Robert C. Reinders, «Claude McKay in England, 1920», *New Beacon Reviews*, Collection One, 1968, pp. 3-21 (reimpr. de *Race*, IX, 1967). Cooper y Reinders recuerdan: «McKay eludió la prisión, pero su “gran sonrisa negra” [descripción de McKay] no evitó que el Ministerio del Interior y/o el Foreign Office elaboraran un expediente sobre él. En 1930 McKay le escribió a Max Eastman que el gobierno inglés le impedía visitar Gibraltar (McKay todavía era súbdito británico) y que un funcionario francés en Fez le dijo que el “Servicio Secreto Británico me tenía en la lista de propagandistas”. Dos años después, McKay tenía problemas con el cónsul británico en Tánger y se le impidió regresar al territorio británico, incluida su isla natal, Jamaica. Y al año siguiente se quejó a Eastman de que “esos sucios bastardos británicos que trabajan respetablemente en la oscuridad” estaban bloqueando su regreso a Estados Unidos». *Ibídem*, p. 12.

¹³⁷ Véase Hooker, *op. cit.*, pp. 23, 43.

¹³⁸ «En las colonias del Caribe, se ponía un grillete a los radicales. Butler pasó gran parte de la guerra encerrado. En Jamaica, Bustamante también fue internado por un tiempo bajo las regulaciones de defensa en tiempos de guerra. Los despachos del cónsul estadounidense en Kingston cuentan cómo el gobierno colonial aprovechó, frente a las reacciones locales, el poder que le otorgaba el Reglamento de Defensa

engaño del liberalismo del que hablaron Makonnen y Padmore fue también autoengaño, parte de un error mayor. Para ellos y muchos de sus colegas, Inglaterra, la segunda Inglaterra, la Inglaterra meritocrática de las novelas románticas y las historias *whig*, era la encarnación del juego limpio y la profunda regulación moral. Era un ideal, pues, que hasta los antimperialistas más acérrimos encontraban difícil de sacudirse. Ni siquiera las imperfecciones groseras y el racismo que afrontaban en la metrópoli los disuadía. Era como si hubieran llegado a aceptar que como ingleses negros una parte de su misión política era corregir los desbarres de la patria. De todos ellos, fue James quien más se acercó a entender por qué era así. Sin duda fue su comprensión de la sociedad inglesa lo que le proporcionó una mejor percepción del imperialismo británico, el liberalismo británico y la izquierda británica. En ese terreno, llegaría mucho más allá del economicismo de Engels, Marx y muchos de los marxistas británicos más recientes.¹³⁹

Quizá una razón de la reacción menos eufórica de James frente a la sociedad inglesa fue que su llegada al país había diferido de manera importante de las de Makonnen y Padmore. Viviendo en Lancashire con Learie y Norma Constantine, físicamente alejado de los sitios más típicos del radicalismo de clase media y de la política organizada, James se dedicó a un trabajo más contemplativo y una política más mundana. A través de Constantine, sin duda, había obtenido acceso al *Manchester Guardian* y pronto sustituyó a Neville Cardus, el corresponsal de críquet del periódico. Pero sus principales preocupaciones —la colaboración con Constantine en *Cricket and I*, las conferencias públicas sobre las Antillas, la edición de *The Life of Captain Cipriani*—, le brindaron la oportunidad de leer a Lenin, Stalin y Trotski, de revisar el engaño de la política laboral en Gran Bretaña y de reunirse con obreros británicos en discusiones menos cargadas de ánimos sobrecalentados. De hecho, más tarde admitiría que el desarrollo de su postura crítica con respecto del Partido Laborista (con el que se había identificado como nacionalista seguidor de Cipriani) se debió a discusiones con trabajadores del Lancashire opuestos a la dirección del partido: «Mis ideas laboristas y socialistas provenían de mis lecturas y eran bastante abstractas. Aquellos

para detener a las personas señaladas como “críticas impenitentes” del colonialismo británico. Uno de los detenidos fue Wilfred A. Domingo, descrito como “un originario de Jamaica”, que desde hace algunos años reside en Nueva York, desde donde participó activamente en la política jamaicana. Lo sacaron de un barco que lo llevaba de Estados Unidos a Jamaica antes de que atracara en Kingston y lo ingresaran en un campo de internamiento [...] No es inconcebible que la noticia de que se dirigía a Jamaica fuera enviada a las autoridades británicas por las redes de inteligencia estadounidenses y británicas en Estados Unidos. La inteligencia fue una faceta importante de la colaboración angloamericana en desarrollo en la defensa del Caribe, con los estadounidenses en el papel principal». Fitz A. Baptiste, *op. cit.*, pp. 45-46.

¹³⁹ Para una evaluación reciente de los intelectuales marxistas británicos, véase la colección de ensayos de E. P. Thompson, *The Poverty of Theory*, Londres, Merlin, 1978, y la réplica a veces algo especiosa de Perry Anderson *Arguments Within English Marxism*, Londres, Verso, 1980.

trabajadores sarcásticamente cínicos fueron una revelación y me hicieron bajar a tierra». ¹⁴⁰ Compartiendo al parecer su desilusión con respecto del Partido Laborista, pronto encontró una alternativa:

Leí la *Historia de la Revolución rusa* [Trotski] porque estaba muy interesado en la historia y el libro parecía ofrecer algunos análisis de la sociedad moderna. Después de leer el libro, en la primavera de 1934, me convertí en trotskista, primero mentalmente y luego organizativamente. En mi mente estaba claro que no iba a ser estalinista. ¹⁴¹

Fue a partir de esa base política e ideológica como iba a escribir en 1937 *World Revolution: 1917-1936. The Rise and Fall of the Communist International*, y a traducir en 1938 el *Stalin* de Boris Souvarine. ¹⁴² James ya era trotskista cuando escribió *Los jacobinos negros*, la obra por la que es más conocido, publicada originalmente en 1938. Ese estudio, todavía formidable, de las revoluciones haitiana y francesa, y su importancia para el abolicionismo británico, era al mismo tiempo un análisis de la relación entre masas revolucionarias y dirección, y un intento de restablecer el legado histórico de las luchas revolucionarias africanas. En él no es difícil percibir una crítica del estalinismo, una expresión del concepto de revolución permanente de Trotski y la reelaboración de la teoría de Lenin de la dictadura del proletariado, todo ello construido sobre la extraordinaria concepción de Marx de la acumulación primitiva, es decir, imperialista, del capital. Desde el principio fue reconocida como una obra extraordinaria sobre la que volveremos en breve.

¹⁴⁰ James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, p. 122.

¹⁴¹ Richard Small, *op. cit.*, p. 17.

¹⁴² Robert A. Hill, «In England, 1932-1938», *op. cit.*, pp. 23-24. Hill también ofrece una defensa del trotskismo de James: «[Un] gran grupo de seguidores de Trotski, no solo en Francia sino en todo el movimiento obrero europeo, eran genuinos leninistas que, al no estar dispuestos a tolerar la traición de Stalin, se pusieron de parte de Trotski porque parecía ofrecer la posibilidad de sostener los principios políticos revolucionarios de Lenin. Los cuadros con los que James se asoció en el movimiento trotskista fueron portadores del pensamiento político y la práctica de Lenin y el bolchevismo en su apogeo. *La mayoría de ellos podrían clasificarse como trotskistas solo secundariamente*. De ellos, James adquirió un inmenso conocimiento de la composición interna del movimiento socialista revolucionario y del papel especial que los trabajadores sobresalientes desempeñaron en su desarrollo» (ibídem, p. 23). Esta interpretación del trotskismo (y Hill indica su deuda con el trabajo de Franz Borkenau, *op. cit.*, p. 396) solo es parcialmente correcta. Señala acertadamente el culto a la personalidad con el que los estalinistas se sentían cómodos y frecuentemente esgrimían contra sus adversarios (la historia del movimiento comunista en los países occidentales está repleta de «desviaciones» conocidas por el sufijo «-ista»), pero también amalgama a Stalin y Trotski con Lenin por la misma lógica («portadores»). Solo puedo intuir a qué se refiere con lo de «trabajadores sobresalientes», y si mi impresión es correcta, sugiere uno de los defectos fundamentales en el pensamiento de James, que será explorado en su exposición de la Revolución haitiana. Finalmente, James, en sus *Notes On Dialectics* (Londres, Allison y Busby, 1980), un manuscrito cuya preservación se debe en buena medida a Hill, ofrece una interpretación mucho más histórica del trotskismo, situando ese «fenómeno» dentro de la historia del desarrollo progresivo de las clases trabajadoras. Intentaré demostrar esto más adelante en el texto.

Sin embargo, fue un segundo cambio de conciencia lo que proporcionó a James una perspectiva de la sociedad inglesa, presentada en *Beyond a Boundary* [Más allá de un límite], la expresión más exquisita de James sobre el imperialismo británico y el desarrollo de la sociedad burguesa inglesa. Publicada en 1963, era una especie de estudio autobiográfico —Sylvia Wynter lo ha llamado «sistema autosociográfico»¹⁴³— sobre el juego del críquet. En él, James describió su entrada en la sociedad inglesa como miembro de su clase media, impregnado del código de la escuela pública. Sus recuerdos como chico negro en el Queen's Royal College en Trinidad caracterizaban la moral burguesa y el racionalismo en los que eran educados él y sus compañeros coloniales:

Dentro de las aulas, el código tenía poco éxito. Burlarse de él era tabú, pero nosotros mentíamos y hacíamos trampas sin sentir ninguna vergüenza. Sé que lo hice [...]

Pero tan pronto como pisábamos el campo de críquet o el de fútbol, y en particular el primero, todo cambiaba [...] Aprendimos a obedecer las decisiones del árbitro sin cuestionarlas jamás, por irracionales que fueran. Aprendimos a jugar con el equipo, lo que significaba subordinar tus inclinaciones personales, e incluso tus intereses, al bien común. Nos mostrábamos impasibles sin quejarnos de la mala suerte. No nos dolíamos del fracaso, y lo que venía fácilmente a nuestros labios era «buen intento» o «qué pena». Éramos generosos con los oponentes y los felicitábamos por sus victorias, aunque supiéramos que no las merecían [...] En el campo de juego hacíamos lo que había que hacer.¹⁴⁴

El críquet, decía, se convirtió en una de sus obsesiones. Jugaba, leía sobre él, y como hemos dicho, con el tiempo llegó a escribir sobre él. En cierto modo, su juventud estuvo dominada por el juego, el críquet fue su medio para introducirse en la clase media parda de la isla, seleccionó a sus amigos personales, asentó sus percepciones de la virilidad y los juicios que haría de otros hombres, y finalmente, a través de Constantine, se convirtió en la razón de su llegada a Inglaterra. Su otra obsesión era la literatura, otra emanación de la burguesía inglesa. Para James, había comenzado con William Makepeace Thackeray: «Me reía sin parar con las constantes bromas, burlas y chanzas de Thackeray a propósito de la aristocracia y de la gente situada en lugares relevantes. Thackeray, no Marx, fue el mayor responsable de mi evolución».¹⁴⁵

¹⁴³ Sylvia Wynter, «In Quest of Matthew Bondsmen: Some Cultural Notes on the Jamesian Journey», *Urgent Tasks*, núm. 12, verano de 1981, p. 54.

¹⁴⁴ James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, p. 34.

¹⁴⁵ *Ibidem*, p. 47. Sobre Thackeray, véase Margaret Forster, *William Makepeace Thackeray: Memoirs of a Victorian Gentleman*, Londres, Quartet, 1980.

Después de Thackeray fueron Dickens, George Eliot y todo el grupo de novelistas ingleses. Seguía a los poetas en las antologías de Matthew Arnold, Shelley, Keats y Byron; Milton y Spenser [...] Descubrí la crítica: Hazlitt, Lamb y Coleridge, Saintsbury y Gosse [...] Burke me llevó a los discursos: Canning, Lord Brougham, John Bright.¹⁴⁶

Pero ambos —el críquet y la literatura inglesa— eran complementarios. Como iba a descubrir en Inglaterra, eran expresiones culturales e ideológicas del mismo orden social, un orden burgués basado en el capitalismo, sistematizado en el siglo XIX por la filosofía de Thomas Arnold de la escuela pública, tutelado por las convicciones morales de Thomas Hughes y encarnado en la obra de W. G. Grace, el jugador de críquet.¹⁴⁷ El juego y su lugar en la historia social de Inglaterra lo decía todo.

Fue creado por el granjero *yeoman*, el guardabosques, el alfarero, el hojalatero, el minero de carbón de Nottingham, el obrero fabril de Yorkshire. Aquellos artesanos lo hicieron, como hombres de mano y ojo. Jóvenes nobles, ricos e inactivos, y algunas personas importantes de la ciudad aportaron dinero, organización y prestigio.

La clase que al parecer contribuyó menos fue no obstante la que se apropió del juego y lo convirtió en una institución nacional, la sólida clase media victoriana. Estaba acumulando riqueza. Había ganado su primera victoria política con el proyecto de Ley de Reforma de 1832 y ganaría la segunda con la Derogación de las Leyes del Grano en 1846. Estaba en camino. Era atrevida, más que la mayoría de los recién llegados [...] Las clases medias victorianas leían a Dickens, amaban a Dickens, lo adoraban como pocos escritores lo han sido antes o después. Es una suposición muy audaz decir que no entendían lo que Dickens decía [...] Dickens veía siempre la Inglaterra victoriana con los ojos de un previctoriano. Su Inglaterra ideal era la Inglaterra de Hazlitt y de Pickwick. Aunque era un hombre de genio, los victorianos eran más perspicaces que él. No miraban hacia atrás. Querían una cultura, un forma de vida propia. La encontraron simbolizada en la obra de tres hombres, primero en Thomas Arnold, el famoso director de la Escuela Rugby; a continuación en Thomas Hughes, el autor de *Tom Brown's Schooldays*, y finalmente en W. G. Grace. Esos tres hombres, más que ningún otro, crearon el victorianismo y dejar de lado a Grace es malinterpretar a los otros dos.¹⁴⁸

¹⁴⁶ James, *ibidem*, p. 37.

¹⁴⁷ Véase J. A. Mangan, *Athleticism in the Victorian and Edwardian Public School*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981. Mangan cree que se ha exagerado el papel de Arnold, pero en general confirma lo que dijo antes James sobre el fenómeno de la escuela pública; véase Mangan, cap. 1.

¹⁴⁸ James, *Beyond a Boundary, op. cit.*, pp. 158-160. Grace, declara James, era el inglés más conocido de su tiempo, es decir, el último cuarto del siglo XIX. Y James lamenta el hecho de que ni Trevelyan, ni Postgate, ni Cole encontraron un lugar para él en sus historias de ese siglo. Pero cuando declaró que «ya no podía aceptar un sistema de valores que no podía encontrar en esos libros un lugar para

El críquet y el fútbol habían comenzado a organizarse como juegos en tanto expresiones de los «instintos artísticos» de las clases rurales y artesanales inglesas. Si James hubiera tenido a su disposición lo que E. P. Thompson estaba formulando simultáneamente en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (lo que podría entenderse como una coincidencia salvo por el hecho de que James y Thompson eran historiadores marxistas; ambos respondían a una experiencia reciente de profunda desilusión política; para James, su derrota frente a Eric Williams a su regreso a Trinidad;¹⁴⁹ para Thompson, su abandono del Partido Comunista Británico que consideraba moral y políticamente corroído por el estalinismo;¹⁵⁰ ambos estaban, en palabras de Thompson, «intentando defender, reexaminar y extender la tradición marxista en un momento de desastre político y teórico»¹⁵¹), no habría tenido ninguna razón para dudar en asignar esa aparición de los juegos organizados al proceso de formación de la clase trabajadora en Inglaterra. Esos juegos, y en particular su organización y su espíritu preindustrial, «no contaminados por ninguna corrupción grave», eran un aspecto de la mediación cultural construida por las clases trabajadoras como respuesta a los procesos históricos de dislocación, expropiación y profundización de la alienación capitalista. James, empero, solo podía insinuar una comprensión de ese significado: «Cuando la gente corriente no estaba en el trabajo, lo único que quería era deportes y juegos organizados».¹⁵² La lógica reflexiva de su propio desarrollo atrajo su atención hacia otro campo. Centró su análisis en lo que los juegos habían llegado a significar para las clases dominantes, las clases cuya capacidad para la articulación literaria y filosófica había hecho tanto para formar su propia conciencia.

W. G. Grace» (ibídem, p. 157), también estaba llegando, al parecer, a un acuerdo con un especie de marxismo que no poseía imaginación ni relevancia política. Había ajustado cuentas con la relación entre cultura, poder de clase y dominio económico que había reducido incluso a Marx a una admisión algo confusa de perplejidad (véase Marx sobre el ideal occidental en el arte griego en su *Contribución a la crítica de la economía política*). James se dio cuenta de que había ido demasiado lejos: «La conjunción me impactó, como lo habría hecho a pocos de los estudiantes de la sociedad y la cultura en la organización internacional a la que pertenecía». Ibídem, p. 151. Aunque es difícil lograr que lo diga, Sylvia Wynter confirma la autoevaluación de James: «La coevolución de nuevas formas populares de organización social, es decir, organizaciones sindicales, partidos políticos, organización internacional, formas organizativas de lucha por la democracia popular con el surgimiento del deseo de practicar deportes organizados durante la década de 1860-1870, proporcionan la base para la reflexión jamesiana sobre la complejidad de las necesidades humanas, para su afirmación implícita de que la “realización de los poderes propios”, tanto a nivel individual como de grupo, es el imperativo más urgente de todos [...] Fue una conjunción que solo golpeó a James porque, a diferencia de Trotski, se había desplazado fuera del marco laboral monoconceptual al marco más amplio de una teoría popular». Wynter, *op. cit.*, p. 58.

¹⁴⁹ Véase Basil Wilson, *op. cit.*, pp. 49-50. Véanse también los escasos comentarios de Eric Williams sobre James en su autobiografía, *Inward Hunger*, *op. cit.*

¹⁵⁰ Véanse el «Prefacio» y el ensayo sobre el título en *The Poverty of Theory*, de E. P. Thompson, *op. cit.*

¹⁵¹ E. P. Thompson, «The Politics of Theory» en Raphael Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1981, p. 397.

¹⁵² James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, p. 150.

Para James, el punto de partida para comprender las clases dominantes inglesas y su hegemonía sobre las clases trabajadoras en el país y en el extranjero estaba en el paralelismo histórico que había descubierto entre la antigua Grecia y el Imperio británico de los siglos XIX y XX. Era un lugar natural de inicio, dado que era británico y «todos nosotros somos grecorromanos».¹⁵³ En ambas sociedades detectó una relación que fusionaba poder y juegos organizados; una obsesión casi fanática por el atletismo, cimentada (como dijo de los griegos) en la afirmación de «la unidad nacional de la civilización griega y la conciencia de ser diferentes de los bárbaros que los rodeaban».¹⁵⁴

La primera fecha registrada en la historia europea es el año 776 a. C., la fecha de los primeros Juegos Olímpicos. Los Estados griegos estaban en guerra permanente unos contra otros. Pero cuando se aproximaban los juegos cuatrienales declaraban una tregua nacional; los diversos competidores se reunían en Olympia, se celebraban los juegos y cuando estos concluían comenzaban de nuevo las guerras [...] A cada ciudad griega y a cada colonia (tan lejos como Italia, Sicilia, África, Egipto y Marsella) llegaban los enviados de Olympia con las invitaciones, y las comunidades enviaban sus representantes y sus diputaciones oficiales. Se reunían hasta cuarenta mil peregrinos, incluidos los miembros más distinguidos de la sociedad griega.¹⁵⁵

Pero, insistía James, todo el espectáculo y su aparente pero engañoso paralelo en la sociedad británica requería un análisis más detallado. Tal examen revelaría la sutil dialéctica entre cultura y ejercicio de dominación:

Los juegos *no* fueron introducidos en Grecia por la democracia popular. De hecho, cuando la democracia llegó al poder, elevó a una posición preeminente otro tipo de celebración [el drama trágico] que los dejó pronto en segundo lugar.

Los Juegos Olímpicos habían sido un festival de la aristocracia feudal y la burguesía de Grecia. Solo la burguesía tenía el dinero suficiente para soportar los gastos de los competidores [...] Solo las familias aristocráticas estaban en condiciones de participar en las carreras de carros.¹⁵⁶

En Inglaterra, el deporte organizado había sido un fenómeno masivo, una creación espontánea y pública. Y luego, al igual que con la tierra y el trabajo, la burguesía en ascenso expropió el deporte para sus propios

¹⁵³ *Ibíd.*, p. 152. Los residuos de la educación «victoriana» de James permanecían arraigados en él y a veces salen a la luz en ese texto, como cuando dice: «El pueblo griego era el más dotado política e intelectualmente y artísticamente el más creativo». *Ibíd.*, p. 154. Un juicio apenas reflexionado o incluso admisible.

¹⁵⁴ *Ibíd.*, p. 155.

¹⁵⁵ *Ibíd.*, p. 153.

¹⁵⁶ *Ibíd.*, p. 155.

fines. Indisciplinada, vulgar y carente de confianza en sí misma,¹⁵⁷ había percibido que su dependencia de la fuerza desnuda de sus *personae* como expropiadores, explotadores e imperialistas acabaría destruyendola si no podía establecer, para su propia satisfacción, su derecho a gobernar: «Querían una cultura, una forma de vida propia».

Arnold creía en la religión y en el carácter. Igualmente poderoso en sus concepciones era el papel del intelecto [...] Las clases dominantes inglesas aceptaron los objetivos de Arnold y también sus métodos en general. Pero con un infalible instinto separaron de él el cultivo del intelecto y lo sustituyeron por los juegos organizados, con el criquet en el centro del currículo.¹⁵⁸

La escuela pública y su régimen de juegos organizados y atletismo les proporcionaron una forma de vida. John Rae, también director, está de acuerdo:

El atletismo era un fenómeno complejo en cuyo núcleo se hallaba la creencia en que los juegos de equipo obligatorios y competitivos destacaban y desarrollaban cualidades del carácter que eran admirables en sí mismas y esenciales para «los conflictos más serios de la vida» [...] Durante unos sesenta años, desde 1853 hasta 1914, esa creencia dominó no solo el sistema de la escuela pública, sino también aquellas áreas de la sociedad británica e imperial donde los hombres de la escuela pública desempeñaban los papeles principales [...]

En 1900, la lógica original de los juegos organizados había sido olvidada desde hacía tiempo y el atletismo había desarrollado su propia justificación ideológica. Los juegos no solo posponían el tormento mental del sexo. Enseñaban una moralidad. Desarrollaban la virilidad y la fuerza sin la que no se podía mantener un imperio en expansión. Alentaban el patriotismo a medida que la profunda lealtad al hogar y la escuela se transferían al regimiento y al país.¹⁵⁹

Aunque se podía decir que «por eso la clase dominante se disciplinó y se entrenó para un ejercicio del poder más flexible y efectivo»,¹⁶⁰ James creía

¹⁵⁷ Wordsworth había dicho que Inglaterra necesitaba modales, virtud, libertad, poder. Arnold vio que tenía poder. La libertad se encarnaba para él en la primera Ley de Reforma. Pero los modales y la virtud estaban a su juicio ausentes y estaba igualmente seguro de que su prolongada ausencia terminaría en la destrucción tanto del poder como de la libertad. Las generaciones evasivas lo han agudado tal como hicieron con Charles Dickens. Arnold era un hombre de temperamento tempestuoso. Le atormentó durante toda su vida el temor de que Inglaterra (de hecho, todo el mundo moderno) se viniera abajo al completo por la revolución social y acabara en la ruina o en la dictadura militar. Fue para contrarrestar eso por lo que hizo lo que hizo. Su objetivo era crear un cuerpo de hombres educados de las clases altas que resistieran a los crímenes del torismo y a la avaricia y la vulgaridad de los industriales, por un lado, y a las demandas socialistas de las masas oprimidas pero sin educación, por otro». *Ibidem*, p. 160.

¹⁵⁸ *Ibidem*, p. 162.

¹⁵⁹ John Rae, «Play Up, Play Up», *Times Literary Supplement*, 2 de octubre de 1981.

¹⁶⁰ James, *Beyond a Boundary*, *op. cit.*, p. 164.

que tal interpretación era demasiado mecanicista, demasiado parecida a una manipulación inteligente, a una traducción literal de lo que Arnold había pretendido. La expresión psicológica de la burguesía inglesa emergente había sido extraída de los materiales históricos y culturales en los que se había generado. James prefirió ver las formas de su hegemonía como extraídas de un movimiento de la cultura nacional; una renovación de la vida inglesa a partir de su pasado puritano pero lo suficientemente universal como para afectar a otros pueblos muy alejados de su orígenes: «Esto significa, como suele suceder en cualquier movimiento profundamente nacional, que contenía elementos de universalidad que iban más allá de los límites de su nación originaria».¹⁶¹ Sería, en su opinión, la única contribución que haría la educación inglesa a las ideas educativas generales de la civilización occidental. No estaba tan seguro (o no era tan claro) como podría haberlo estado junto a Thompson del proceso que denominaba «civilización moderna»; pero sí reveló una de sus consecuencias. La burguesía inglesa dominante, al principio, había requerido una disciplina para sí misma, para su propia *raison d'être* y su reproducción. Encontró su instrumento entre los bienes culturales producidos por las clases trabajadoras. Lo que extrajeron o insertaron en el atletismo eran reglas de clase, valores morales y un racionalismo utilitario. Lo que compartían en el espectáculo social de los juegos se convirtió en parte del cemento que unía a distintos órdenes sociales en una misión imperial idéntica, que incluiría incluso a los nativos de las periferias cuya aspiración a una identidad inglesa equivaldría a un trágico error. En ausencia de pruebas más contundentes, debemos suponer que James descubrió ese error en Inglaterra, treinta años antes de sentarse a escribir *Beyond a Boundary*.

Cuando James y sus contemporáneos llegaron a la metrópoli en las décadas de 1920 y 1930, la Inglaterra en la que se habían educado había quedado atrás. De hecho, puede que nunca hubiera existido, salvo en las etéreas fantasías fabricadas por las clases dominantes y sus intelectuales. Entre los elementos que realmente marcaban una diferencia, las clases trabajadoras se estaban apartando de su identificación con la burguesía y la nobleza. Los trabajadores ingleses demostraban enérgicamente que ya no estaban convencidos de que su futuro y el de las clases dominantes fueran idénticos. Su desamparo bajo el capitalismo, manifiesto en los millones de desempleados de aquellos años, hizo que muchos ya no estuvieran dispuestos a combatir en guerras imperialistas. A mediados de la década de 1930, sus intereses declarados se pueden encontrar en manifestaciones como la Marcha del Hambre de 1934 y la Cruzada Jarrow de 1936; y su integración en grupos militantes como el Movimiento Nacional de Trabajadores Desempleados, cuyo número superaba incluso al de miembros del CPGB

¹⁶¹ *Ibidem*.

(en solo un año, 1935-1936, este pasó de 7.000 a 11.500).¹⁶² Las crisis materiales del capital mundial y la incompetencia política de las clases dominantes, a pesar de las repetidas traiciones por parte de los líderes del Partido Laborista y del movimiento sindical, proporcionaron una base para cierta regeneración del movimiento formal de la clase obrera y su aspecto electoral. La afiliación a los sindicatos aumentó,¹⁶³ y el Partido Laborista, muy dañado en 1931, logró ganancias sustanciales (como también el CPGB) en las elecciones municipales de 1932, 1933 y 1934, así como en las elecciones generales de 1935.¹⁶⁴ Sin embargo, la izquierda organizada no se vio muy beneficiada.

Para Padmore, Makonnen y sus camaradas africanos, I. T. A. Wallace-Johnson y Kenyatta, en la izquierda antimperialista, había otra diferencia. Inevitablemente, hasta James se dio cuenta de que la ilusión del Imperio como una fraternidad global, benévolamente orquestada por las razas avanzadas en beneficio de las atrasadas, estaba, en el mejor de los casos, bastante alejada de la realidad. Inglaterra, donde la miserable pobreza se extendía cada vez más, donde los fascistas de «mala vida» se alineaban e identificaban activamente con facciones de las clases dominantes, y donde las manifestaciones más vulgares de racismo (que «inexplicablemente» victimizaban a los súbditos coloniales más orgullosos de ser británicos), no inspiraba confianza en su mediocridad política, sino desprecio. La pura mezquindad del discurso político y la hipocresía burocrática traicionaban lo que cabía esperar de la «herencia inglesa» o incluso de un enemigo respetado. No eran acciones de pretenciosos administradores coloniales, sino de los propios gobernantes del Imperio. Y mientras que se podían ver surgir movimientos revolucionarios de gran envergadura, escala y visión entre los pueblos «atrasados» de la India, Ceilán, China y África, mientras que hasta las clases dominantes japonesas estaban montando su propio imperio territorial y los soviéticos racionalizaban el suyo, la izquierda británica mostraba su faccionalismo característico, su «servilismo» ideológico y una distancia política vergonzosa de las clases trabajadoras y sus luchas. Abandonados,

¹⁶² Alan McKinnon, «Communist Party Election Tactics», *op. cit.*, p. 23.

¹⁶³ Véase Henry Pelling, *A History of British Trade Unionism*, Harmondsworth, Penguin, 1976.

¹⁶⁴ Véase Alan McKinnon, *op. cit.*, pp. 22-23. T. D. Burridge sugirió una razón para la revitalización del Partido Laborista: «Aunque el Partido nunca adoptó oficialmente una posición pacifista absoluta, un pacifista declarado como George Lansbury fue líder del Partido desde 1932-1935. Además, la teoría socialista interpretaba la guerra en términos económicos, como un choque entre imperialismos rivales, la última etapa y más decadente del capitalismo. Hacia el final de los turbulentos años treinta, la defensa por el Partido de la doctrina de la seguridad colectiva debía relativamente poco a la idea de que la posesión de aliados sería el mejor medio para librar una guerra. En cambio, se hacía mucho más hincapié en el argumento de que una política de seguridad colectiva sería la forma más efectiva de prevenir una guerra importante». *British Labour and Hitler's War*, Londres, Andre Deutsch, 1976, pp. 17-18. Véase también la crítica muy perspicaz de C. L. R. James sobre la política del Partido Laborista, «The British Vote for Socialism», *The Future in the Present*, *op. cit.*, pp. 106-118 [publ. orig. en 1945].

como creía Padmore, por su aliado más poderoso, el movimiento comunista internacional, completamente asqueados de la duplicidad de la política imperial, se volvieron hacia la tradición radical negra.

La teoría del jacobino negro

Durante los años treinta abundaron los dramas políticos que podían haber llevado a los intelectuales radicales negros hacia sus propias tradiciones históricas. Los podría haber llevado a ellas su misma indulgencia con respecto de la retórica militante de la izquierda de Europa occidental, que evocaba imágenes del emergente orden revolucionario de los de abajo. En el sentido más antiguo de la palabra, ¿quién era más proletario en el orden imperialista y capitalista que los negros? Pero era una lógica histórica diferente, aunque relacionada, la que estaba madurando. Leyeron *Black Reconstruction* [Reconstrucción negra] de Du Bois con su evocación del brillo del radicalismo negro en la América del siglo XIX, y reconocieron su inconfundible deuda con las masas negras de principios del siglo XX que habían producido los Chilembwe, Garvey, Lamine Senghor y Simon Kimbangu.¹⁶⁵ Y luego, en 1934-1935, cuando el ejército fascista italiano invadió Etiopía, reventó la presa. Makonnen recordaba:

Es muy importante situar en perspectiva la respuesta del mundo negro a la guerra de Etiopía, especialmente porque es fácil tener la impresión de que el panafricanismo era solo un tipo menor de actividad de protesta: unos pocos negros que se reunían ocasionalmente y enviaban resoluciones aquí y allá. Pero sus dimensiones reales solo se pueden estimar a la vista del gran apoyo que Etiopía disfrutó entre los negros de todas partes. Solo éramos un centro, los Amigos Internacionales Africanos de Etiopía [International African Friends of Ethiopia], pero ese título era muy preciso. A nuestra oficina llegaban incesantemente cartas de negros de tres continentes, preguntando dónde podían registrarse [...] Y lo mismo sucedía en África. Cuando los italianos entraron en Addis Abeba, se informó que los escolares lloraban en Costa de Oro [...]

¹⁶⁵ Peter Blackman, quien dejó Barbados a principios de la década de 1930, recuerda que Du Bois fue una figura importante para los negros de las Antillas que intentaban establecer su identidad racial en el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial. Esto se debió en gran medida a la aparición de la revista *Crisis*. Entrevista, Londres, 18 de noviembre de 1981. James reconoció la influencia de *Black Reconstruction* en su pensamiento durante la década de 1930 en varios lugares, cf. *Nkrumah and the Ghana Revolution*, Westport, Lawrence Hill, 1977, pp 74-75; «The Making of the Caribbean People», *loc. cit.*, p. 179; y «W. E. B. Du Bois» en *The Future in the Present*, *op. cit.*, pp. 202-212. Sobre Chilembwe, véanse George Shepperson y Tom Price, *Independent African*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1958, y C. J. Robinson, «Notes Toward a 'Native' Theory of History», *Review*, vol. 4, núm. 1, verano de 1980, pp. 45-78 (le sigue la respuesta de Shepperson: «Ourselves as Others», *ibidem*, pp. 79-87); sobre Lamine Senghor, véase Geiss, *op. cit.*, pp. 310 y ss., y sobre Kimbangu, Vittorio Lanternari, *Religions of the Oppressed*, Nueva York, Alfred Knopf, 1963.

Esta guerra hizo entender a muchos negros la realidad del colonialismo y expuso su verdadera naturaleza. Entonces pudieron ver que las historias de Lenin y Trotski, o de Sun Yatsen, debían tener su contrapartida africana [...] Estaba claro que el imperialismo era una fuerza a tener en cuenta, porque aquí se estaba atacando el último reducto del hombre negro.¹⁶⁶

Sin embargo, entre los Amigos Internacionales Africanos de Etiopía hubo desacuerdos sobre lo que debía hacerse. Makonnen creía que debía invocarse la «seguridad colectiva» de la Sociedad de Naciones (a la que pertenecía Italia y, paradójicamente, a través de Italia se había aceptado la pertenencia de Etiopía), argumentando que era una quimera a menos que se detuviera a la Italia fascista. James, que presidía la IAFE, no parecía en cambio tan seguro. Como socialista internacional, aceptaba la posición del Independent Labour Party de que todo lo que preocupaba a los capitalistas británicos y franceses era usar Etiopía como pretexto para una guerra que destruyera a sus rivales.¹⁶⁷ La «defensa» de Etiopía era una máscara para una guerra imperialista. Se oponía a la Sociedad de Naciones y a las concesiones (a cambio de sanciones contra Italia) que sus «diplomáticos» habían exigido al emperador, que por otra parte era un señor feudal reaccionario.¹⁶⁸ Como negro, sin embargo, tenía otros imperativos. Con Garvey en Hyde Park, denunciando a Mussolini como «el archibárbaro de nuestra época» e instando vigorosamente a los negros a apoyar a Abisinia, a pesar de la renuencia infame del emperador a reconocerse como un hombre negro,¹⁶⁹ y con la respuesta popular entre los negros de todo el mundo, la actitud de James fue la previsible:

¹⁶⁶ Makonnen, *op. cit.*, p. 116. Sobre las respuestas de los afroamericanos a la guerra italo-etíope, véanse S. K. B. Asante, «The Afro-American and the Italo-Ethiopia Crisis, 1934-1936», *Race*, vol. 15, núm. 2, octubre de 1973, pp. 167-184; y Haywood, *Black Bolshevik*, *op. cit.*, pp. 448 y ss.; y sobre el Caribe, Robert G. Weisbord, *Ebony Kinship*, Greenwood Press, Westport, 1973, pp. 102-110. Sobre el imperialismo italiano, véase J. L. Miegé, *L'Imperialisme Colonial Italien de 1870 à nos jours*, París, SEDES, 1968, caps. 13 y 14.

¹⁶⁷ Véase Makonnen, *op. cit.*, p. 114, para sus impresiones sobre James. James explicitó su posición en el *New Leader* de Fenner Brockway en un artículo titulado «Is This War Necessary?», 4 de octubre de 1935, p. 3. Sobre la posición del ILP, véanse James Maxton y Fenner Brockway, «The War Threat», *New Leader*, 22 de marzo de 1935, pp. 1, 3; y Brockway, «What Can We Do about Mussolini?», *New Leader*, 19 de julio de 1935, p. 2.

¹⁶⁸ Véase James, «Is This War Necessary?», *op. cit.*, p. 3; y el informe sobre la actividad de James en la Conferencia de Primavera del ILP, «The Abyssinian Debate», *New Leader*, 17 de abril de 1936, p. 4. En cuanto a la opinión de James sobre Haile Selassie, véase Makonnen, *op. cit.*, pp. 114, 184.

¹⁶⁹ Geiss, *op. cit.*, pp. 280-281. Makonnen recordaba: «Se dice [...] que algunos etíopes influyentes como [Workineh] Martin y Heroui [...] no se consideraban a sí mismos como negros. De hecho, se dice que los etíopes traicionaron la misma actitud cuando, después de la coronación de Haile Selassie, llegó a Estados Unidos una delegación. El Dr. Workineh Martin estaba en ella, y se negó a dar conferencias incluso en la Universidad de Howard. Y cuando la delegación llevó con ellos de regreso a Etiopía a solo dos o tres negros de piel muy clara, esto demostró de nuevo que se consideraban personas blancas». «Esta aparente preferencia por los mulatos, y la negativa del emperador a recibir a la delegación garveyita, hizo que Garvey estuviera irritado con Haile Selassie hasta el momento de su muerte. Fue uno de los temas por los que George Padmore y yo solíamos pelear con él, porque en

Me ofrecí a través de la Embajada de Abisinia para prestar servicio bajo el Emperador, ya fuera militar o de otro tipo. Mis razones para esto eran muy simples. El grupo de International Socialists en Gran Bretaña combatía el imperialismo británico porque obviamente era más adecuado hacerlo que luchar, por ejemplo, contra el imperialismo alemán. Pero el capitalismo italiano es el mismo enemigo, solo que un poco más lejano.

Mi esperanza era incorporarme al ejército. Eso me habría dado la oportunidad, no solo de contactar con las masas de abisinios y otros africanos, sino que entre ellos habría podido hacer propaganda en favor de nuestro International Socialist. También creí que podría ser útil ayudando a organizar la propaganda antifascista entre las tropas italianas. Y finalmente, habría tenido una valiosa oportunidad de obtener experiencia militar real en el campo africano donde se va a desarrollar durante muchos años una de las batallas más encarnizadas entre el capitalismo y sus adversarios [...] No tenía la intención de pasar el resto de mi vida en Abisinia, pero pensé, y sigo pensando, que valía la pena pasar dos o tres años allí, dado que soy negro y estoy especialmente interesado en la revolución africana.¹⁷⁰

Obviamente, James estaba en conflicto consigo mismo. Pero a principios de 1936 la situación se había resuelto por el momento: la ocupación de Etiopía era un hecho consumado y el emperador estaba en el exilio en Gran Bretaña.¹⁷¹ Pocos meses después, sin embargo, comenzó la Guerra Civil española. Ahora toda la izquierda internacional estaba en guerra,¹⁷² y negros de África, el Caribe y América se unieron a las Brigadas Internacionales para luchar contra las fuerzas fascistas de España, Alemania e Italia.¹⁷³ (También hubo algunos negros en el bando fascista: los soldados

aquel momento, en Londres, Haile Selassie simbolizaba nuestra unidad en Europa. Y sin embargo, desde la llegada del emperador a Inglaterra, Garvey lo criticó como un hombre que, en lugar de morir en el campo de batalla siguiendo la tradición de los líderes etíopes, se había escabullido a Inglaterra para buscar refugio; ¿Cómo puede un cobarde, alegó Garvey, ser el líder de una nación tan grande?» Makonnen, *op. cit.*, pp. 74-75; véase también Weisbord, *op. cit.*, pp. 100-101, 103.

¹⁷⁰ James, «Fighting for the Abyssinian Empire», *New Leader*, 5 de junio de 1936, p. 2.

¹⁷¹ Algunas autoridades coloniales rastrearón los disturbios de fines de la década de 1930 en las Indias Occidentales hasta la Guerra Italo-Etíope. En 1938, Sir Selsyn Grier informó a su audiencia en un seminario de la Universidad de Oxford sobre administración colonial: «Las repercusiones de la Guerra Italo-Abisinia fueron profundas y generalizadas. La gente de las Indias Occidentales vio en ella un ataque no provocado de los europeos contra los africanos, y esto generó un sentimiento de animosidad racial». «Unrest in the West Indies» en Oxford University Summer School on Colonial Administration, *op. cit.*, p. 61.

¹⁷² Véase Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, Nueva York, Harper and Row, 1961 [ed. cast.: *La guerra civil española*, París, Ruedo Ibérico, 1967]; Fernando Claudín, *op. cit.*, pp. 100-112; y Julian Symons, *op. cit.*, pp. 106-22.

¹⁷³ Había cinco brigadas: la Undécima, alemana, conocida como Brigada Thaelmann; la Duodécima, italiana, conocida como Garibaldi; la Decimotercera, paneslava, conocida como Brigada Dombrowski; la Decimocuarta, francés y belga; y la Decimoquinta, formada por voluntarios británicos (ingleses, canadienses e irlandeses), estadounidenses (el batallón Abraham Lincoln), caribeños, centroamericanos y sudamericanos (59º batallón español). Véanse Joseph Brandt (ed.), *Black Americans in the Spanish*

marroquíes que constituían las «tropas de asalto» del general Franco). Pero incluso antes de que las Brigadas Internacionales se retiraran de España en 1938-1939, en las Antillas estallaron huelgas seguidas de brutales represalias.¹⁷⁴ El mundo parecía haberse lanzado a la guerra, y los negros y su lucha formaban parte de ese mundo. Para muchos radicales una inevitable lección de época era la necesidad de una resistencia armada frente a la opresión y la explotación. Pero para James bastaba con lo que el ejército italiano había hecho en Etiopía: el asesinato de decenas de miles de campesinos y la complicidad de las «democracias burguesas»:

Los africanos y la gente de ascendencia africana, especialmente los que han sido envenenados por la educación imperialista británica, necesitaban una lección, y la han recibido. Cada día que pasa les muestra exactamente los motivos reales que mueven al imperialismo en su relación con África, muestra el increíble salvajismo y la duplicidad del imperialismo europeo en su búsqueda de mercados y materias primas. Que esa lección penetre a fondo.¹⁷⁵

La lección penetró más aún de lo que James imaginaba. Su aprendizaje bajo la tutoría del pensamiento radical europeo había llegado a su fin. A partir de aquel momento su trabajo iría más allá de las construcciones doctrinarias de la izquierda antiestalinista y de los propios Engels y Marx. La fuerza de la tradición radical negra se fusionó con las exigencias de las masas negras en movimiento para dar lugar en sus escritos a una nueva teoría y a una nueva ideología.

En opinión de James, dado que solo había esperar un apoyo esporádico de las clases trabajadoras europeas y de la izquierda europea, la intelectualidad radical negra estaba obligada a buscar la liberación de sus pueblos por sus propios medios.¹⁷⁶ Pero algunos de sus compañeros, con los que

People's War Against Fascism, 1936-1939, Nueva York, New Outlook Publishers, s.f. [¿1979?]; «A Negro Nurse in Republican Spain», *The Negro Committee to Aid Spain*, Nueva York, 1938 (reeditado por veteranos de la Brigada Abraham Lincoln, 1977), su protagonista era Salaria Kee (ahora O'Reilly); Haywood, *Black Bolshevik*, *op. cit.*, cap. 18; y entrevistas con Haywood (Santa Bárbara, 6 de febrero de 1980) y James Yates (Binghamton, 26 de abril de 1978), ambos veteranos negros de la Guerra Civil española. Brandt estima que entre 80 y 100 negros estadounidenses se ofrecieron como voluntarios para la Guerra Civil española. Sobre Nyabongo, un ugandés que luchó con los antifascistas en España, véase la nota de Kenneth King en Makonnen, *op. cit.*, p. 176, n. 16.

¹⁷⁴ Sobre los disturbios en Trinidad, véanse Eric Williams, *History of the People of Trinidad and Tobago*, Puerto España, People's National Movement Publishing Co., 1962, pp. 232-42, y Brinsley Samaroo, «Politics and Afro-Indian Relations in Trinidad» en J. La Guerre, *op. cit.*, pp. 84-97; sobre Jamaica, véase Ken Post, *Arise Ye Starvelings: The Jamaican Labour Rebellion of 1938 and Its Aftermath*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1978.

¹⁷⁵ Citado en Geiss, *op. cit.*, p. 346.

¹⁷⁶ Esta era la posición que James defendería en sus reuniones con Trotski en México en 1939. Véase James, «The Revolutionary Answer to the Negro Problem in the USA» en *The Future in the Present*, *op. cit.*, pp. 119-127. Sobre las discusiones con Trotski en Coyoacán, véanse George Breitman (ed.), *Leon Trotsky on Black Nationalism and Self-Determination*, Nueva York, Merit Publishers, 1972, pp. 24-48;

iba a estar asociado en la organización que sucedería a la IAFE, la Oficina Internacional Africana de Servicios (1937), no estaban de acuerdo. Cuando Padmore, por ejemplo, expresó sus propias reservas en *How Britain Rules Africa* [Cómo Gran Bretaña gobierna África], James le respondió con una fulminante crítica:

Con respecto del futuro de África la opinión del autor, por otra parte de ascendencia africana, es gravemente decepcionante. Encabeza una sección, «Will Britain Betray Her Trust?» [¿Traicionará Gran Bretaña la confianza puesta en ella?], como podría hacerlo un misionero o un político laborista. Siguiendo la tradición de Lenin insiste en el derecho del pueblo africano a elegir su propio desarrollo; pero, sorprendentemente, da la bienvenida a la intención de «sectores ilustrados y con visión de futuro de las clases dominantes europeas con intereses coloniales en África» de cooperar con los africanos. Eso es una locura. ¿Cómo va a cooperar el león con el cordero?

Los africanos deben ganarse su propia libertad. Nadie la obtendrá por ellos. Necesitan cooperación, pero la del movimiento revolucionario en Europa y Asia. No hay otra salida. Cada movimiento desatenderá al otro si se ve en peligro, y no queda mucho tiempo.¹⁷⁷

No había abandonado la perspectiva de una revolución del proletariado industrial, pero había percibido la existencia de una oposición negra más vigorosa que la que había conocido en su propia clase.¹⁷⁸ En el aniquilamiento del pueblo etíope había visto el rostro desnudo del imperialismo occidental. Y lo que es más importante, tanto en Etiopía como en España y en el Caribe había sido testigo de la capacidad de resistencia de gente negra común, de la transformación de campesinos y trabajadores en fuerzas de liberación. A diferencia de Padmore, cuya estancia en el pináculo

Tony Martin, «C. L. R. James and the Race/Class Question», *Race*, vol. 2, 1972, pp. 183-193; y Paul Buhle, «Marxism in the U.S.A.», *Urgent Tasks*, núm. 12, verano de 1981, pp. 28-39.

¹⁷⁷ James, «Civilising» the «Blacks», *New Leader*, 29 de mayo de 1936, p. 5.

¹⁷⁸ Robert Hill agrega un elemento interesante y provocativo al análisis del desarrollo de la conciencia en el pensamiento de James: «En un nivel muy profundo y fundamental, Robeson destrozó la concepción colonial de James del físico negro. En su lugar, la magnífica estatura de Robeson le dio una nueva apreciación de las capacidades poderosas y extraordinarias que poseía el africano, tanto en su cabeza como en su cuerpo. Robeson rompió el molde en el que se había formado la concepción antillana de la personalidad física en James. En aquella época los antillanos negros crecían con un prototipo inconsciente del inglés blanco y la inglesa blanca como sus estándares absolutos de perfección y desarrollo físico. El encuentro de James con Robeson le obligó a abandonar esos valores heredados». «Por lo tanto, este autor opina que *Los jacobinos negros* habría sido significativamente diferente si no se hubiera dado la relación de James con Robeson». Robert A. Hill, «In England, 1932-38», *op. cit.*, pp. 24-25. James conoció a Robeson en 1936 y este último interpretó el papel principal en una producción de la obra *Toussaint L'Ouverture* de James. Dorothy Butler Gilliam, en su biografía de Robeson, sitúa la reunión y la producción de la obra en el Teatro Westminster a principios de 1936. Véase Gilliam, *Paul Robeson: All-American*, Washington DC, New Republic Books, 1976, pp. 87-88. Sobre la opinión de James acerca del marxismo de Robeson, véanse ibidem, p. 127, y James, «Paul Robeson: Black Star» en *Spheres of Existence, op. cit.*, pp. 261-262.

del comunismo internacional lo había aturrido al no poder ya confiar en esa fuente, o de Kenyatta y Williams, cuyos encuentros con las metrópolis imperiales y capitalistas los había impresionado tanto como para aconsejarles precaución, James se convenció de que la rebelión armada entre los pueblos negros podía tener éxito. La «lucha colonial y la lucha metropolitana» eran idénticas en ese aspecto.¹⁷⁹ Durante un tiempo prevaleció ese punto de vista: la rebelión armada de los negros se convirtió en la posición oficial de la IASB. Pero después de 1938, con James lejos en América, en una gira de conferencias que iba a durar 15 años, esa actitud fue modificada por sus compañeros:

El trabajo de la Oficina continuó durante toda la guerra y en 1945 se produjo un fuerte ruptura con la teoría [...] La Oficina cambió de posición, del logro de la independencia mediante la rebelión armada al logro de la independencia mediante la acción de masas no violenta. Pero decirlo es una cosa, y llevarlo a la práctica es otra [...] Basar la independencia en la rebelión armada exigía como precondition el colapso o la parálisis militar del gobierno metropolitano. Con otras palabras, cedía la iniciativa de lucha africana al proletariado europeo [...]

Pero al final de la guerra, el proletariado británico y francés no habían hablado. El imperialismo todavía prevalecía en las metrópolis. Solo una alteración radical en la teoría podría servir de base para la acción. La perspectiva de la rebelión armada fue abandonada (aunque mantenida en la reserva), sustituyéndola la acción de masas no violenta.¹⁸⁰

Mientras depositaba sus esperanzas en la fuerza desintegradora que representaba la guerra para los imperios, en la resurrección de la ideología liberal entre las clases dominantes desesperadas por esa guerra, y en las consecuencias políticas del apoyo práctico dado por los súbditos coloniales a los países imperiales durante la guerra, James se sumergió en el movimiento trotskista estadounidense y en las luchas de los trabajadores negros,¹⁸¹ y también él se reconcilió con la acción no-violenta:

¹⁷⁹ Véase la crítica de James a Padmore sobre esta cuestión en *Nkrumah and the Ghana Revolution*, *op. cit.*, p. 63; sobre Kenyatta, véase Murray-Brown, *op. cit.*, p. 221.

¹⁸⁰ James, *Ibidem*, pp. 69, 71. Sobre James en Estados Unidos, véanse Martin, «C. L. R. James and the Race/Class Question», *op. cit.*, pp. 184-185; y Buhle, «Marxism in the U.S.A.», *op. cit.*, *passim*.

¹⁸¹ Esas posiciones se resumieron en las resoluciones finales aprobadas por el Quinto Congreso Panafricano en Manchester, 1945: «La primera de ellas, “The Challenge to the Colonial Powers”, adoptó una línea intermedia entre la impaciencia revolucionaria de Padmore y Nkrumah por un lado y la concepción más cautelosa de Du Bois en 1944, por otro. “Los delegados al Quinto Congreso Panafricano creen en la paz [...] Sin embargo, si el mundo occidental sigue todavía decidido a gobernar a la humanidad por la fuerza, entonces los africanos, como último recurso, pueden tener que recurrir a la fuerza en el esfuerzo por alcanzar la Libertad, incluso si la fuerza los destruye a ellos mismos y al mundo”. La segunda declaración general fue la *Declaration to the Colonial Workers, Farmers and Intellectuals*, redactada por Nkrumah, que expresaba una vez más el deseo ilimitado de independencia: contra la explotación imperialista, los pueblos coloniales deben concentrarse en obtener el poder político, para lo que es esencial una organización eficaz. Las tácticas recomendadas eran huelgas y boicots: métodos de lucha no violentos». Geiss, *op. cit.*, p. 407.

Como consecuencia de la guerra, de las revoluciones y crisis que habían sacudido a la sociedad contemporánea hasta sus cimientos durante casi cuarenta años consecutivos, la burguesía había perdido su confianza en sí misma frente a un movimiento de masas unido [...] A fin de cuentas, la nueva directiva política, que rompe con las ideas bien asentadas del periodo de preguerra, es uno de los grandes logros teóricos de la época actual, quizás el primer salto real hacia lo que el movimiento marxista requiere hoy día, la aplicación de los principios tradicionales del marxismo en completa independencia de la perversión estalinista. Cabe señalar que la teoría no rechazaba la rebelión armada, pero la mantenía en reserva para el caso de que la presión política y moral prevista no consiguiera influir en el imperialismo británico.¹⁸²

Pero la «acción de masas no violenta» devolvió la lucha negra a las manos de la pequeña burguesía, aunque fuera una pequeña burguesía radical. Era ella la que iba a mediar entre el movimiento de masas y los representantes del imperialismo. Ni James ni los demás llegaron a aceptar ese error teórico.¹⁸³ Así sucedió que la reivindicación del derecho de los negros a gobernarse a sí mismos (la posición adoptada en el Quinto Congreso Panafricano en Manchester en 1945) articulada por una intelectualidad radical que hablaba en nombre de los dominados, tendría consecuencias históricas bastante diferentes de las que resultaron de la asunción por las masas negras de su propia liberación.¹⁸⁴

¹⁸² James, *Nkrumah and the Ghana Revolution*, *op. cit.*, pp. 73-74.

¹⁸³ En 1977, James declaraba: «El hombre al timón es el intelectual africano. O bien tiene éxito, o el África independiente se hunde: a diferencia de Gran Bretaña en el siglo XVII y Francia en el XVIII, no hay una clase a la que la nación pueda recurrir después de que los intelectuales hayan llevado la revolución tan lejos como puedan». *Ibidem*, p. 15.

¹⁸⁴ Azinna Nwafor, en una de las críticas más contundentes del movimiento panafricano, veía la conferencia de Manchester como uno de los momentos más progresistas del panafricanismo. Sin embargo, concluía: «El panafricanismo no ofreció una opción revolucionaria a la emancipación de África de sus siglos de conquista, dominación y explotación colonial. No se debe subestimar el papel necesariamente progresivo que desempeñó el movimiento en la evolución de África a un estatus independiente, pero las severas limitaciones del alcance y el método son tales que contribuyeron en gran medida al desorden de la escena africana contemporánea y el desencanto general con los frutos de la independencia política. Parece como si los centros de tormenta del levantamiento popular para la emancipación africana se hubieran dirigido, de hecho, con la ayuda de panafricanistas, que se presentaron ante las autoridades coloniales como las únicas fuerzas capaces de frenar la violencia de las masas». «En muchos aspectos, la OUA [Organización de la Unidad Africana] es la culminación y la encarnación de ese panafricanismo que Padmore ha descrito. Iniciado como un movimiento político en el exilio, y transmitido a un grupo de líderes africanos comprometidos que llevaron a sus países a la independencia política, el panafricanismo fue un movimiento llevado a cabo sobre las cabezas y a expensas de los propios pueblos africanos. En Addis Abeba [en 1963], esos líderes africanos decidieron constituirse como un nuevo tipo de Santa Alianza para preservar el *status quo* existente, heredado de sus amos coloniales. Su aborrecimiento de la revolución política es total. Como declaró uno de ellos, con brutal franqueza: "Hablando por nosotros mismos, preferimos las cosas tal como son"». Introducción de Nwafor a la reedición de *Pan-Africanism or Communism* de Padmore en 1972, *op. cit.* pp. xxxvii-xxxviii, xxxix-xl.

De todos modos, la intervención de James resultó significativa. Había realizado una contribución singular a la historiografía negra radical cuando él y sus camaradas de la IASB precisaban sus posiciones rivales en los últimos años de la tercera década del siglo y los años treinta. Fue entonces cuando Padmore escribió *How Britain Rules Africa*, Eric Williams *The Negro in the Caribbean* [Los negros en el Caribe], Kenyatta *Kenya: Land of Conflict* [Kenya: tierra de conflicto] y James *Los jacobinos negros*. Los tres primeros proponían la independencia nacional para los pueblos africanos pero se dirigían a las potencias coloniales. El cuarto, en cambio, fue una declaración de guerra por la liberación: «Los trabajadores negros haitianos, así como los mulatos, nos dejaron un ejemplo digno de estudio [...] La perspectiva de un imperialista es la explotación eterna de África: el africano es atrasado, ignorante [...] Sueñan dentro de un sueño».¹⁸⁵

El marco teórico de *Los jacobinos negros* era, por supuesto, la teoría de la revolución desarrollada por Marx, Engels, Lenin y Trotski. James lo afirmaba con bastante frecuencia en el texto; sin embargo, no era del todo cierto. De Marx y Engels había tomado el concepto de una clase revolucionaria y los fundamentos económicos para su surgimiento histórico. Pero aunque los esclavos de Haití no eran un proletariado marxista, no era eso lo que le importaba a James: los procesos de formación social eran los mismos:

Los esclavos trabajaban en la agricultura y su objetivo, como el de los campesinos revolucionarios en todas las latitudes, era el exterminio de sus opresores. Pero sus condiciones de vida y de trabajo, hacinados por centenares en las inmensas factorías azucareras que se extendían por la Llanura del Norte, los aproximaban —más que a cualquier otro grupo de trabajadores de la época— a un proletariado moderno; el levantamiento fue, por tanto, un movimiento de masas metódicamente preparado y organizado. (pp. 85-86 [p. 91])

Además, James parecía dispuesto a desafiar a Marx y Engels en el mismo terreno que estos habían marcado para la importancia sociológica y política del capitalismo temprano. Mientras que ellos se habían contentado con localizar la formación del proletariado revolucionario moderno en el centro de la producción industrial capitalista, James insistía en que se ampliara ese campo: «Coetáneos de los franceses, los esclavos semisalvajes de Santo Domingo se mostraban sujetos a las mismas leyes históricas que los avanzados trabajadores del París revolucionario» (p. 243 [p. 228]). El capitalismo había producido su negación social e histórica en ambos polos

¹⁸⁵ James, *Black Jacobins, op. cit.*, pp. 375-76 [p. 345]. La paginación subsiguiente durante el comentario de la obra se atenderá siempre a la edición antes citada: en inglés, *Black Jacobins*, Vintage Books, 1989 [entre corchetes la paginación de la ed. cast.: *Los jacobinos negros*, Madrid, Turner/Fondo de Cultura Económica, 2003].

de su expropiación: la acumulación capitalista dio a luz al proletariado en el núcleo industrial; la «acumulación primitiva» asentó la base social para las masas revolucionarias en las periferias. Pero lo que distinguía las formaciones de esas clases revolucionarias era la fuente de su desarrollo ideológico y cultural. Mientras que el proletariado europeo se había formado mediante y por las ideas de la burguesía («las ideas dominantes —habían afirmado Marx y Engels— son siempre las ideas de la clase dominante»), en Haití y presumiblemente en otros lugares, entre la población esclava, los africanos habían construido su propia cultura revolucionaria:

Pero no se necesita educación o estímulo para acariciar el sueño de la libertad. Cuando a medianoche celebraban el vudú, su culto africano, bailaban y cantaban su canción favorita:

¡Eh! ¡Eh! ¡Bomba! ¡Heu! ¡Heu!

¡Canga, bafio té!

¡Canga, mouné de lé!

¡Canga, do ki la!

¡Canga, li!

«Juramos destruir a los blancos y todas sus posesiones; mejor morir que incumplir este juramento». (p. 18 [p. 33])

El vudú era el instrumento de la conspiración. A pesar de todas las prohibiciones, los esclavos recorrían largos trayectos para cantar, bailar, practicar los ritos, conversar; y ahora, desde que se había iniciado la revolución, para conocer las noticias políticas y elaborar sus planes (p. 86 [p. 91])

Esto se apartaba notablemente de la forma en que Marx y Engels habían conceptualizado el significado transformador y racionalizante de la burguesía. Implicaba (y James no vio esto) que la cultura, el pensamiento y la ideología burguesas eran irrelevantes para el desarrollo de la conciencia revolucionaria entre los negros y otros pueblos del Tercer Mundo. Rompía con la cadena evolucionista, la dialéctica cerrada del materialismo histórico. Pero donde James todavía dudaba, Cabral, como hemos señalado antes, avanzaría audazmente hacia adelante:

La liberación nacional es el fenómeno en el que un conjunto socioeconómico dado rechaza la negación de su proceso histórico. En otras palabras, la liberación nacional de un pueblo es la recuperación de la personalidad histórica de ese pueblo, su retorno a la historia mediante la destrucción de la dominación imperialista a la que fue sometido.¹⁸⁶

¹⁸⁶ Cabral, «The Weapon of Theory», en *Revolution in Guinea*, Nueva York, Monthly Review Press, 1969, p. 102. Anteriormente en el mismo discurso (pronunciado en una Conferencia Tricontinental en La Habana, Cuba, enero de 1966), Cabral había preguntado: «¿Comienza la historia solo con el

No obstante, el esfuerzo de James por elevar la teoría marxista a los requisitos de la historiografía radical negra no estaba acabado. Aunque sentía gran respeto por el trabajo y el pensamiento de Lenin, también a ese respecto sugirió un tratamiento más imaginativo. Repasando la noción de Lenin de una organización de revolucionarios profesionales —los inicios del partido de vanguardia—, James llegó a caracterizar a toda una capa social, describiendo con términos precisos cómo se formó: «Los líderes de una revolución son normalmente aquellos que han podido aprovechar las ventajas culturales del sistema que atacan» (p. 19 [p. 34]). Esta era una admisión de orgullo de clase que ni Lenin, ni Marx, ni Engels hubieran estado dispuestos a hacer.¹⁸⁷ Aunque seguramente era una admisión inadvertida, que revelaba los propios orígenes de clase de James, también reflejaba cierta perspicacia histórica.¹⁸⁸ La intelectualidad pequeño burguesa había desempeñado un papel dominante en el pensamiento marxista, así como en la victoria bolchevique en Rusia. La teoría y la ideología de la revolución eran suyas, e indiscutiblemente lo era también el Estado ruso. Habían llevado al movimiento obrero «sus mayores conocimientos y los vicios políticos que normalmente los acompañan», como diría James de Toussaint (p. 95 [p. 100]).

desarrollo del fenómeno de “clase” y, en consecuencia, con la lucha de clases? Responder afirmativamente sería ubicar fuera de la historia todo el periodo de vida de los grupos humanos, desde el descubrimiento de la caza, y más tarde de la agricultura nómada y sedentaria, hasta la organización de rebaños y la apropiación privada de la tierra. Nos negamos a aceptar que varios grupos humanos en África, Asia y América Latina vivían sin historia, o fuera de la historia, en el momento en que fueron sometidos al yugo del imperialismo. Eso equivaldría a considerar que los pueblos de nuestros países, como los balantes de Guinea, los colonias de Angola y los macondos de Mozambique, todavía viven hoy —si abstraemos la ligera influencia del colonialismo al que han sido sometidos—, fuera de la historia, o que no tienen historia». *Ibíd.* p. 95.

¹⁸⁷ Marx, Engels, Lenin y Trotski fueron ideólogos burgueses en términos de sus orígenes sociales y educación. Marx y Engels lo reconocieron al parecer en *El manifiesto comunista*: «Finalmente [...] una parte de la burguesía se pasa al proletariado, en particular esa parte de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica de todo el movimiento histórico». *El manifiesto comunista, op. cit.*, pp. 65-67. Además, a excepción de Engels, ninguno de ellos parece haber dedicado demasiado tiempo al estudio de las clases trabajadoras. En su mayor parte, sus obras se concentraron en las burguesías: sus historias, sus Estados y administraciones, su organización productiva, sus ideologías y filosofías. Todos, por supuesto, observaron de cerca los procesos históricos y sociales del colapso de las sociedades, esto es, las revoluciones, pero se trataba de contradicciones de las sociedades burguesas. Tampoco acogieron en sus textos a muchos intelectuales proletarios. Esto plantea nuevamente la cuestión: ¿es el marxismo una teoría para el proletariado o del proletariado? Un marxista estadounidense ha respondido así: «Mientras que en su práctica los marxistas a menudo han tratado de tener en cuenta la praxis del proletariado, su teoría resulta un obstáculo». Dick Howard, *The Marxian Legacy*, Londres, Macmillan, 1977, p. 274. E. P. Thompson parece haber llegado a conclusiones similares en *The Making of the English Working Class, op. cit.*, y en *The Poverty of Theory, op. cit.*

¹⁸⁸ En 1949, Cornelius Castoriadis escribió en «Las relaciones de producción en Rusia»: «La dictadura del proletariado no puede ser simplemente la dictadura política; debe ser sobre todo la dictadura económica del proletariado, porque de lo contrario solo será una máscara para la dictadura de la burocracia». Citado por Dick Howard, *op. cit.*, p. 266. Castoriadis ha demostrado ser uno de los marxistas más coherentemente críticos. Sus conclusiones siguieron las que James había hecho diez años antes en *World Revolution, 1917-1936: The Rise and Fall of the Communist International*, Londres, Martin Secker y Warburg, 1937. Curiosamente, en 1948 a Oliver C. Cox, aún no le había sido posible concentrar su ojo considerablemente agudo y crítico sobre el Estado ruso: véase *Caste, Class and Race*, Nueva York, Monthly Review Press, 1948, cap. 11.

En Santo Domingo, las masas revolucionarias habían encontrado una figura muy propicia en Toussaint L'Ouverture. Conocía al enemigo mejor que ellos. Esa había sido una de sus recompensas como funcionario en el sistema esclavista. Su puesto como administrador de ganado le había dado experiencia en administración, autoridad y relaciones con quienes dirigían la plantación. Hombres que, por pura habilidad y carácter, ocupaban posiciones generalmente reservadas para personas de una educación, formación y clase diferentes, que generalmente realizaban esas tareas con cuidado excepcional y gran esfuerzo. Adicionalmente «había leído los *Comentarios* de César, de los que había extraído ciertas nociones de política, de estrategia militar y de la relación existente entre la una y la otra. Tras leer y releer el prolijo volumen del abate Raynal sobre las Indias Orientales y Occidentales llegó a obtener una sólida formación sobre la política y la economía no solo de Santo Domingo, sino también de todos los grandes imperios europeos [...] Su excelente intelecto había tenido la oportunidad de cultivarse, tanto en cuestiones nacionales como extranacionales» (p. 91 [pp. 96-97]).

Pero al final, también Toussaint falló a la revolución. James se mostraba más que comprensivo con algunos de sus fracasos: «Toussaint conocía el retraso de los trabajadores; los obligó a trabajar, pero veló por dotarlos de civilización y cultura. [...] Deseaba que los negros adquiriesen el porte social de las mejores clases blancas, con sus modelos de Versalles» (p. 246 [p. 231]). Y también creía que Toussaint tenía razón al pensar que los propietarios blancos que se quedaron o regresaron a Santo Domingo eran necesarios para ayudar a los antiguos esclavos a construir un Estado moderno: «Su actitud irreal frente a los antiguos amos, tanto los que se habían quedado en la isla como los que estaban fuera, brotaba, no de una lealtad o de un humanitarismo abstracto, sino de comprender que solo ellos poseían lo que la sociedad de Santo Domingo precisaba» (p. 290 [pp. 269-270]). Esto último contradice casi directamente su creencia treinta años después: «Los esclavos dirigían las plantaciones; aquellas enormes plantaciones, la gran fuente de riqueza de tantos aristócratas y comerciantes ingleses, los príncipes mercaderes que representaban una capa tan destacada en la sociedad inglesa (y también en la francesa, pero estamos hablando de la sociedad inglesa)». ¹⁸⁹ Otros, no obstante, incluso más recientemente, han estado de acuerdo con el anterior James. ¹⁹⁰ Pero en 1938, James sabía que los antiguos esclavos, contemporáneos de Toussaint, no estaban de acuerdo. Cuando actuaron según esas creencias y se rebelaron contra él porque ya no estaban dispuestos a aceptar sus compromisos egoístas con la burguesía colonial y el régimen bonapartista en Francia,

¹⁸⁹ James, «The Making of the Caribbean People», *op. cit.*, p. 180.

¹⁹⁰ Esa es la posición adoptada por Robert Lacerte, «Xenophobia and Economic Decline: The Haitian Case, 1820-1843», *The Americas*, vol. 37, núm. 4, abril de 1981, pp. 499-515.

Toussaint los había perseguido y ejecutado (p. 285). Esa tragedia, argumentó James, tuvo lugar porque Toussaint «no explicó nada, y permitió que las masas pensarán que sus viejos enemigos eran favorecidos a su costa» (p. 284 [pp. 263-264]). Pero lo más importante, insistía James, era que el fracaso de Toussaint se había debido a acontecimientos fuera de su control: «Toussaint confiaba en algo similar. Si fracasaba, sería por la misma razón por la que la revolución socialista rusa podría fracasar, aun después de todos sus triunfos: por la derrota de la revolución en Europa» (p. 283 [p. 263]). Pero James era muy consciente de que mucho de lo que había estado al alcance de Toussaint lo había hecho mal. Parecía percibir que, pese a toda la importancia que se podía atribuir con razón a la contrarrevolución en Europa y pese a todo el genio que se podía atribuir a Toussaint en la primera fase de la revolución, había algo terriblemente equivocado en su planteamiento. De hecho, admitía James, líderes haitianos de experiencia y educación mucho más limitadas que las que Toussaint superaron dificultades que la psicología de este no pudo afrontar. Y en una extraordinaria serie de párrafos trató de conciliar su admiración por el hombre, por las masas revolucionarias que lo habían construido (como diría yo), con las figuras a las que la historia adjudica la finalización de la revolución haitiana. Esos pasajes revelan mejor que nada las fuentes de las contradicciones de James en 1938:

Pero entre Toussaint y su pueblo no había ninguna diferencia esencial ni de apariencia ni de objetivos. Consciente de que el problema racial era un problema político y social, intentó hacerle frente de un modo puramente político y social. Fue un grave error. Lenin, en su tesis para el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, advirtió a los revolucionarios blancos —advertencia de la que estaban profundamente necesitados— que el efecto de la política imperialista sobre la relación entre los pueblos avanzados y atrasados había sido de tal magnitud que los comunistas europeos deberían otorgar amplias concesiones a los habitantes de los países coloniales a fin de superar el justificado prejuicio que sienten estos hacia todas las clases de los países opresores. A medida que iba alcanzando más poder, Toussaint dejó caer esto en el olvido. Ignoró a los trabajadores negros, los desconcertó cuando más los necesitaba, y desconcertar a las masas equivale a infligir el golpe más severo a la revolución [...] Los blancos eran blancos del Antiguo Régimen. A Dessalines no le importaba lo que dijeran o lo que pensasen. A los trabajadores negros correspondía empuñar las armas; y era a ellos a los que había que tranquilizar. No es que Toussaint se hiciera ilusiones de ningún tipo en relación con los blancos. No se hacía ninguna en absoluto [...] Pero el error de Toussaint tenía su origen en las mismas cualidades que le hacían ser quien era. Es fácil comprender hoy en día, como comprendieron sus generales cuando ya estaba muerto, dónde se había equivocado. Eso no quiere decir que ni ellos ni ninguno

de nosotros lo hubiera hecho mejor de haber estado en su lugar. Si Dessalines pudo verlo con tanta claridad y sencillez era porque los vínculos que ligaban a aquel iletrado soldado con la civilización francesa eran extraordinariamente tenues. Veía con tanta claridad lo que tenía ante las narices porque no veía nada más allá. El error de Toussaint fue el error de un hombre ilustrado, no el de alguien en las tinieblas. (pp. 286, 287, 288 [pp. 266, 267]).

Por desgracia, por el propio James sabemos que esta última defensa de Toussaint no carecía de su elemento de racionalización. Mientras Toussaint se pudría en su prisión en las montañas del Jura, escribiendo sus cartas de súplica al pequeño emperador, su visión lo delató: «Pese a la traición de Francia seguía viéndose a sí mismo como parte de la República Francesa «única e indivisible». No podía pensar en otros términos [...] había un límite que no podía franquear» (p. 364 [pp. 334-335]). Nosotros, por supuesto, reconocemos a James (y tal vez incluso sus impresiones de Padmore) en esas afirmaciones. Podemos ver la identificación declarada de una intelectualidad revolucionaria negra con las masas; la voluntad de prolongar la sumisión al «socialismo científico» negando la fuerza material de la ideología al tiempo que insinuaba su amarga decepción con el movimiento comunista; la actitud condescendiente hacia los líderes orgánicos de las masas; y el orgullo ambivalente del lugar supuesto por el ideólogo occidentalizado. Además, está claro que James observaba críticamente a su propia clase. A diferencia de sus compañeros, se vió obligado a afrontar los límites más allá de los cuales no se podía confiar en la pequeña burguesía revolucionaria. Por eso iba a insistir a menudo en que las masas revolucionarias deben preservar para sí mismas la dirección del movimiento revolucionario, sin entregarla nunca a revolucionarios profesionales, partidos o intelectuales. Pero volveremos sobre eso en seguida.

Ajustar cuentas con la tradición marxista

El año siguiente de la impresión de *Los jacobinos negros*, James publicó *A History of Negro Revolt* [Una historia de la revuelta negra]. Iba a ser su última declaración explícita sobre el panafricanismo hasta la aparición de Nkrumah y la Revolución de Ghana. Era, sin embargo, una pieza menor, que resumía abreviadamente algunas de las rebeliones negras en la diáspora y África durante los siglos XVIII, XIX y XX.¹⁹¹ Resultó de alguna utilidad tres décadas después, pero fue escrito casualmente, más como

¹⁹¹ Marvin y Anne Holloway reeditaron el libro en 1969 en su Drum and Spear Press. Esa versión se tituló *A History of Pan-African Revolt* e incluía un «epílogo» que detallaba los movimientos negros entre 1939 y 1969.

una conferencia que como un estudio. James estaba ahora en el centro del movimiento trotskista internacional,¹⁹² y pronto iba a estar inmerso en el teatro estadounidense, agitando en Nueva York, discutiendo con Trotski sobre la Cuestión Negra,¹⁹³ y organizando a los aparceros y arrendatarios campesinos en el sureste de Missouri.¹⁹⁴

Diez años después de *Los jacobinos negros*, James escribió una segunda obra maestra en medio de una crisis que le afectaba profundamente, y en esta ocasión consideró necesario atacar frontalmente a algunas de las principales figuras del movimiento marxista. *Notes on Dialectics* [Notas sobre dialéctica] fue escrito a finales de la década de 1940,¹⁹⁵ en un momento

¹⁹² David Widgery señala: «A medida que el desastre abrumaba a la izquierda alemana y Stalin viraba a la desesperada alianza del Frente Popular, James, ahora director del periódico *Fight* de la Liga Socialista Revolucionaria, realizó regularmente visitas clandestinas al grupo de revolucionarios exiliados en París alrededor de Trotski. “Eran días muy serios”, advierte James, enfatizando el adjetivo “serio” como solo un viejo trotskista puede hacerlo. “Había un chico alemán muy activo en nuestro movimiento. Un día lo encontramos en el fondo del Sena”. James fue, junto con D. D. Harber, el delegado británico en la conferencia de fundación de la Cuarta Internacional trotskista en 1938. Esta diminuta organización se creó con la esperanza de que, en el holocausto por venir, una Internacional perspicaz pudiera encontrar una manera de atravesar el caos. Pero Trotski y el propio trotskismo sucumbieron a la terrible represión». «A Meeting with Comrade James», *Urgent Tasks*, núm. 12, verano de 1981, p. 116.

¹⁹³ Tony Martin, por ejemplo, cree que James fue corregido por Trotski sobre el «Problema negro» con un buen propósito. Véase Martin, «C. L. R. James and the Race/Class Question», *op. cit.*, pp. 27-28. Lo que se supone que son tres transcripciones directas de las discusiones entre James, Trotski y otros se han publicado como *Leon Trotsky on Black Nationalism and Self-Determination*, George Breitman (ed.), Nueva York, Merit Publishers, 1967. Se puede captar algo del tono de aquellas discusiones y sus comentarios sobre la autodeterminación de los negros:

«Johnson: Me agrada que hayamos tenido esta discusión, porque estoy totalmente de acuerdo con usted. Parece que en Estados Unidos deberíamos defenderla como lo ha hecho el PC. Usted puede pensar que hay una mayor posibilidad de que los negros quieran la autodeterminación de lo que yo creo. Pero tenemos un acuerdo al cien por cien sobre la idea que usted ha presentado de que deberíamos ser neutrales en el desarrollo.

Trotski: Es la palabra “reaccionario” lo que me molesta.

Johnson: Permítame citar el documento [la posición de Johnson]: “Si quisiera la autodeterminación, entonces, por reaccionario que sea en todos los demás aspectos, correspondería al partido revolucionario plantear esa consigna”. Considero la idea de separarse como un paso atrás en lo que respecta a una sociedad socialista. Si los trabajadores blancos extienden su mano a los negros, no querrían la autodeterminación.

Trotski: Eso es demasiado abstracto, porque la realización de ese objetivo solo se puede alcanzar cuando los 13 ó 14 millones de negros crean que la dominación de los blancos se ha acabado. La lucha por la posibilidad de alcanzar un Estado independiente es un signo de un gran despertar moral y político. Sería un tremendo paso revolucionario. Esa posición tendría inmediatamente las mejores consecuencias económicas». *Ibidem*, pp. 31-32. «Johnson» era, por supuesto, James.

¹⁹⁴ Sobre sus experiencias en el trabajo de Missouri, véanse James, «The Revolutionary Answer to the Negro Problem in the USA», y «Down with Starvation Wages in South-East Missouri» en *The Future in the Present*, *op. cit.*

¹⁹⁵ *Notes on Dialectics* (Londres, Allison and Busby, 1980) era originalmente una serie de cartas de James a sus compañeros de la organización Johnson-Forest (véase más adelante). Según Robert A. Hill (comunicación personal) eran conocidas como los papeles del «encargado». David Widgery cita a James diciendo que las cartas fueron «escritas en Reno mientras pretendía obtener mi divorcio». Widgery, *op. cit.*, p. 116. Hill, en colaboración con el grupo de Detroit Friends of Facing Reality (cuyo núcleo estaba formado por los antiguos miembros de la organización Johnson-Forest), editó las cartas en forma de libro en 1966. Sobre la historia del grupo de Detroit, véase Dan Georgakas, «Young Detroit radicals, 1955-1965». *Urgent Tasks*, núm. 12, verano de 1981, pp. 89-94.

en que las preocupaciones de la Segunda Guerra Mundial habían quedado atrás, dejando libres a los marxistas estadounidenses para reflexionar sobre las circunstancias cambiantes que afrontaban: la importancia de los acuerdos de posguerra entre la Unión Soviética y las «potencias occidentales», las reacciones de la clase trabajadora de su país ante la dominación de las economías mundiales por el capital estadounidense, las expulsiones generalizadas de comunistas del movimiento obrero estadounidense, las presiones convergentes sobre el movimiento comunista del gobierno estadounidense y la Unión Soviética y —para los trotskistas— el futuro de la Cuarta Internacional privada de Trotski, su símbolo unificador.¹⁹⁶ Ahora James se había convertido en un destacado intelectual y organizador en el Partido Socialista de los Trabajadores (SWP), la representación estadounidense de la Cuarta Internacional. En ese campo restringido, es justo decir que estaba siendo reconocido como lo que era: uno de los principales historiadores / filósofos marxistas del país. Junto con Max Shachtman, sin embargo, él y otros se habían retirado del SWP. A principios de la década de 1940 formaron el Partido de los Trabajadores [Workers' Party] con unos 600 miembros.¹⁹⁷ En 1942 se produjo una nueva escisión, la de la tendencia Johnson-Forest en torno a James y Raya Dunayevskaya, que abandonó a los «shachtmanitas».¹⁹⁸ Más tarde, un año después poco más o menos, la tendencia Johnson-Forest se unió al SWP, para volver a escindirse dos años después.¹⁹⁹ Exigían más:

Habíamos roto con el análisis de Trotski sobre la naturaleza del Estado ruso desde el muerte de Lenin [...] Llegamos a la conclusión de que todavía quedaba por hacer una investigación fundamental a partir de la *Ciencia de la lógica* de Hegel (que por supuesto debía asociarse a un texto más corto, la sección sobre Lógica de su *Enciclopedia*).²⁰⁰

¹⁹⁶ «Aunque el Partido Comunista alcanzó su máximo número de miembros, 80.000, durante la guerra, se había convertido en un agente virtual del capitalismo de Estado en Rusia y América, como atestiguan su dura oposición a la Marcha sobre Washington planeada por A. Philip Randolph, su apoyo sin condiciones al Compromiso Contra la Huelga y al enjuiciamiento por el gobierno de los trotskistas de Minneapolis. Entrelazada con la invasión por el Ejército Rojo de la Europa del Este durante la posguerra —como si ahora no se pudiera imaginar otra forma de liberación que la “Revolución desde la Torre de los Tanques”, con el encarcelamiento o el asesinato de fuerzas radicales y democráticas opuestas—, la dirección comunista mostró que había sucedido algo más que una “traición”. El componente étnico y racial del partido, que en cierto sentido había compensado sus limitaciones fuera del liderazgo de los sindicatos industriales, se disolvió. Cualquiera que fuera su futuro, el radicalismo estadounidense sería algo muy diferente de lo que había sido». Paul Buhle, «Marxism in the U.S.A.», *op. cit.*, p. 32.

¹⁹⁷ Véanse Stanley Weir, «Revolutionary Artist», *Urgent Tasks*, núm. 12, verano de 1981, p. 87; y Tony Martin, «C. L. R. James and the Race/Class Question», *op. cit.*, pp. 25-26.

¹⁹⁸ Véanse W. Jerome y A. Buick, «Soviet State Capitalism? The History of an Idea», *Survey*, núm. 62, enero de 1967; y Martin, *ibidem*. Daniel Bell presentó una versión cómica del trotskismo estadounidense, cf. *Marxian Socialism in the United States*, *op. cit.*, pp. 153-157.

¹⁹⁹ Véase Martin, *ibidem*; y Georgakas, *op. cit.*, *passim*.

²⁰⁰ James, *Notes on Dialectics*, *op. cit.*, p. 7. En el texto seguiremos la paginación de esa edición.

Notes on Dialectics fue la contribución de James, su consideración y reconstrucción lógica y filosófica de la historia del movimiento obrero en relación con la acción revolucionaria, la formación de partidos y el pensamiento revolucionario en la experiencia europea. La gramática de la obra, su estructura lógica, se basaba en la construcción de la dialéctica de Hegel. Era a la vez una exposición del método filosófico de Hegel y del movimiento histórico de las clases trabajadoras. Y cuando la escribió, su propósito inmediato era proporcionar una justificación y un objetivo histórico para la actividad política de su pequeña organización: preservar para sus camaradas la herencia leninista en favor de un auténtico socialismo,²⁰¹ tratando de contener una catástrofe y de rescatar al marxismo de sus heridas autoinfligidas (estalinismo y trotskismo), preservando así su núcleo teórico y político (materialismo histórico y proletariado revolucionario). La tarea no era fácil. No era solo una batalla política la que tenían que librar: una pequeña organización en contra de sus antes compañeros (trotskistas), en contra del estalinismo, de las burocracias sindicales, del aparato del Estado americano y del capitalismo mundial. Esas fuerzas estaban equilibradas, creían, ya que les acompañaban las masas proletarias. La historia y los números estaban de su parte. Más decisivas eran las contradicciones que esperaban racionalizar. Como marxistas se vieron obligados a hacer malabarismos con impulsos rivales. Eran unos intelectuales radicales alejados de la pequeña burguesía revolucionaria, a la que en cierto sentido ellos mismos pertenecían. Eran ideólogos revolucionarios acusados de «criticarlo todo» mientras preservaban las figuras de Marx y Lenin. Pretendían la abolición de los partidos, pero toda su historia política se había desarrollado en asociación y contienda con los partidos revolucionarios. Eran ideólogos burgueses renegados, formados en las ideas dominantes de su época, pero creían en el imperativo de penetrar en la conciencia de las clases trabajadoras para comprender la actividad histórica del proletariado. Y a pesar de sus energías a veces febriles, eran esencialmente docentes contemplativos a la vez que activistas revolucionarios. James no pudo escapar de esas contradicciones más que Grace Lee Boggs o Dunayevskaya, ni tampoco escaparon a ellas sus *Notes on Dialectics*. Contenían una idea de la que James no tenía intención de apartarse, pero que se vio obligado a abandonar. Creyó que la dialéctica de Hegel resolvería el dilema.

Su equívoca premisa fue reiterada por James en la edición de 1980 de la obra: «¿Cuál es entonces el comienzo del movimiento obrero? Encontramos su comienzo histórico en la Revolución francesa *tal y como la*

²⁰¹ «Lenin tenía una idea del socialismo. Es de notar que hasta 1905 pensó siempre en el socialismo asociándolo a la Comuna. Y después de 1917 cambió, no solo para Rusia, sino para el mundo entero. Tenemos que hacer lo mismo. No lo hemos hecho. Si lo hubiéramos hecho, habríamos reconocido en los artículos y métodos de Lenin en 1917-1923 la mayor fuente posible de comprensión teórica del mundo de hoy». *Ibidem*, p. 147.

vio Marx» (p. 10; la cursiva es mía). Ese era el punto de partida indiscutible: los marxistas tenían que comenzar donde Marx y tal como Marx había comenzado. Eso significaba que la suposición hecha por Marx con respecto de la historia moderna tenía que persistir en la consideración de James de la revolución social: la idea que implicaba que el proletariado constituía una clase como la burguesía. Como la mayoría de los marxistas, James no estaba dispuesto a admitir que, como ha dejado más claro que nadie Cornelius Castoriadis, la aparición de la burguesía fue históricamente el origen de la categoría de clase, y sería filosófica e históricamente imposible para el proletariado reproducir la experiencia social e ideológica de la burguesía. No podía convertirse en una clase en sus mismos términos.²⁰² Pero tenía que haber límites dentro de los cuales pudiera permanecer la tendencia Johnson-Forest. Se habían dado cuenta casi demasiado tarde de que los trotskistas, sin saberlo, habían coqueteado con la desintegración del marxismo: «El pensamiento trotskista llevaba ineluctablemente a plantear la cuestión de la desintegración de la teoría marxista, cuestionando si no debíamos preguntarnos si era realmente válida» (p. 56). Su necesidad de hacer las cosas de manera diferente era una necesidad disciplinada; y al repasar los textos de Lenin, Trotski, Stalin y Marx, James hizo un buen uso de sus predecesores, ateniéndose estrictamente a la tradición. Su crítica, a pesar de su diferencia fundamental, era fiel a la forma: internamente coherente, devastadoramente potente, erudita y lógicamente casi perfecta. Dentro de sus propios términos James llevaría el discurso filosófico de la tradición marxista a su máxima realización en los años de posguerra.

Comenzó asegurando a sus camaradas que su apariencia, su trabajo y su política, basada en la evolución del capitalismo de Estado y el impulso proletario hacia una forma organizativa que trascendiera al partido revolucionario, podía rastrearse en la *Ciencia de la lógica* de Hegel; sus «nuevas ideas» habían sido ya anticipadas por este. La oposición a ellas de los estalinistas, trotskistas y shachtmanitas estaba corrompida por el formalismo y el oportunismo. Parafraseando a Hegel, James afirmó:

²⁰² En alguna ocasión James estuvo muy cerca de reconocer esta paradoja: «El partido es el conocimiento del proletariado como tal. Sin el partido, el proletariado no sabe nada. Estamos ahí en el clímax de un desarrollo característico de la sociedad de clases. El proletariado es la única clase histórica para la que el partido, el partido político, es esencial [...] La burguesía nunca ha necesitado un partido político para existir. La forma característica del poder político burgués es la perfección del Estado, y durante largos periodos la burguesía se ha contentado y ha prosperado incluso sin controlar el poder del Estado. La burguesía no necesita una organización especial del conocimiento. La sociedad burguesa es la producción capitalista, y por su posición como agente del capital, la burguesía posee automáticamente el conocimiento capitalista; la ciencia, el arte, la religión y la esencia de la política burguesa es el mantenimiento de la producción capitalista». «Aparte de su existencia como esclavos asalariados, los proletarios no tienen otra historia que la de sus organizaciones políticas, es decir, revolucionarias. Ninguna clase en la historia, excepto el proletariado (y esto *no es en absoluto* accidental) ha aspirado abierta y audazmente, tanto teórica como prácticamente, a la toma del poder estatal. La historia de la teoría y la práctica de este fenómeno sin precedentes en la historia humana es la historia del partido político proletario». *Ibidem*, pp. 172-173. En cuanto a Castoriadis, véanse su artículo «On the History of the Workers' Movement», *Telos*, núm. 30, 1976, pp. 3-42, y Dick Howard, *op. cit.*, cap. 10.

De forma imperceptible, las nuevas ideas se hicieron familiares incluso para sus oponentes, que se apropiaron de ellas y —aunque despreciando y refutando persistentemente las fuentes y principios de las mismas— tuvieron que aceptar sus resultados.

Podemos ver que este es todo nuestro desarrollo. El ejemplo principal, o uno de los más llamativos, es nuestra aplicación de la ley del valor a la economía rusa. Ahora esos malditos sinvergüenzas aparecen diciendo todos: «¡por supuesto!». Pero podríais repasar páginas y páginas de la literatura de la Cuarta Internacional sin encontrarla. Yo no recuerdo ninguna declaración a tal efecto. (p. 13)

Les recordó que Hegel había distinguido entre el empirismo vulgar, la comprensión y la razón (pensamiento dialéctico), atribuyendo a cada uno un cierto valor, un cierto umbral de pensamiento. La dialéctica era la máxima realización de la mente, del Sujeto. Lenin había sido claramente capaz, sugirió, de pensar dialécticamente, de trascender mediante su pensamiento las viejas categorías (de la Segunda Internacional) que había heredado: «La Revolución rusa de febrero causó cambios violentos en las categorías de Lenin. La Primera Guerra Mundial le obligó a revisar las categorías de la Segunda Internacional» (p. 17). En cambio Trotski se había limitado a la comprensión, una etapa del pensamiento necesaria y útil pero que podía acabar en la reducción a categorías absolutas: «Podría haberte enseñado a cambiar de categorías más profundamente. Hablaba de eso todo el tiempo. Pero determinaciones fijas y finitas lo mantuvieron agarrado por el cuello hasta el final» (p. 18). Trotski no había estado dispuesto a reconocer el verdadero significado del estalinismo: «El estalinismo como una forma necesaria, inevitable, del desarrollo del movimiento obrero. Los trabajadores no se equivocan, no son engañados, en ningún sentido serio de estas palabras. Están construyendo una experiencia que es necesaria para su propio desarrollo» (p. 30). Trotski estaba convencido de que una burocracia obrera (como había ocurrido con la categoría anterior: la Segunda Internacional) protegería la propiedad privada; se había esforzado hasta el final en ganar el debate con Stalin sobre la revolución permanente frente al socialismo en un solo país. Mientras que los estalinistas eran prácticos y se apoderaron y luego preservaron su poder (y, por cierto, la propiedad del Estado), Trotski seguía defendiéndose en los términos más fijos: batallando con sus fantasmas sobre quién estaba más cerca de Lenin.

Así el debate que comenzó con el socialismo en un solo país, se mantuvo siempre dentro de las categorías del leninismo. Stalin dijo: cualquier cosa que yo haga es leninismo. Trotski lo negó, y dijo: no, eso no es leninismo; yo soy el auténtico leninista. Ese era el escenario. Stalin no fue muy serio al respecto; sus acciones eran puro empirismo. Trotski era serio sobre su leninismo y permaneció atrapado en él y estrangulado por él.

Estaba completamente equivocado en cada conclusión teórica y práctica extraída de aquel debate [...] El debate versaba supuestamente sobre si el socialismo se *podía* construir o no en un solo país. ¿Pero alguien piensa que Stalin o cualquiera de sus lacayos creen que lo que hay en Rusia es socialismo? Solo un estúpido puede pensar eso. De lo que trataba el debate era de si el sistema de propiedad estatal se mantendría sin que se produjera antes o después una revolución en Occidente. (p. 35)

Y por supuesto, mientras Trotski seguía preocupado, fijo en el nivel de la comprensión, nunca poseyó la energía ni la perspicacia suficiente para darse cuenta de que el estalinismo [...] solo se podría entender poniendo de manifiesto su base económica: «No vio que la Tercera Internacional revolucionaria había sucumbido frente al capitalismo de Estado ayudado por el imperialismo ruso. Nunca escribió sobre los cambios económicos, sobre lo que pensaba al respecto, si es que pensaba algo: nunca creyó que eso tuviera la importancia suficiente como para explicitarlo [...] Asombroso, ¿no?» (p. 37). Quienes deseaban proseguir las luchas del proletariado, comprender el surgimiento del estalinismo, ya no podían permitirse el lujo de complacer a Trotski:

Las nuevas categorías, los impulsos, las acciones instintivas, los fuertes nudos formados, eran observados, comentados, pero siempre incorporados al viejo caparazón; capitalismo de Estado o internacional reformista que destruiría la propiedad privada y se negaría a apoyar a la burguesía en una guerra imperialista, una burocracia antiproletaria que prosperaba aprovechándose de la propiedad estatal y la defendería hasta el final contra la propiedad privada; se permitían todos los nudos, impulsos, etc. que les vinieran a la mente con tal de que se adaptaran a las categorías formadas y acabadas que dejó Lenin. Por eso lo que fueron los resultados de la Razón en una generación se convirtieron en Comprensión para otra, sin poder alcanzar la negación, la trascendencia de las determinaciones a una unidad superior. (p. 34)

Trotski había confundido así al estalinismo con una burocracia obrera, había sido incapaz de trascender las categorías antes poderosas derivadas de la experiencia de la Segunda Internacional (p. 59) para reconocer la maduración posterior de las contradicciones del movimiento obrero en la sociedad capitalista. Hegel, por supuesto, había anticipado el error de Trotski: la conciencia descubre lo que «es verdad solo para la visión, criterio y estándares particulares con los que contempla el mundo» (p. 54).²⁰³ La Apariencia había reemplazado a la Realidad:

²⁰³ «Una breve reflexión (marxista) señala lo inadecuado de la noción trotskista de Rusia como un Estado “obrero degenerado” [...] La “degeneración” afectaría solo a la forma, no a la esencia, de la formación social rusa. Pero eso supone confundir las formas jurídicas de propiedad con las propias

Pero tú y yo somos dialécticos. Sabemos que el estalinismo es hoy el *verdadero* estado del movimiento obrero. Es revolucionario al repudiar el parlamentarismo, la propiedad privada, la defensa nacional y las fronteras nacionales. Sin embargo, mantiene el imperialismo como pauta y es burocrático, apunta al control totalitario del trabajo y luego del capital. (p. 43)

Conocer la verdadera realidad, comprender el movimiento obrero es saber que en cada etapa degenera pero se divide para restablecer su propia identidad, su unidad, aunque esa unidad proviene de las divisiones dentro de sí mismo. No es una unidad que esté allí desde un principio, ni una unidad que se pueda ver simplemente mirando a la cosa. [...] El estalinismo es un obstáculo amargo, pero debemos verlo como parte de un proceso. A través del proceso de su propio desarrollo, la seriedad, el sufrimiento, la paciencia y el trabajo de lo negativo, el movimiento obrero pasa por todas sus experiencias y solo alcanza su identidad completamente realizado al vencerlas una tras otra. Y solo al final, cuando el movimiento obrero se encuentre plenamente realizado, podremos ver cuál es su auténtica realidad. (p. 65).

Lenin había reconocido a los trabajadores en las discusiones de Hegel sobre las Doctrinas del Ser y la Esencia. Se podía ver que su nota sobre la *Lógica* contenía su propio programa revolucionario en formación (pp. 98-106). Había discernido el movimiento propio del proletariado, el movimiento que era el ser de la clase trabajadora. Comprendía que:

La esencia de una cosa es el hecho de que debe moverse, reflejarse, negar el reflejo, que no era nada, se convierte en ser, y luego vuelve a convertirse en nada mientras que la cosa misma debe seguir adelante porque está en su naturaleza hacerlo [...] La esencia del proletariado es su movimiento para incorporar en sí mismo la experiencia de los males de capitalismo hasta que venza al propio capitalismo. (p. 78)

James insistía en que Lenin habría entendido que «la historia de la Tercera Internacional es la historia de la sustitución del leninismo por el estalinismo», y que finalmente, «si la Cuarta Internacional va a superar al estalinismo, entonces debe “contener” al estalinismo en su concepto de sí misma. Comienza a partir de todas las cosas que el estalinismo arrebató al leninismo y guardó para sí [...] El Otro del estalinismo es un orden económico socialista internacional, que abarque desde el principio continentes enteros» (p. 87). Porque «aquel hombre asombroso, increíble» (p.

relaciones de producción. Para Marx, son precisamente estas relaciones de producción las que determinan las formas de distribución y su reflexión superestructural (deformada). Las vacilaciones en los propios análisis de Trotski —por ejemplo, sobre la cuestión de “Termidor” o sobre las tácticas que debía seguir la oposición—, provienen de la identificación entre forma y esencia». Dick Howard, *ibídem*, p. 265.

138) había entendido los soviets cuando se formaron en 1917²⁰⁴ (aunque obviamente no en 1905); sabía que en un movimiento dominado por la perversión capitalista del partido revolucionario que él había creado:

Ya no queda nada por organizar. Se puede organizar a los trabajadores como trabajadores, y se puede crear una organización especial de trabajadores revolucionarios. Pero una vez tienes las dos has llegado al final. La organización tal como la hemos conocido está llegando a su fin. La tarea actual es abolir la organización. Es llamar, enseñar, ilustrar, desarrollar la *espontaneidad*, la actividad creativa libre del proletariado. El proletariado encontrará su método de organización proletaria. Y en esa etapa —contradicción por excelencia—, la vanguardia solo se puede organizar a sí misma sobre la base de la destrucción del dominio que las organizaciones existentes tienen sobre el proletariado y que lo han llevado a derrotas tan horribles. (p. 117)

El estalinismo, la contrarrevolución que había surgido del leninismo «atrofiado» (p. 150), encontraría inevitable y espontáneamente la oposición del movimiento obrero porque las «grandes masas o clases» solo aprenden a través de la «lucha contra alguna cosa concreta» (p. 93).

El propio proletariado hará pedazos el estalinismo. Esa experiencia le enseñará su lección final, que el futuro reside en sí mismo, y no en nada que diga representarlo o dirigirlo (p. 92).

James acabó su obra compilando todos esos materiales. Los seleccionó para presentar una de las construcciones históricas más emocionantes producidas por un pensador marxista. Paciente, deliberada, sistemáticamente, pero siempre mediada por su lírica y a veces traviesa «voz» literaria, destiló a partir de 300 años de historia europea los procesos y linajes de las fuerzas contendientes dentro del movimiento proletario: la pequeña burguesía revolucionaria y las masas trabajadoras. La primera, mantenía, hizo su primera aparición en la Guerra Civil inglesa del siglo XVII con los demócratas radicales; las últimas constituyeron la base social sobre la que se fraguó la Revolución francesa. Sin embargo, tanto una como las otras habían sufrido transformaciones durante los largos años transcurridos entre su aparición y el momento en que escribía (es decir, 1948). Esos cambios no se debieron al paso de los años, sino a la evolución del capitalismo. Ambas fuerzas históricas habían alcanzado por fin su articulación final en el fascismo y en el estalinismo. Con el estalinismo, la pequeña burguesía había intentado

²⁰⁴ «Fueron los trabajadores los que hicieron el trabajo teórico sobre los soviets [...]. Ellos pensaron en el soviét, lo analizaron y recordaron, y a los pocos días de la revolución de febrero organizaron en los grandes centros de Rusia esa formación social sin precedentes. Lenin lo reconoció esta vez». James, *Notes on Dialectics, op. cit.*, p. 138.

destruir al proletariado revolucionario. Comenzó instrumentalizando a los trabajadores para destruir a la burguesía y luego emprendió la represión del movimiento obrero. Con el fascismo, la pequeña burguesía se había convertido en el instrumento social de la burguesía cada vez más desesperada en el esfuerzo por destruir el mismo sujeto histórico: el movimiento obrero. Juntos, el fascismo y el estalinismo constituían el movimiento objetivo (centralización) de la organización capitalista (pp. 200-201). El continuo desarrollo de la organización de la producción capitalista y la administración burocrática del capitalismo de Estado habían dado lugar a una clase pequeña burguesa de enorme habilidad, responsabilidad y ambiciones. Durante esos mismos siglos, pues, aunque era posible rastrear la maduración de la burguesía y de las clases trabajadoras, también era necesario reconocer la transformación de la pequeña burguesía. Era necesario porque esa capa había asumido la dirección del movimiento proletario para traicionarlo a continuación. Ahora la intelectualidad radical al servicio de la revolución proletaria —activistas como los de la tendencia Johnson-Forest— tenían que responder a esos acontecimientos. Primero tenían que comprenderlos, dejando de identificar la perversión del liderazgo pequeño burgués con las fuerzas auténticas de la revolución. Segundo, la «vanguardia de la vanguardia» tenía que ayudar al proletariado en la destrucción de la burocracia «proletaria revolucionaria». La dirección del mundo estaba en manos de los trabajadores: «El proletariado decidirá. Lo importante es decirle al proletariado que decida» (p. 181, nota al pie).

Por desgracia para las *Notes on Dialectics*, se trataba de un documento interno, por lo que durante dos décadas su distribución fue muy restringida, tanto más cuanto el grupo al que estaba destinado era pequeño. No sería apenas leído durante 30 años. Pero aunque James llegó a reconocerlo como su trabajo más extraordinario, tenía ciertas limitaciones. El problema más obvio se debía a la fascinación de James por el modo de argumentación de Hegel: la destilación de la historia en ricos concentrados utilizados únicamente para fundamentar el discurso abstracto. También hay que decir que esa historia era casi exclusivamente europea: una prueba inadvertida pero natural de la propia afirmación de Hegel sobre dónde podía ocurrir la historia. El estilo de James también era familiar en otro aspecto: su lenguaje era el propio y muy agresivo de las exégesis marxianas (heredadas de la filosofía alemana): un lenguaje despectivo dirigido a humillar al oponente. Sus resultados fueron los corolarios predecibles: el menosprecio absoluto de los «caídos» (Stalin, Trotski, Shachtman, etc.) en contraste con las alabanzas a los «verdaderos pensadores» (Hegel, Marx, Engels, Lenin). James se deleitaba con esa forma y la empleó constantemente hasta que pudo rescatar el tenor de su argumento en las florituras históricas con las que concluía. Aún así, las *Notes on Dialectics* fueron un logro notable. Era

un ejemplo muy raro de un marxismo afanoso, vivo, activo. Sus arrogancias eran nimias si se tiene en cuenta con quiénes contendía. Aunque su autor no había vacilado en asumir el papel de director docente para los marxistas occidentales, sus motivos eran sustanciales: las cuestiones que se debatían en el movimiento marxista estaban tan erróneamente planteadas como para sugerir la abolición de la propia tradición. Había logrado en muchos sentidos anclar el pensamiento de Marx en el siglo XX, cuando a muchos les parecía que Lenin había alcanzado todo lo contrario: su aniquilación como referencia. Había mostrado una nueva dirección cuando parecía que todas sus posibilidades estaban acabadas.

Nuestro repaso de James debe terminar aquí. Sin embargo, siguió escribiendo y haciendo política. Deportado de Estados Unidos en 1952, regresó a Gran Bretaña, pasó algunos años en Trinidad para regresar más tarde a Estados Unidos y luego a Gran Bretaña. Después de *Notes on Dialectics*, escribió *State Capitalism and World Revolution* [Estado capitalista y revolución mundial] (1950). En la isla de Ellis, mientras esperaba la decisión del Departamento de Inmigración y Naturalización de EEUU, redactó *Mariners, Renegades and Castaways* [Marineros, renegados y naufragos], una crítica político-literaria de *Moby-Dick* y *Pierre*, de Herman Melville, que incluía observaciones sobre la detención y su encuentro personal, cargado de conflictos, con presos comunistas «estadounidenses». Durante los diez años siguientes publicaría *Facing Reality* [Encarar la realidad] (con Grace Lee Boggs y Pierre Chaulieu, 1958), *Modern Politics* [Política moderna] (sus conferencias de 1960 en Trinidad), *Beyond a Boundary*, un apéndice significativo a la reedición de *Los jacobinos negros* (1963), y un montón de reseñas, introducciones, artículos y documentos cuya magnitud se percibe en las colecciones recientemente publicadas: *The Future in the Present* [El futuro en el presente] y *Spheres of Existence* [Las esferas de la existencia]. De sus principales trabajos, fue el primero el que llevó a James a la órbita del pensamiento radical en la década de 1960 y después. Fue la diáspora negra, particularmente la pequeña burguesía negra militante impacientada con respecto del apartheid estadounidense, la que redescubrió *Los jacobinos negros*. Primero el libro y luego el autor les iba a ayudar a confirmar su lucha ideológica contra la cultura burguesa. El movimiento de masas negro proporcionó el impulso. James asombró a aquellos nuevos intelectuales negros con su brillante pensamiento, sus provocativos análisis y su comprensión de la historia negra. Volvió a ser «Nello» para intimar con dos generaciones más jóvenes que la suya, se convirtió en el maestro que podían honrar, un vínculo vivo y absorbente entre ellos mismos y un pasado del que la mayoría solo tenía una vaga noción (o quizá una vaga pero profunda expectativa). Pero a veces también los entristecía, emprendiendo batallas divisivas en campos que ya solo poblaban los fantasmas

marxianos.²⁰⁵ Cuando lo recuperaron, se acostumbró de nuevo a presentarse como un «negro europeo».²⁰⁶ Algunos llegaron a comprender algo de lo que esperaba de ellos. Pero él también aprendió: «He empleado gran parte de mi tiempo en ver cuánto no comprendí cuando era joven y en toda mi vida que me inclinaba hacia la literatura europea y la sociología europeas. Ahora estoy empezando a ver y me está ayudando a escribir».²⁰⁷ Quizás su tan esperada autobiografía demuestre finalmente cuánto le afectó su reflexión sobre la tradición radical negra. Lo que él nos dejó no es ningún misterio.

²⁰⁵ Vincent Harding recordaba: «Una de las cosas que recuerdo con una combinación de tristeza y humor fue una larga conversación que tuvieron C. L. R. y Harry Haywood en nuestra casa en Atlanta. Estaba centrada en gran medida —y me pareció algo irónico y, como he dicho, algo triste, aun cuando gran parte de la conversación tuvo también su humor— en aquellos dos negros realmente experimentados y bien dotados que discutían literalmente sobre qué expresión de la ideología y la organización marxista era realmente la mejor. Creo que aquella experiencia los sacó a los dos de la corriente principal de la vida de los negros, arrebatando esas fuerzas a la misma. Simplemente tengo la sensación de que habría sido mucho más saludable que ambos hombres hubieran encontrado un terreno común y hubieran encontrado formas de usar su energía más allá de ese tipo de discusiones que surgían de las experiencias de finales de los años veinte y treinta, que para ellos eran heridas muy recientes y experiencias muy duras [...] Era muy difícil apreciar el significado real de algunas de esas discusiones ideológicas que estaban teniendo en aquel momento». Entrevista con Harding de Ken Lawrence, publicada como «Conversation», *Urgent Tasks*, núm. 12, verano de 1981, p. 124.

²⁰⁶ Véase John Bracey's «Nello», *Urgent Tasks*, núm. 12, verano de 1981, p. 125.

²⁰⁷ Entrevista de Paul Buhle / Noah Ignatin / James Early / Ethelbert Miller con James, *Urgent Tasks*, núm. 12, verano de 1981, p. 82.

